

NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

ENTRE DOS MUNDOS

SEGUIDO DE LA

DECADENCIA DE EUROPA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL TEATRO DE D'ANNUNZIO (*Estudio crítico*).

IMPRESIONES DE ARTE (*Prólogo de la Condesa de Pardo Bazán*).

DEL IDEAL Y DE LA VIDA.

EL PRÍNCIPE IVÁN (Novela).

LA VERDAD SOBRE LA GUERRA (*Folleto*).

ESPAÑA ANTE EL CONFLICTO EUROPEO 1914-1915.

JUNTO AL VOLCÁN (*Impresiones del frente occidental*).

EL FIN DE LA TRAGEDIA (1918).

EL JARDÍN DE LAS HADAS (*Cuentos fantásticos*).

CONFERENCIAS Y ENSAYOS (*La Novela moderna en España.—Shakespeare.—La Crítica y los Autores.—Oscar Wilde, etc.*).

UNA VOZ EN EL DESIERTO.

FUEGO Y CENIZAS (Novelas).

ENTRE DOS MUNDOS (*seguido de un ensayo sobre La Decadencia de Europa*).

ÁLVARO ALCALÁ - GALIANO

ENTRE
DOS
MUNDOS

SEGUIDO DE UN ENSAYO SOBRE

LA DECADENCIA DE EUROPA



MADRID, 1928

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Talleres ESPASA-CALPE, S. A. R os Rosas, 24 Madrid

ONULP

*A Fernando Ortíz Echagüe,
muy cordialmente,*

su amigo,

A.

AL LECTOR...

Este libro se titula Entre dos Mundos porque escrito para el gran diario de Buenos Aires La Nación viene a ser como un puente espiritual, sobre el Atlántico, entre el viejo mundo y el nuevo; entre España y la América de origen español.

En sus páginas he querido apartarme de las viejas fórmulas de ese hispanoamericanismo puramente retórico de los discursos oficiales, los banquetes o las veladas conmemorativas. Hora es ya de cambiar el disco. No evoquemos siempre fantasmas gloriosos volviendo la mirada sólo hacia los resplandores apagados de la Historia. Bien merece la España de hoy la atención de los hispanoamericanos capaces de no dejarse influir por leyendas "negras", propagandas interesadas o rencores atávicos de guerras coloniales. Porque la "madre patria" de otros tiempos no es hoy una venerable momia de museo; es, al contrario, un país que renace. España, en las artes, en las letras y en las ciencias, cuenta

con hombres eminentes, dignos de figurar en la vanguardia europea. Lo que nos falta es el reclamo y la publicidad de que disponen otras naciones.

Yo, al menos, he procurado dárselos en América a mi país, sin creer que el patriotismo obliga a la exaltada apología, ni a renunciar a la sinceridad al hablar de cosas españolas. Sentiré si acá o allá algunas personas se sienten molestas por mis juicios. Unicamente defendiendo mi derecho a la independencia de criterio al reflejar la vida española contemporánea bajo diversos aspectos: turismo, tradición, progreso, periodismo literario, elocuencia parlamentaria, conferencias, crítica y críticos, teatro, novela, sociedad, evolución de costumbres, etc.

El ensayo sobre La Decadencia de Europa, que cierra este libro, es de más vasto horizonte y abarca el panorama político mundial. En los estrechos límites de una conferencia he intentado sintetizar las desastrosas consecuencias de la gran guerra y de los tratados de paz, los nefastos efectos de las teorías wilsonianas, en fin, los gérmenes disolventes que amenazan a nuestra civilización europea, cuyo prestigio hoy declina, no sólo ante la hegemonía universal de Norteamérica, sino ante la disgregación de esa vasta obra colonizadora, que ha despertado contra la raza blanca el odio de las razas de color.

Sólo el tiempo dirá si han de cumplirse estos

sombríos vaticinios. Pero acaso la ley de la vida sea la misma para los Imperios y los continentes como para los individuos; es decir, que las culturas y las civilizaciones —después de su apogeo esplendoroso de unos años o unos siglos— también estén destinadas a desaparecer bajo el polvo de las ruinas.

A. A. G.

Madrid, 1928.

EL PERIODISMO LITERARIO

Al saludar cortésmente a los lectores de *La Nación*, el gran diario argentino, me siento un tanto cohibido, como quien penetra por vez primera en una suntuosa residencia donde se halla congregada una muy ilustre compañía de pensadores, artistas y hombres de ciencia. Porque tal es, en efecto, la plana mayor de los colaboradores de *La Nación* que unen espiritualmente al viejo y al nuevo mundo por el lazo universal de la palabra escrita. Así, pues, al hacer mi entrada, muy halagado, en estas columnas donde firman nombres prestigiosos, me atenderé a las palabras de presentación del diario que me acoge, procurando que mi colaboración no desentone, al menos, entre conjunto tan brillante. Fuera de este natural deseo de agradar a los lectores, recabo, eso sí, una completa independencia de criterio, única norma a la que me he atendido desde que empecé a escribir en la Prensa de mi patria: España. Semejante actitud, claro está, no me ha librado de ciertas contrariedades ni

hasta de un silencio hostil por parte de esa "sociedad de bombos mutuos" que en Madrid forma un verdadero caciquismo periodístico y literario, tan aficionado a combatir el caciquismo político, pero tan ducho en imitar sus mañas con vistas al acaparamiento de la fama y hasta de la inmortalidad. Mas no todo el mundo sirve para entonar el coro de las mutuas alabanzas ni se aviene a adulterar siempre la realidad por cuquería o interés. Aun a riesgo de pasar a veces por envidioso, agriado o descontentadizo, hay que rendir mayor culto a la verdad y desecharla en lo posible el falso elogio, el convencionalismo y la frase hecha de que está aún plagada nuestra Prensa española y, en general, la del Universo. En el fondo, el público agradece siempre la sinceridad, aunque sea dura de oír, y desdeña las adulaciones interesadas. Hay cierta Prensa que equivocadamente se convierte en agencia de esas mentiras convencionales que Max Nordau atribuía a nuestra civilización. Contra esta fatal tendencia tienen el deber de combatir los escritores y pensadores que hoy día forman la vanguardia del periodismo literario. Una cosa es que la verdad, en muchos casos, se vea, como las personas, imposibilitada de circular desnuda por esas calles, y otra es que se disimule siempre con demasiados velos y con falsa pedrería. El timorato nos dirá siempre: "¿Pero es que puede decirse toda la ver-

dad en la mayoría de los casos? ¡La vida sería imposible!” A lo cual podríamos responder: “Desde luego que no; pero ¿es necesario decir, en vez, una mentira? En la vida social la cortesía, la educación y la más elemental urbanidad ponen freno a nuestros más íntimos pensamientos. Si hemos de vivir en contacto con nuestros semejantes, debemos evitar toda impertinencia personal, sin caer por eso en la servil adulación. No es admisible decirle a una señora: “¡Qué fea es usted!”, ni a un señor: “¡Me parece usted tonto!” Pero tampoco es necesario, creo yo, decirle a la señora que es una belleza y al señor que tiene talento.

Lo que ha rebajado considerablemente en nuestro país el nivel de cierta Prensa (aparte de marcadas tendencias o campañas debidas al interés y no a una arraigada ideología) es el abuso de la frase hecha, aplicada muchas veces sin sentido de la oportunidad. El decir siempre de una dama recién fallecida que “fué un modelo de virtudes”, cuando su pasado ha sido fértil en aventuras nada ejemplares, o llamar “inspirado poeta” a un detestable versificador, o “insigne” e “ilustre” a tanta medianía, no eleva en el concepto público a las personas alabadas, sino que únicamente rebaja el nivel moral del periodismo.

Se objetará que esta fraseología pertenece más bien a la empleada en la “crónica de socie-

dad". Pero ¿acaso hasta tiempos muy recientes nuestra Prensa en España no ha cultivado y hasta derrochado el adjetivo encomiástico? A fuerza de prodigar el bombo y el elogio, las palabras han perdido su verdadero significado.

La misma crítica literaria y teatral se ha adulterado en el concepto público, alabando, por compañerismo, obras detestables y ensalzando las inexistentes cualidades del drama o de la comedia silbados en el estreno. ¡Y no se diga el himno de alabanzas cuando se celebra un banquete en honor de cualquier medianía o se cita el discurso académico, hueco y sonoro, o se comenta el homenaje ofrecido a cualquier falso prestigio! Entonces el periodismo llega al límite de lo cómico, e inconscientemente ridiculiza aquello mismo que intenta ensalzar.

Hoy, por fortuna, ya van cambiando las cosas, y contra el viejo periodismo y sus moldes desgastados, unos cuantos escritores, entre los cuales me cuento, han iniciado una revisión crítica. Esta revisión crítica ha tenido por principal objeto reaccionar contra la ola de retórica que nos invade y oponerle un dique a fin de contener su desbordamiento. Ha intentado e intenta aún incorporar España a Europa, y para ello ha tenido que hacer la crítica de costumbres sociales antes de ocuparse de los valores intelectuales cuyo círculo es todavía en nuestro país muy limitado. Semejante actitud siempre vale a

quien la adopta fama de áspero, de corazón duro y hasta de mal patriota en ocasiones. Porque, según parece, es falta de patriotismo no estar entonando, sin cesar, himnos a la Raza, a la Patria, a la bandera, al descubrimiento de América, a los conquistadores, al idioma, etc., etc. Nosotros, sin embargo, creemos que España no es un pueblo muerto, ni siquiera agónico, para estar sólo consolándose con la evocación de su pasado. Veneramos su gloriosa historia, pero anhelamos su continuidad en el porvenir. No confundimos lo *antiguo* con lo *viejo*, y si nos enorgullecemos de nuestros museos y de nuestros monumentos, queremos también renovar el viejo mobiliario del siglo XIX, que aun ocupa gran parte de nuestra casa solariega, barriendo de una vez esa mala retórica y esa verbosidad que han imperado tanto tiempo en la oratoria, la cátedra y el periodismo.

* * *

El milagro de la renovación se debe, sin duda alguna, al periodismo literario, que ha dado en España un formidable empuje desde fines del siglo XIX, especialmente estos últimos años. Entiéndase por esto la colaboración de los literatos y pensadores en la Prensa diaria, elevando el periodismo al nivel más apreciado de la literatura. Es literario este periodismo porque no

tiene el carácter efímero de la Prensa puramente informativa que relata la noticia por telégrafo. Su "actualidad" es distinta y más duradera que esa especie de revista cinematográfica de sucesos políticos, crímenes sensacionales, huelgas, proezas deportivas, incendios, descarriamientos y otras amenidades que hoy forman un gran diario. El escritor en la Prensa tiene una misión más elevada, y es la de sembrar ideas, propagándolas entre aquella vasta muchedumbre alejada por sus ocupaciones o por inercia intelectual de la revista y del libro. Hay casos en que el escritor no sólo influye así en la opinión pública y moldea el contorno espiritual de su época, sino que le es dado detener el Sol como Josué. Quiere decir esto que su pluma obra el milagro de convertir lo aparentemente fugaz y pasajero, debido a las modas o a las costumbres, en laurel de perpetuidad. Así sucede en la Inglaterra del siglo XVII con el gran Addison, verdadero director espiritual de la sociedad inglesa de su tiempo, cuyo *Spectator*, entre nosotros, tiene hoy imitadores. Así también en la España de Larra, precursor no sólo de lo que ha dado en llamarse la "generación del 98", sino fuente inspiradora de nuestro periodismo literario en la España moderna.

Puede decirse, sin exageración, que Larra, en el siglo XIX, descubre la nueva ruta del periodismo español, elevándole al rango de literatu-

ra nacional. Cuantos escritores y publicistas vienen más tarde a figurar en la Prensa española reconocen su paternidad espiritual, aunque el horizonte de estos tiempos se haya ampliado considerablemente. El contacto con Europa y una mayor cultura han renovado el ambiente español, muy distinto hoy día a lo que fué el de Larra. Mas no por eso hemos de olvidar la inmensa deuda que con él tiene el moderno periodismo literario, y con ese otro romántico retrasado, Gánivet en cuya privilegiada inteligencia parecen fundirse la fría mentalidad del norte y el corazón fogoso de un moro nostálgico desterrado entre las nieves.

Si el innegable progreso que se ha operado visiblemente estos últimos años en la Prensa española es debido a la aparición de nuevos grandes diarios y semanarios ilustrados, ha de tenerse en cuenta, sobre todo, el prestigio alcanzado por las firmas que la avaloran. Ellas son las que ponen hoy día el periodismo español al nivel de los mejores órganos de opinión europeos, aun en aquellos casos en que las condiciones materiales y la información telegráfica no están a la altura de otros rotativos extranjeros. Compárese lo que era la Prensa española a fines del siglo pasado a lo que es hoy, y se verá la diferencia. Hace unos años un periódico era únicamente la bandera de un partido político o la plataforma de un hombre público. La hoja periodística se

convertía o en satélite del Gobierno, viviendo, no gracias a sus lectores, sino al apoyo pecuniario del Ministerio de la Gobernación, o en fogoso órgano de oposición cuyo único anhelo era derribar a los gobernantes para gozar de las ventajas del poder. En nuestros diarios de entonces la información extranjera era escasa y la preocupación por la cultura casi nula. Todo estaba supeditado al inevitable artículo “de fondo”, a la detallada sesión parlamentaria, a los rumores de crisis... y a las corridas de toros. En aquella época un artículo “de fondo” comprometía una situación ministerial. Aquellos artículos enfáticos, graves, terribles salían de las hábiles plumas de esos “maestros del periodismo” que hoy nos quieren citar como ejemplos de abnegación y desinterés, pero cuyo ardor patriótico se limitaba a lograr por todos los medios un acta de diputado o un Gobierno civil. Las letras tenían que refugiarse en la hoja literaria de *Los lunes de El Imparcial*, en las columnas del *Heraldo* o en los periódicos satíricos y festivos donde no pocos ingenios alcanzaron su consagración. Estas honrosas excepciones y algunas revistas literarias sirvieron de unión a la política y la literatura que en la España del siglo XIX tiene su brillante historia.

Citar la lista numerosa de políticos que han colaborado en la Prensa española, no entra en la orientación de este trabajo. Quizá el caso más

representativo de nuestro periodismo literario sea el de Castelar. Durante toda su vida Castelar ha trabajado a diario como un condenado a trabajos forzados para ganar el sustento que no le daba la política. Su prosa poética, magnífica, ampulosa, superior en el discurso que en el libro, ha llevado, no obstante, destellos del genio latino a los más remotos confines del Universo. Castelar fué un admirable artífice de la palabra, a quien por la magia del verbo se le pueden perdonar muchos errores o inexactitudes. Lo malo es que la prosa de Castelar haya tenido en España y en América tantos y tan malos imitadores. Muerto Castelar, debió morir la oratoria castelarina, que aun nos abrumba con su ampulosidad en veladas, discursos y libros de texto.

Desde Castelar, infatigable colaborador de los periódicos de América, puede decirse que el periodismo literario español viene teniendo una nutrida representación intelectual en los grandes diarios sudamericanos. Poetas y prosistas han colaborado en aquellas columnas. A éstos, quizá tanto como a ciertos imparciales historiadores extranjeros, se debe el que nuestra "leyenda negra" vaya, a la luz de la verdad, perdiendo su negrura y limando las asperezas que brotaron con las guerras coloniales. Valera fué otro gran propagandista del periodismo hispanoamericano en sus *Cartas americanas*, tan amenas, tan sutiles, tan eruditas. El, no se olvide, nos descubrió a

Rubén Darío, poeta en prosa como en verso, cuya pluma no sirvió sólo a la belleza, sino a la verdad, al revelar a América, con amor de hijo, las glorias de la España de su tiempo. En la Prensa americana ha figurado durante muchos años Galdós, a pesar de su inmensa labor novelesca, y Doña Emilia Pardo Bazán, otro prestigio de nuestra moderna literatura. Y, en fin, desde entonces toda la nueva pléyade de literatos, catedráticos y publicistas, hoy colaboradores de la Prensa de Buenos Aires, que realizan la única propaganda eficaz en el tan discutido problema hispanoamericano: la defensa del idioma castellano y la demostración palpable de que intelectualmente la España contemporánea no tiene por qué desmerecer en el concepto del mundo.

HISPANOAMERICANISMO

No crea el lector, al ver este encabezamiento, que pretendo aquí resolver tan discutido problema, parecido al de las deudas interaliadas, porque no se le halla solución satisfactoria. Hay, desde luego, gentes en España, como en Hispanoamérica (no puedo decir *América latina*, término inexacto, de exportación francesa, que tiende a borrar el recuerdo de España), para quienes no cuenta tal problema o para quienes carece de importancia. A mi juicio, en cambio, existe, y creo tiene verdadera trascendencia, al menos en cuanto se refiere a España, acreedora de que no sólo se aplaquen los odios fomentados por las guerras de la Independencia americana, sino de una imparcial revisión histórica de su antiguo Imperio y colonización. Pero hay un punto en el cual no se ha insistido bastante al abordar este tema, y es la posible influencia que pueda tener la España actual sobre la América de hoy. Me refiero, naturalmente, a la influencia del idioma y a la de la cultura hispánica en lucha contra

otras corrientes intelectuales extranjeras, hoy más favorecidas. Demasiado sabemos que nuestra política y nuestra diplomacia han solido dejar el campo libre a otras naciones europeas. Tampoco ignoramos las ventajas que por su constante actividad han logrado éstas en el orden industrial y comercial. Mas no es cosa de que por ello queden desmentidas todas las afinidades del idioma y de la sangre, convirtiendo el Atlántico en un océano infranqueable y misterioso como antes de haberlo cruzado Colón. Actualmente, españoles y sudamericanos apenas nos conocemos. Aun nos separa una barrera de prejuicios, históricos unos, políticos y sociales otros. A decir verdad, estos prejuicios suelen desaparecer en la mayoría de los casos, cuando se tratan, por ejemplo, españoles y argentinos. Entonces, casi siempre, la amistad o la simpatía se imponen a anteriores sentimientos. Hablo por experiencia propia. Eso me hace esperar que si han acabado nuestras conquistas y nuestro Imperio colonial pertenece ya a la Historia, españoles y argentinos podamos, desde ahora, comunicarnos por un puente espiritual, uniendo Buenos Aires a Madrid. Este problema del hispanoamericanismo sólo podrá abordarse colaborando ambos países en un mismo plano de igualdad.

Y aquí es donde siempre he diferido del sistema empleado en España para enfocar el pro-

blema hispanoamericano. Me limito a repetir, más o menos, algunas observaciones hechas por mí en la Prensa de Madrid. Creo que ha sido un error, desde el punto de vista español, el pretender atraerse la adhesión espiritual de las Repúblicas sudamericanas, hablándolas siempre del *pasado* en vez de mirar hacia el porvenir. Bien está que cantemos las glorias de Colón, de Isabel la Católica, de Hernán Cortés y de Pizarro, de la civilización cristiana y de la obra colonizadora llevadas al Nuevo Mundo por nosotros. Pero forzoso es ya cambiar de disco y no confundir lo que es una obra de reconstrucción histórica con lo que ha de ser obra de aproximación política. Se comprende que el sudamericano, a quien sólo nos dirigimos entonando un himno fervoroso a la Raza, a la sangre nuestra que corre por sus venas, y a “la madre patria, que ha dado a luz tantas hijas al otro lado del Atlántico”, crea que su venerable antepasada es hoy una momia histórica digna de guardarse en un museo. Es decir, que España, como nación, *fué* y ha dejado de *ser*. La realidad es muy distinta, y el progreso de España, en estos últimos años, a pesar de su mala administración y de frecuentes desaciertos políticos, es cosa que nadie pone en duda...

Sin embargo, persistimos siempre en hablar a los países jóvenes de América como una abuela a sus nietos. Nuestra política de aproximación

hispanoamericana consiste, por lo general, en un desbordamiento de retórica patriótica empleada en discursos, banquetes o veladas conmemorativas. Todo gira en torno a la Raza y al afecto que nos deben tener los países sudamericanos. A este sentimiento correspondemos en España, sin previa declaración, con una lluvia de halagos. Ya no puede venir a Madrid ningún sudamericano conocido (o a veces por conocer), sea político, pedagogo, periodista u hombre de letras, sin que la Prensa española suelte las cataratas del "bombo" y anuncie su llegada como si se tratase de un nuevo Mesías. Una vez llegado éste, se celebran con él interviús, preguntándole, entre otras cosas, lo que le parece España. A lo cual contesta, naturalmente, que le gusta mucho; que el carácter español es generoso, hidalgo, hospitalario; que sus mujeres son bellas, y el cielo admirable. Hecha esta confesión sentimental, se le da al viajero un gran banquete, se le lleva a visitar las redacciones de los más importantes diarios, se le presenta al jefe del Gobierno y a veces hasta se le condecora, esperando así que arraigue en su corazón el amor a España. Y todo ello estaría muy bien si esos alardes de hospitalidad obedeciesen, por lo general, a una selección y no a una costumbre establecida. Así nos evitaríamos algunos amargos desengaños como el que a veces el sudamericano, al volver a su país, haga en aquella Prensa declaraciones respecto a

España muy distintas a las que hizo en ella y corresponda con un gesto de desdén e ingratitud a tantos halagos inmerecidos.

Bien está, lo repito, la propaganda hispano-americana y todo esfuerzo encaminado a estrechar las relaciones entre España y América. Pero a nosotros los españoles nos corresponde intentarla en un plano de igualdad. Procuremos evitar el hablarles a los países jóvenes de América en tono maternal, pero tampoco nos acerquemos a ellos con aire humilde solicitando su afecto y consideración como quien pide limosna.

Conviene por eso evitar en un sentido y en otro las exageraciones. A este propósito he de insistir aquí sobre lo que publiqué en Madrid respecto a la proyectada estatua de Bolívar en tierra española. Dije entonces que así como un monumento a Rubén Darío en nuestra capital era un justo homenaje de gratitud a tan fervoroso amigo de España y cantor de sus glorias, en cambio, un monumento a Bolívar me parecía injustificado. Porque nadie discute la figura magna de Bolívar ni deja nadie de comprender los anhelos de independencia de la América española. Pero al fin y al cabo la grandeza de Bolívar se labró a costa de la de España. No corresponde, pues, a los españoles el celebrarla. Una cosa es el olvido y otra es la adhesión. Yo, en otro orden de ideas, soy muy admirador de Napoleón, y creo que su épica vida desafía la inven-

tiva de los novelistas. Mas no por eso me parecería lógico el proponer que los madrileños le eleváramos una estatua al César corso en el mismo paseo del Prado, donde se halla el monumento conmemorativo de las víctimas del Dos de Mayo.

Dejando aparte estas posibles discrepancias de criterio, no cabe duda de que España, para no perder toda influencia en América del Sur, ha de substituir la *palabra* por la *acción*. En el orden comercial, político y diplomático, varias naciones europeas nos han aventajado luchando hoy por borrar hasta las huellas de España. Frente a la desidia y pasividad españolas, Francia, más activa y hábil, ha inventado el término de *América latina*, que une espiritualmente por hilos invisibles a las principales Repúblicas sudamericanas con París. Esa propaganda "latina" tiende a excluir a España, y de ella nos ocuparemos más adelante si el lector nos presta su atención.

FRANCIA Y LA AMERICA "LATINA"

Hablábamos del problema hispanoamericano en sus diversos aspectos y de una de sus más importantes derivaciones, o sea el concepto de la América "latina". Esto de la América "latina" lleva, sin duda alguna, la marca de fábrica francesa en lo literario, lo político y lo económico. Y yo, que demostré mi ferviente francofilismo durante la gran guerra, nada tendría que objetar a tan activa propaganda si ella no tuviese por objeto principal el borrar toda posible influencia de España, incluso hasta las inmortales huellas de su grandioso pasado histórico. Es, pues, un deber que cada español consciente se oponga, en la medida de sus fuerzas, a tan absurda e injusta exclusión. Sé decir, por mi parte, que me inspira estas líneas, no sólo el patriotismo, sino hasta el egoísmo del escritor, cuyo idioma, el de Cervantes, parece más apto a unirnos espiritualmente con el público sudamericano que otras lenguas extranjeras.

No ignoro, sin embargo, el cúmulo de prejuicios, de leyendas y hasta de intereses que se oponen a la revisión del concepto de España en América, a pesar de ciertas corrientes sentimentales mal encauzadas, cuya fuerza expansiva suele perderse en discursos de sobremesa o en veladas conmemorativas. Francia nos ha aventajado en América del Sur, desde la Revolución, madre espiritual de los caudillos de la Independencia, hasta nuestros días. Es un hecho innegable, aunque sea doloroso para los españoles que se interesan por América. Pero donde más activa se ha hecho la propaganda francesa en el orden intelectual, político y económico, es desde la guerra europea. Entonces ha sido cuando Francia ha descubierto en la América del Sur, sobre todo en la Argentina, la nueva Tierra Prometida, donde la riqueza sería una mina inagotable para los empobrecidos mercados franceses. Hasta este acontecimiento, algo tardío, que parece justificar la cáustica frase de Bismarck: "El francés es un señor que desconoce la geografía", la América del Sur era la que había descubierto a Francia sin llegar a interesar a los franceses. El sudamericano, en el concepto vulgar de éstos, parecía un ser extraño y rico, caído en París, como de la luna, con los bolsillos llenos de oro y una tan ferviente admiración por todo lo francés que, unida a sus envidiables capacidades financieras, le impulsaban a pagar las co-

sas tres veces su precio. Semejante rumbosidad, un tanto exhibicionista, era explotada, aunque no agradecida, por los franceses, que bautizaron irónicamente al sudamericano de *rastacouère*. Sin embargo, el despectivo mote no entibió nunca la adoración fanática del sudamericano por Francia; adoración del humilde enamorado que ni siquiera aspira a ser correspondido. A este sentimentalismo de casi todo el continente hispánico, cuyos rencores persistían contra la “madre patria”, había contribuído el espíritu de varias generaciones orientadas hacia Francia en la esfera política, social e intelectual. Sigue hoy ésta conservando su triple hegemonía en la América del Sur. Frente al concepto harto discutible de la “tiranía” española, en su inmensa obra colonizadora, Francia aparecía como la madre de la Revolución, faro de pueblos y cuna de las libertades. Rousseau y la Enciclopedia era la fuente inspiradora a la que vinieron a saciar su sed de independéncia y de reformas democráticas Simón Bolívar y los demás caudillos de las guerras coloniales contra España. Una vez roto el lazo de unión con la metrópoli, no es extraño que las nuevas Repúblicas sudamericanas vieran en la República francesa su educadora y maestra. Políticamente ya nacía, por decirlo así, esta América “latina”, o mejor dicho aún, esta fusión francoamericana, que pretendía hacer tabla rasa del pasado y olvidar la obra de España,

sin tener en cuenta para nada las afinidades del idioma y de la sangre. Intelectualmente, el pensamiento francés, la literatura francesa del siglo XIX, la más divulgada de todas las literaturas, iba a formar la heterogénea mentalidad sudamericana, como había formado ya en gran parte el gusto europeo con la importantísima colaboración de sus cocineros y de sus modistas.

El encanto de París y su magnetismo irresistible de sirena ha hecho, además, que sea la capital francesa, para todo sudamericano, el verdadero Paraíso terrenal. Intelectuales, bohemios, ociosos, políticos en el destierro y nuevos ricos, ven igualmente en París la Meca de sus aspiraciones.

Decía Oscar Wilde en una de sus comedias que el americano, cuando se muere, si ha sido bueno, va a París, y si ha sido malo... vuelve a América. Esta ironía del ingenioso autor irlandés encierra un cierto fondo de verdad respecto a la psicología sudamericana. En todo caso lo que sí puede afirmarse es que el americano trabaja en América y viene luego a gastarse su dinero a París, cuyo ambiente le embriaga como el *champagne*. Y nadie tendría por qué ponerle reparos a este entusiasta "parisianismo" si no fuera tan exclusivo e ignorase voluntariamente cuanto hay de bueno y de bello en otras regiones del planeta. Libros franceses, modas francesas, teatros franceses, cocina francesa... Todo eso está muy bien

y tiene en la vida moderna su valor indiscutible, pero en el mundo hay más. Lo cual no quita que hasta para los sudamericanos inteligentes el horizonte europeo se limite a Francia. Pensadores y literatos que pretenden desdeñar, por muy demócratas, títulos y jerarquías, enloquecen de alegría cuando pueden lucir en el ojal la cinta roja de la Legión de Honor. Elegantes señoritas de Buenos Aires y de Montevideo que no sabrán acaso un solo verso en español, recitan, en cambio, con impecable acento en francés, hablan y se visten a la francesa y leen sólo autores franceses. De Buenos Aires mismo oigo decir con orgullo a muchos argentinos que hoy día es “un nuevo París”. En fin, la antigua Hispanoamérica se inclina ante Francia sumisa. Forzosamente había de brotar y de dar frutos este francoamericanismo nacido del sentimentalismo americano y del espíritu práctico francés. Los franceses tienen demasiado sentido de la realidad para no comprender las enormes ventajas que podrían explotar de la continua adhesión de las Repúblicas sudamericanas. El Nuevo Mundo ya se les aparecía como un vasto campo de experiencias y de expansión comercial e intelectual. Y el invento feliz de *l’Amerique latine* fué la frase con que, sellando así la ruptura de América y la madre patria, Francia se propuso substituir a esta última como madrestra cariñosa.

Sería inútil regatearle a ésta el talento y la actividad de que ha dado muestras en toda Sudamérica. Francia posee, cual ningún otro país, el arte de la *réclame*. Si el francés no ama al extranjero, sabe, en cambio, atraerle a su patria y convencerle de que París aun es el faro de la civilización. Envía al mismo tiempo una legión de propagandistas por el mundo entero. Políticos, académicos, prelados, actores, conferenciantes, artistas y modistos, sirven igualmente para entonar las glorias de la nación francesa. Así han desfilado por Sudamérica desde Anatole France hasta Mgr. Baudrillart, director del Instituto Católico de París; desde el "tigre" Clemenceau, Viviani y Caillaux, políticos del radicalismo y de la democracia, hasta los generales de la Victoria en calidad de heraldos triunfantes, a quienes se prefería tener lejos de Francia por temor, sin duda, a que surgiera un nuevo Boulanger. Este eclecticismo en sus misioneros hace que así Francia pueda tocar todos los resortes sentimentales de un enorme público. Y no se diga nada de esas "estrellas" del teatro, de los grandes actores que con medianas o pésimas compañías dramáticas interpretan las obras de los inmortales clásicos o las ingeniosas producciones del *Boulevard*. Francia, aprovechando la todavía enorme difusión de su idioma por el mundo, invade, además, con sus libros el mercado editorial de América, funda sociedades y centros de cultura, y

lucha tenazmente por no perder su hegemonía espiritual sobre *l'Amérique latine*. Empobrecida por la guerra y una paz desastrosa, Francia no se contenta ya con que los sudamericanos, en especial los argentinos, vengan a París a bailar el *tango* en los *cabarets* de Montmartre ni a que se vistan sus bellas mujeres en los modistos de la rue de la Paix. Tiene más altas aspiraciones intelectuales y financieras. De ahí que se intensifique desde París esa propaganda de comités y de banquetes oficiales, esos halagos en la Prensa y esos discursos efusivos con que los políticos e intelectuales franceses se atraen a sus admiradores sudamericanos para conservar una especie de protectorado sobre la América "latina".

¿Se puede, a pesar de tan grandes esfuerzos, mantener esta ficción de la América "latina", a la cual hoy se adhiere un temible rival del prestigio francés con la expansión de Italia en el continente americano? ¿Es posible excluir a España en la formación de la América "latina"? No. Aunque se quiere renegar del pasado y matar la tradición, el pasado es imborrable. La voz de la sangre antigua, aun en aquellas capitales del Nuevo Mundo donde más ha podido adularse por las recientes inmigraciones, tiene su positivo valor psicológico, porque la sangre, como los viejos vinos, se acredita con el tiempo. El sudamericano que no lleve un legítimo apelli-

do español puede temer con harto fundamento que sus turbios orígenes vengan de los más bajos fondos europeos. Y, en fin, el argentino moderno cuyo íntimo anhelo es ver a Buenos Aires convertirse en inmensa Cosmópolis, no debe olvidar que desde los tiempos bíblicos toda Babel produce la confusión de idiomas y de razas. Sirva el actual ejemplo de París que ha perdido su fisonomía propia, y hoy parece una gran sucursal angloamericana.

En el vasto horizonte de la América "latina", creado por Francia a su imagen y semejanza, surgen ahora dos aspectos inquietantes para su influencia: la expansión de Italia, vigorizada por una gran natalidad que tiende a extenderse por el Nuevo Continente, y la amenaza de Norteamérica. Los Estados Unidos han cambiado la famosa doctrina de Monroe en "América para los americanos... del Norte". Y los maquiavélicos proyectos financieros y comerciales de la República imperialista tienden a esa política de absorción iniciada ya con tanto éxito en Panamá, en Méjico y en Cuba...

Junto a esta labor activa e incesante, confieso que el papel de España durante muchos años ha sido harto deficiente. Nos hemos dormido sobre nuestra exagerada *leyenda negra*, sin preocuparnos de lanzar al mundo rectificaciones. Nos hemos aislado en el solar patrio, como un viejo hidalgo arruinado que no quiere exhibir su po-

breza. Nuestros oídos permanecieron sordos a las calumnias y a los insultos. Sentimos el orgullo de nuestro pasado y el dolor de ver que otros pueblos lo adulteran y ennegrecen. En realidad, nuestra leyenda no es tan negra como la pintan, sólo que el verdadero pecado español es la pereza y deja a la verdad histórica resplandecer tarde o temprano por sí sola. A pesar de esta inercia española, se va filtrando la luz. Ilustres escritores extranjeros, como el americano Lummis en su libro *The Spanish Pioneers*, y el francés Marius André en su obra *La fin de l'Empire Espagnol en Amerique*, ensanchan esa tenebrosa ruta, extirpando odios y prejuicios. Gracias a esa noble campaña de revisión iniciada ya en España y en América por varios publicistas, la vieja madre patria no parece tan dura, cruel ni fanática como la pintaron sus detractores. Sin embargo, el despertar de España respecto a Hispanoamérica ha sido tardío comparado con el de otros países. Se ha perdido mucho tiempo, y urge remediar el mal que ha causado nuestra inactividad en el orden político y diplomático. Mientras soberanos y príncipes herederos extranjeros han recorrido el continente americano, aquí se sigue discutiendo sobre la oportunidad del viaje del Rey a la Argentina. Mientras nuestros diplomáticos iban a América como al destierro, nuestros escritores tenían por costumbre escribir sobre política es-

pañola en el tono agrio y violento de una discusión de casino de provincia. Las cosas empiezan a variar, y podemos añadir ahora: "Nunca es tarde si la dicha llega." En nuestro Ministerio de Estado se inaugura una sección nueva para las Relaciones Culturales con la América del Sur. Se prosiguen con entusiasmo las obras de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Se hacen discursos, se pronuncian conferencias, se fundan comités. ¡Todo esto es poco!, me diréis. En efecto; pero lo bastante ya para convencerse de que la América "latina" no puede eliminar a España. Hoy por hoy me contentaré con que no sólo vayan a Buenos Aires nuestros aviadores, sino también nuestros oradores inactivos. Y como autor español me conformo con mil lectores de mis obras en cada República sudamericana, lo cual, si se va a ver, no es mucho, aunque parezca todavía un sueño de quimérica expansión editorial.

LA ESPAÑA DEL TURISMO

El aplauso entusiasta con que en América se ha acogido el vuelo de Franco y de sus compañeros aviadores desde Palos hasta Buenos Aires ha hecho que todas las miradas se volvieran hacia España en un mismo impulso colectivo de adhesión espiritual. ¡Alabada sea la intrépida hazaña del *Plus Ultra!* Este avión transatlántico, más que un alarde heroico, es todo un símbolo de verdadero hispanoamericanismo, fértil en posibilidades para un próximo porvenir. España aparece ante el Nuevo Mundo envuelta en una esplendente aureola de modernidad. Ya no es la anciana abuela repitiendo a todo un corro de nietos esas viejas historias de su remota juventud en que era bella, opulenta y poderosa cual reina de leyenda. Ello quiere decir que España sigue dando pruebas de una asombrosa vitalidad, pese a las naciones que hoy pretenden enterrarla o al menos convertirla en gloriosa momia de museo. Por encima de nuestras catástrofes históricas, de nuestros errores

políticos y de nuestras lamentables luchas internas, el individualismo ibérico, tan adverso al orden colectivo, ha de seguir aún produciendo, en las artes y las ciencias, ejemplares humanos de positivo valor universal. Y hecha esta declaración patriótica, con un irreprimible sentimiento profético, vamos a hablar de una vez sobre la España del turismo, evitando así el caer en la costumbre de esos oradores que se pasan más de medio discurso o conferencia sin haber entrado en materia.

España, como sabe el lector, es un país al cual reconocen casi todas las demás naciones del Universo el magnetismo evocador del "color local". Esto del "color local" es un apreciable privilegio bajo el aspecto artístico, pero bajo el aspecto político inspira no poco desdén a las Cancillerías de las grandes potencias. Quiere decir que a España seguirán viniendo poetas, pintores, novelistas y bohemios, ávidos de sorprender la nota exótica y de inspirarse en nuestra tierra aun cuando sólo sea para después ridiculizarnos y ponernos en solfa. En cambio, los sesudos prohombres de la política internacional seguirán juzgando a España como factor de escasa importancia; como un pueblo decadente y moribundo que ha cumplido su misión histórica, a semejanza de Grecia, con o sin República, y de la misma Italia, antes de que el fascismo reorganizador la salvara del caos administrativo-

parlamentario y de que la dictadura de Mussolini la inyectara una dosis de vitalidad.

Asimismo, los graves sociólogos, los hombres de ciencia, los publicistas y los jurisconsultos, vuelven su mirada hacia otros horizontes e ignoran a España, país atrasado, según ellos, que no merece el honor de figurar entre las grandes naciones civilizadas. En vista de lo cual, sólo nos visitan con cierto interés los viajeros a caza de lo original y extraño, los turistas, que pasan por el mundo con sus *Baedekers* haciendo el inventario de museo y monumentos, los anticuarios y ahora también, desde la guerra europea, los hombres de negocios. España no atrae al hombre moderno que sólo gusta de las grandes urbes y de las elegantes playas cosmopolitas. Persiste aún el ambiente fatal que hace años envolvía a nuestro país, del cual solían volver renegando todos aquellos viajeros aficionados al *comfort* y a la cocina francesa. ¡Qué fondas, las de España! ¡Qué guisos con aceite rancio! ¡Qué trenes! ¡Qué carreteras! A España sólo podía ir el que tuviera vocación de misionero o de mártir. El tiempo no ha logrado variar mucho este concepto tan poco halagüeño para nosotros. Sin duda, por ese motivo, son numerosísimos los sudamericanos que habiendo venido a Europa y vivido en París varios años no sienten la menor curiosidad por asomarse a España. Hacen una excepción, estos descastados

hijos de la “madre patria”, cuando veranean en Biarritz. Entonces se arriesgan en territorio español para asistir a algunas de las grandes corridas de toros de San Sebastián, que los franceses elogian patrióticamente calificando a la ciudad de *vrai ville française*, a fin de justificar el progreso de sus hoteles, sus casinos y sus avenidas. En realidad, San Sebastián les deja sorprendidos porque se figuraban que los Pirineos marcan la frontera de Europa. Y San Sebastián tiene una fisonomía moderna y europea. Hay, pues, que internarse más adentro de España para descubrirle el “color local” y apreciar su originalidad exótica.

Pero esto ya requiere, a los ojos del intrépido turista europeo, el exponerse a riesgos y fatigas, a entrar en el misterioso reino de lo desconocido que sólo recorrieron algunos valientes exploradores y artistas hastiados de la verdadera civilización. Porque no debemos olvidar la parte de fantasía y de leyenda que ha inspirado en el extranjero el interés hacia España. Así como nuestro antiguo poderío mundial y nuestras luchas religiosas contra el judaísmo y contra la Reforma, nos valieron el odio y la hostilidad de casi todas las naciones, responsables, políticamente, de nuestra leyenda *negra*, en cambio la literatura europea ha envuelto a España en una radiante aureola de romanticismo y de exotismo, cuya imagen aun persiste en la men-

te de las actuales generaciones. No son hoy día pocos los anglosajones que al pisar tierra española tienen el convencimiento de seguir las huellas del afamado George Borrow en su ya clásico libro *The Bible in Spain* y se creen en la obligación de hospedarse en posadas y de codearse en las montañas con bandoleros y gitanos. Aun cuando sea Inglaterra el país donde peor y al propio tiempo más acertadamente se ha juzgado a España (sobre todo en tiempos recientes en los que se han publicado libros de historia y de literatura sobre nuestro país, muy dignos de interés y de mayor divulgación), el ingenuo turista persiste en ver las cosas al través del mismo cristal de colores que las vieron sus antepasados. Así, pues, seguirá siendo España, para estos ingleses *the land of romance*, como en los propios tiempos de Lord Byron. El inglés que haya adquirido sus conocimientos en la habitual literatura de viajes, creerá que España es un país singular en que los hombres van vestidos de toreros y las mujeres de majas, con la navaja en la liga; en que el cielo es eternamente azul y la lluvia, desconocida; en que todo enamorado sabe tocar la guitarra junto a la reja de su amada y toda mujer se pasa el día repiqueando las castañuelas en el patio de su casa, sin pensar en quitarse la mantilla hasta la hora de acostarse. ¡Y no digamos nada de las fantásticas descripciones de los *bull-fights*, o sea de las co-

rridas de toros, en las que los *matadors* son auténticos Grandes de España! Mas no exageremos la responsabilidad de los anglosajones, a quienes también debemos el norteamericano Wáshington Irving, admirable evocador de las maravillosas leyendas de la Alhambra. La deformación estética que ha adulterado el concepto de España en la mente del vulgo, proviene de la literatura en general y de cierta literatura francesa en particular. El público ha solido tomar como artículo de fe lo que no pasaban de ser impresiones individuales. No comparto, al decir esto, la opinión de muchos compatriotas míos que juzgan a ciertos escritores franceses culpables de haber difamado y caricaturizado a España contribuyendo a fabricar esa "España de pande-reta", siempre de moda en las *revues* de París y en las operetas internacionales. Nada más lejos del ánimo de los autores franceses al buscar en nuestra tierra su fuente de inspiración. Sería injusto negarles la parte de color y de belleza con que adornaron la leyenda de España. Lo malo es haber confundido siempre la leyenda con la realidad. Cuando Alfred de Musset escribía poemas y cuentos sobre España, sin haberla visto, se proponía únicamente dar una vaga semblanza geográfica a los juveniles caprichos de su musa. Víctor Hugo estaba muy convencido que interpretaba el alma española y el concepto del honor castellano al escribir *Her-*

nani y *Ruy Blas*. No pensaba Gautier, en su magnífico libro español, publicar una guía de viajeros, sino una obra de arte que perpetuara su visión plástica de ciudades y paisajes contemplados con admiración. Hasta el frío Merimée amaba a España con fervor romántico, y su *Carmen* gitana lo demuestra, aunque luego, por desgracia, haya tenido absurdas intérpretes en escena. Y no podemos olvidar en tan corta enumeración al genial Maurice Barrés, que ha sabido espiritualizar la figura del *Greco* y crear un ambiente de misticismo, de austeridad y de belleza en torno a la imperial Toledo.

Justo es también reconocer que el arte, después de la historia escrita y divulgada por nuestros adversarios, ha falseado a España grotescamente. Aquella *Carmen*, de Bizet, tan melodiosa, cuya música entusiasmaba a Nietzsche, nos ha perjudicado a los españoles bajo el punto de vista europeo. ¡Ese *toreador* paseándose hasta de noche, con su capa, vestido de mamarracho! ¡Esas gitanas y bandoleros de la sierra! ¡Qué ideas absurdas no sugieren todavía al extranjero respecto a nuestro país? Acaso tanto "color local" sea conveniente para el fomento del turismo y los ingresos de la agencia *Cook*. Quizá semejante expectación sea la que atraiga todos los años a Sevilla millares de viajeros para presenciar las fiestas religiosas de Semana Santa o el bullicioso aspecto de la Fe-

ria. Sin embargo, son muchos los excursionistas que ya deben desilusionarse al pasar la frontera. Porque los trajes "pintorescos" no aparecen a la vista y los españoles, mal o bien, visten como los demás europeos. Los trenes, aunque vayan despacio, llegan a su destino, y no son asaltados por terribles bandoleros. Hoy día los bandoleros han abandonado las montañas y viven muy a gusto, de incógnito, en las ciudades. En fin, que cuanto más se interne el viajero en España aumentará su convencimiento de que lo han engañado. Las damas españolas sólo fuman desde que imitan a las extranjeras, y no llevan mantilla, sino sombreros a la moda de París. Los toreros no lucen sus ricos trajes de luces más que en la plaza y fuera de ella parecen acaudalados señoritos. A las sucias e incómodas fondas de antaño han sucedido los Ritz y los Palaces modernos. ¿Progreso innovador? ¿Desaparición del "color local"? Llámese como se quiera, el caso es que la originalidad y belleza artística del país ha de buscarse en sus museos, sus monumentos y la arquitectura histórica de ciertas viejas ciudades. La España de pandereta ha pasado a la escena y a los libros. Y el ingenuo turista que se figure otra cosa no tardará en medir el abismo que existe entre la pura fantasía y la prosaica realidad.

LA TRADICION Y EL PROGRESO

Al aproximarse la Semana Santa, una ola de turistas extranjeros invade a España, se detiene breves días en Madrid y prosigue su itinerario hasta Sevilla, donde, una vez pasada la bulliciosa "Feria", la marea retrocede, como en las playas, hasta volver a los Pirineos. Huelga decir que esta invasión extranjera no tiene ninguna reminiscencia napoleónica y lejos de suscitar el bélico ardor del pueblo español halaga su amor propio y merece sobre todo el general aplauso de los fondistas. Es que, al llegar la primavera, España atrae a una parte de la inmensa caravana de Cosmópolis para cuyo lujo y bienestar se van edificando suntuosos *palaces* en los más remotos confines del mundo. Ya hemos dicho que España es tierra de "color local" y debemos los españoles congratularnos de ello, en vez de considerarlo ofensa. Si algunos espíritus superficiales creen por eso arrojarnos en la misma balanza política de Egipto, de Grecia o de Turquía,

se equivocan. Pero aunque así fuera no vamos tan mal acompañados en el orden estético que, al través de los siglos, aun conserva una tradición legada a la humanidad como inmortal herencia del pasado. Hay cosas que escapan al poder inmenso del dinero y fuerzas espirituales capaces aun de triunfar sobre la dominación material de los ejércitos y de las escuadras. No exageraba el dispéptico Carlyle al afirmar que era más importante para Inglaterra el haber dado al mundo un Shakespeare que el poseer un vasto Imperio colonial. Es muy cierto. Por encima de las conquistas territoriales y de las transformaciones geográficas, sobreviven las conquistas del pensamiento. De la Grecia sepultada sobrevive todavía Homero, y de las ruinas del Imperio romano surge Virgilio, sin que el tiempo haya ajado su corona de laurel. Asimismo puede también jactarse España de que Cervantes sigue siendo su compensación por sus reveses políticos o sus pérdidas coloniales y que el *Quijote* siempre le daría fe de vida ante el Universo, aun cuando llegaran a borrarla del mapa. El alma de las antiguas civilizaciones se percibe al través de sus libros y se refleja en sus cuadros, en sus obras de arte, en sus monumentos. El paisaje viene a servir de marco natural a las huellas imperecederas del pasado que pisan, respetuosas, las modernas generaciones contemplando las nupcias felices del Arte y de la Na-

turaleza, tan amenazadas ambas hoy día por el progreso destructor.

A esa nostalgia de lo pretérito, a esa insaciable curiosidad cultural, obedece la inmensa legión de peregrinos ambulantes que recorren el mundo bajo la etiqueta cosmopolita del turismo. Hoy vienen a España lo mismo que visitaron antes los castillos y lagos de Escocia, el suntuoso Versalles y los castillos del apacible Loire; el legendario Rhin y los fantásticos palacios del rey Luis de Baviera; Venecia, cuna del romanticismo, y tantas otras ciudades italianas, emanando belleza y poesía evocadora. Como yo mismo he sido uno de los peregrinos que han recorrido ese itinerario, a más de otros varios países europeos, no desconozco, ni menos desdeño la inmensa herencia de riquezas que el pasado legó a la humanidad. Pero tampoco dejo de reconocer que la tradición en el arte, en la vida, en las costumbres, va borrándose y perdiendo su carácter ante el empuje irresistible del progreso en forma de cosmopolitismo triunfante.

Tomemos el caso típico de España. ¿Qué anhela ver el turista al pisar tierra española? En general, ver sus museos, sus monumentos, sus viejas ciudades de gloriosa tradición histórica. El turista que nos visita con este propósito parece el más sensato porque, en efecto, así podría evocar, directamente, el alma de la raza. En cambio, el turista que sólo viene de Semana

Santa a Pascua para ver una España exótica de puro espectáculo, está, según nuestra opinión, algo despistado y puede llevarse un amargo desengaño. Madrid, por ejemplo, carece de "color local" y la antigua capital de aspecto burgués y provinciano se ha transformado en una ciudad europea, sobre todo desde la gran guerra, con vastos edificios, nuevos hoteles y teatros, *cabarets* y *dancings* nada elegantes, aunque animados (la buena sociedad no los frecuenta); enorme Stadium, donde se celebran los apasionados partidos de fútbol; club de golf, tennis y polo en Puerta de Hierro, y qué sé yo cuántas innovaciones más... El tráfico, hoy día, congestiona las calles de Madrid. Los *taxis* y automóviles particulares circulan por todas partes. Se ha hecho preciso, además de los tranvías y autobuses, tener también *metropolitano*, como en otras capitales. Acaso el viajero que se asoma desde un balcón del Ritz o del Palace Hotel tiene un gesto de desilusión al contemplar desde arriba las calles y plazas de la Villa y Corte. ¿Es esto España?... No, evidentemente, no es la España de cartel y pandereta que se había figurado. Pudiera ser cualquier ciudad europea sin rasgos característicos. Los hombres han desterrado la castiza capa y hasta los toreros visten a la inglesa, como los señoritos. Las señoras jamás se ponen la clásica mantilla salvo en Semana Santa, cuando recorren a pie las igle-

sias o cuando las damas de la Reina asisten a Capilla Pública en Palacio. La tradición y la etiqueta sólo se conservan, con todo fausto y esplendor, en la corte de los Reyes y una curiosa muestra es la ceremonia del "lavatorio", en Jueves Santo, en el regio alcázar, ante los personajes palatinos y el Cuerpo diplomático extranjero. Fuera de estos casos, las señoras han substituído la mantilla, que tanto realza la belleza femenina, por el sombrero del último modelo de París. No verá el turista ningún traje del país, como no visite apartadas regiones donde las fondas son malas, e intermitentes las comunicaciones. Y hay pocos viajeros con bastante vocación artística para renunciar a la comodidad. ¿Dónde, pues, hallará el turista las huellas del pasado? Unicamente en el Museo del Prado, ante los lienzos de Velázquez y de Goya, en la Armería Real o en el soberbio Palacio de Oriente.

También cuando recorra el triste palacio del Pardo o los magníficos jardines de Aranjuez y de La Granja, cuyas fuentes murmuran sonetos cortesanos, intrigas y amoríos. Verá resurgir la grandeza de España entre los muros de la imperial Toledo y a la sombra del severo Monasterio de El Escorial, monumento grandioso y desolador de fe, de misticismo, de sueños irrealizables y de triste resignación al iniciarse la decadencia histórica...

Todo eso vale más, mucho más, que la Espa-

ña espectacular y mística de la Semana Santa en Sevilla o la España de castañuelas que parece desbordar de alegría en la "Feria". Líbreme Dios de negarle valor estético a las procesiones religiosas, a sus imágenes talladas de Nazarenos ensangrentados y Dolorosas en lágrimas, a sus cirios y cofradías. No es posible resistir el vértigo de la famosa "Feria", con sus puestos, sus flores, sus casetas, el rumor de muchedumbres delirantes en las corridas de toros; el continuo desfile de mantones, el incesante vibrar de abanicos, cantos y guitarras. La tradición en las costumbres revela allí al mundo un cuadro deslumbrante, original. Pero es más verídica, más íntima y evocadora aún la España que no ha menester de vestirse de gala, de orar en público, ni de danzar por atraerse la admiración del extranjero. Para sentir palpar el alma de las ciudades hay que recorrerlas, solo, cuando se ha marchado ya la caravana de viajeros. Quien haya visto Sevilla en feria, desconoce su fisonomía verdadera, ese ambiente peculiar en que las tradiciones musulmanas y cristianas se dan la mano con el progreso innovador de sus nuevos hoteles, su maravilloso Parque de María Luisa y la creciente Exposición Hispanoamericana.

Y así, huyendo del cosmopolitismo nivelador, el turista aun puede ver surgir la España mística en las catedrales de León, de Santiago y de

Burgos. Seguirá las huellas de Santa Teresa, en Avila, y contemplará una de las más hermosas y características ciudades castellanas en Segovia, no bastante conocida hoy día. Pero si al viajero, ávido de sensaciones de arte, le es indiferente una larga jornada en tren o la falta de *comfort* moderno, vaya a Salamanca sin vacilaciones. Entre sus muros dorados por el sol, su Universidad gloriosa, su catedral, sus claustros, sus palacios y sus monumentos, hallará la más deslumbrante visión de la España culta y universal de antaño.

Después, hay que cambiar el decorado y sumergirse en la refinada y sensual España musulmana, que se palpa en Córdoba y en Ronda, pero que revela su máxima expresión poética en la magia de Granada. Yo creo que Granada es única en el mundo como Venecia. Ambas parecen sultanas embellecidas por el contacto del Oriente. En ambas, la leyenda, el arte y el romanticismo le han formado un ambiente de ensueño y de melancolía. Los cuentos de las *Mil y una noches* tienen su continuación en las bellas narraciones de la Alhambra, contadas por Wáshington Irving; su música evocadora, en el inspirado poema de Zorrilla. Abajo, el progreso ha ido ensanchando una ciudad moderna, sin carácter. Pero eso no es Granada. La Granada inmortal está en el alcázar de oro y encajes de la Alhambra, en los frondosos jardines donde el

agua de las fuentes canta sin cesar, en el Generalife y en la vista incomparable, desde lo alto de la vega granadina. Al contemplar aquel inmenso panorama, bajo el crepúsculo de fuego, se comprende el sollozo nostálgico de Boabdil.

No desdeñemos, pues, la tradición, que van quedando en el mundo pocos santuarios del arte, pocas ruinas sagradas. Hagamos el progreso compatible con la conservación de los monumentos que nos ha legado la antigüedad. Bien están los ferrocarriles, los *autos*, los aviones. Pero ¿es necesario modernizar todos los países de la Tierra destruyendo la fisonomía propia que le dieron los siglos? Pierre Loti, el mago de la prosa, habría llorado al ver a su Constantinopla abandonada por los turcos demócratas de Angora; al prohibirse el fez oriental por orden del europeizado Mustafá Kemal. Y a su dolor se agregaría el norteamericano Lafcadio Hearn, al contemplar este Japón modernizado que destierra leyendas, costumbres y trajes asiáticos; a esta China en convulsión, despertando de su largo sueño para fijar su mirada en las no siempre ejemplares lecciones de Europa. ¿Va a verse el mundo sumergido por una creciente ola de prosaica vulgaridad?... Aterra el pensar que la ciudad futura pueda llegar a ser esa horrible urbe mecánica, de agobiadora uniformidad en sus edificios que Wells nos ha profetizado en su curioso libro *Anticipaciones*. Tendrán forzosa-

mente que morir las musas en un planeta invadido por la electricidad y la maquinaria. Será escasa la ventaja de que un avión gigantesco pueda llevarnos en unas horas de Nueva York a Roma, o de Roma a Pekín, si todas las ciudades se habrán modernizado hasta el punto de parecer iguales. Al meditar semejante perspectiva se consuela uno ante la idea de no entrar en esa Tierra prometida... de la prosa. Y justifica, incluso, el alegrarse de haber nacido en esta vieja España, porque, como dije recientemente en la Prensa madrileña, lo que nos caracteriza a los españoles, hoy, no es tener ya automóviles, aviones, radiotelegrafía, sino el poseer lo que no puede imitarse: una Alhambra, un Escorial o un Museo del Prado.

LOS SEMBRADORES DE IDEAS

Este año, o mejor dicho, este curso que se abre en octubre y termina hacia mediados de junio, hemos tenido en Madrid una verdadera racha de conferenciantes nacionales y extranjeros. Tantos discos de elocuencia por hora tienen sus defensores y sus detractores. ¿Es un mal o un bien? Yo creo sinceramente que es un bien y que las buenas conferencias son un fácil sistema de difusión y de propaganda cultural, sobre todo en aquellas esferas sociales donde apenas se abren los libros.

Un buen conferenciante que domine a su auditorio puede abrirle infinitas perspectivas espirituales y enseñarle más en una hora que varias lecturas mal digeridas. No obstante, forzoso es confesar que respecto a conferencias culturales, en Madrid nos hemos ido, según nuestra costumbre, de un extremo a otro, es decir, de la escasez al exceso. Ha sucedido lo propio con los conciertos, los automóviles particulares y los *taxis*. Antes los conciertos en

Madrid se reducían, por lo general, a un abono de la Orquesta Sinfónica y a unos cuantos solistas extranjeros que venían a someterse al fallo rutinario de nuestro público de entonces. Ahora, desde fines de otoño hasta la primavera, la serie de conciertos en Madrid es incesante. Contamos con Sociedades tan importantes como la Filarmonía y la Cultural, con dos grandes Orquestas nacionales y, además, con las repetidas visitas de los más célebres concertistas del mundo. Respecto a la invasión automovilista, no hablemos. Ya no se puede circular por Madrid, que resulta estrecho para tanto *taxi* y tanto coche de lujo, a más del estrépito continuo causado por las bocinas, cuyo trompeteo parece anticiparnos el Juicio Final.

¿Nos veremos algún día obligados a detener el torrente de la elocuencia actual? Pudiera ser. Todas las mañanas, al abrir el periódico, leemos el extracto de seis u ocho conferencias, igualmente trascendentales, en las que cada uno de los conferenciantes al terminar “fué muy aplaudido”, cuando no “muy felicitado por el distinguido auditorio”. Menos mal. Todavía el público de las conferencias se muestra bastante tolerante y aún no leemos, como después de ciertos estrenos teatrales, que “la conferencia no fué del agrado del público”, lo cual quiere decir, en lenguaje corriente, que los espectadores la acogieron con silbidos y pateo. Así, pues, no es de sor-

prender el rápido desenvolvimiento y la afición que las conferencias van despertando en España entre todas las clases sociales. Una rápida ojeada por la lista de nombres prestigiosos que han hecho uso de la palabra ante el público de Madrid bastará, creo yo, para darle al lector idea aproximada del interés que ha alcanzado entre nosotros esta forma de enseñanza cultural.

* * *

Clausurado el Ateneo de Madrid, que en estos últimos años tendía a convertirse en club jacobino o centro de oposición al régimen, los oradores y conferenciantes tuvieron que hallar otras tribunas. Así vemos que en los mismos teatros, en las academias, en los museos y en los centros superiores de enseñanza, se prodigan hoy día las conferencias de toda índole. Pero si alguna mención especial hemos de hacer respecto a la influencia de una organización cultural, será sobre todo de la Residencia de Estudiantes, que en poco tiempo ha adquirido, por decirlo así, carácter internacional.

La Residencia de Estudiantes es un vasto edificio situado cerca del Hipódromo, es decir, a un extremo de Madrid, destinado a albergar a jóvenes que cursan distintas carreras y desean evitar las molestias de las casas de huéspedes,

cuando sus familias no habitan la capital. Su sistema, basado en la libertad individual del alumno, bajo ciertas condiciones de indispensable disciplina, evoca en cierto modo el de las Universidades anglosajonas. Su director, D. Alberto Jiménez, es un hombre joven, laborioso e inteligente, con una mentalidad de español moderno orientado hacia las cosas de Europa. La Residencia de Estudiantes, rodeada de jardines, posee varios laboratorios y salas de estudios. Pero es más que nada su grande y espacioso salón de conferencias lo que le ha dado merecido renombre.

Ahí van a perorar hombres de ciencia y hombres de letras. Ahí suele aglomerarse un público heterogéneo de damas elegantes, aristócratas, escritores, artistas, periodistas y estudiantes. Creo recordar que por aquel estrado desfilaron entre los españoles conocidos Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, el doctor Marañón, el doctor Pitaluga, Maeztu, Zulueta y otros escritores. Me excuso aquí por las omisiones involuntarias. Recuerdo, desde luego, haber asistido a una muy interesante conferencia de Ortega y Gasset, en la que el afamado ensayista demostró una vez más sus innegables dotes de orador y su moderna cultura europea. Desde entonces he seguido con asiduidad los cursos de conferencias en la Residencia de Estudiantes, sobre todo las de pensadores y literatos extranjeros. Mas no se crea que

los cursos de la Residencia se limitan a lo que D. Juan Valera llamaba la "vaga y amena literatura". En aquel local ha hablado el propio Einstein sobre su famosa teoría de la relatividad, aunque me figuro que gran parte del público se quedaría como los peces oyendo a San Francisco. Hemos oído también a un célebre explorador mundial, Mr. Howard Carter, que con su palabra sencilla y el concurso de admirables proyecciones, nos deslumbró ante el emocionante descubrimiento de la tumba de Tut-Ank-Ammen, que tanto ha apasionado al mundo. El éxito de mister Carter fué tan ruidoso que se vió obligado a repetir su conferencia en el teatro Fontalba, con un lleno formidable y la presencia de la Real familia. Además, de diversas ciudades de España le llegaron telegramas solicitando su presencia, sin que pudiese el famoso explorador acceder a esos deseos por apremios de tiempo.

No olvidemos señalar que esta conferencia, como todas aquellas disertaciones pronunciadas por ingleses eminentes, fué también debida a las acertadas gestiones del duque de Alba, presidente del Comité Angloespañol, que pone en esa elevada misión cultural no sólo su voluntad y su influencia, sino su bolsillo. A él se debe, entre otras visitas harto provechosas para el intercambio de ideas, la breve estancia en Madrid del ilustre escritor inglés Mr. Hilaire Belloc, que en la propia Residencia de Estudiantes dió

una amenísima conferencia en un francés impecable. Y desde entonces puede decirse que la Residencia viene ensanchando cada vez más el horizonte espiritual de España con el concurso de valiosos elementos extranjeros.

Otra disertación sensacional fué la que dió este invierno el general inglés Bruce sobre su dramática ascensión al monte Everest. Sus palpitantes episodios iban ilustrados por la linterna mágica y su narración salpicada de ese genuino humorismo británico, que rehuye siempre lo ampuloso y enfático.

Más tarde, llegada la primavera, apareció en el mismo estrado la gigantesca figura (en el sentido físico de la palabra) del filósofo germano conde de Keyserling. En realidad, Keyserling tiene poco de germano y mucho de eslavo. Su tipo, sus ojos tirantes, sus pómulos salientes, su facilidad para todos los idiomas, su locuacidad inagotable y hasta su filosofía místico-social le acercan más a Moscú que a Berlín. El viaje de Keyserling a España fué para sus oyentes una experiencia interesante. Pero he de confesar que entre todos los extranjeros célebres que han pasado por Madrid este año, le doy la palma al gran humorista Chesterton (Gilbert-K), si no por su conferencia misma sobre la Novela, por su personalidad literaria y su chispeante conversación. Chesterton habló lisa y llanamente, con marcada lentitud, buscando a veces sus frases.

A pesar de ello, de cuando en cuando, saltaban los chispazos de su peculiar ingenio. Yo creo que la mayor parte del auditorio, salvo una reducida minoría, se quedó sin entender el idioma inglés. De lo contrario no sé cómo los representantes de la Prensa hubiesen acogido sus frases preliminares:

“Señores, la leyenda pretende que soy un moralista, un polemista, un filósofo, un cultivador de la paradoja... En realidad, esto es exagerar... Soy únicamente un periodista, o sea, un hombre que escribe sobre todo sin saber de nada.”

* * *

En suma, que si se hiciera una estadística de las conferencias artísticas, científicas y literarias celebradas en Madrid, veríamos que tienden a multiplicarse.

En este curso ha habido una serie de ellas dedicadas a san Francisco de Asís, por diversas personalidades de las letras, de la política y del clero. En el teatro de la Princesa se dieron varias de índole económica, combatiendo—con sordina—los proyectos financieros del Directorio. No olvidemos tampoco de mencionar la honda labor cultural de aproximación francoespañola del Instituto Francés, de Madrid, debida a su

competente director M. Merimée (1). Literatos e historiadores españoles suelen alternar con los franceses en aquella cátedra. Este año tuve el honor de ocupar esa tribuna para dar una conferencia en español, en esos mismos días en que la Dirección del Instituto invitaba también a hablar allí al embajador de Francia conde Peretti de la Rocca y a M. Maurice Martin du Gard, director de *Les Nouvelles Litteraires*. El embajador francés evocó un viaje por Córcega, su isla natal, con amenidad y erudición. Monsieur Martin du Gard leyó dos interesantes conferencias sobre “el abate Brémond”, y otra sobre “Giraudoux”, que por la monotonía de la dicción no alcanzaron todo el éxito merecido.

* * *

La mía fué acerca de *Beaumarchais y España*, tema atrayente por referirse, no sólo a la estancia del genial aventurero francés en nuestro país, sino a la influencia española en su inmortal teatro cómico. Lo que más me agradó fué el que mi público estuviera compuesto de elementos sociales diversos: académicos, damas, políti-

(1) La muerte de M. Merimée, acaecida varios meses después, ha sido una verdadera pérdida no sólo para sus numerosos amigos, sino para las relaciones culturales entre España y Francia.

cos, escritores, estudiantes y hasta obreros. Porque en la vida literaria, hoy día, hay que salirse de la torre de marfil y evitar asimismo el aire viciado de los cenáculos. De la utilidad de las conferencias en general y de la mía en particular, pude convencerme al oírle decir a cierto espectador que nada sabía hasta la fecha relativo a la vida del inmortal autor de *El barbero de Sevilla*. ¿Puede esperarse mejor resultado? Ahora quizá haya conseguido yo despertar su curiosidad hasta el punto de que lea alguna obra de Beaumarchais.

Y esa es la labor educativa de las conferencias: abrir ventanas sobre nuevos horizontes. Al fin y al cabo es de suponer que, a semejanza de la Parábola del Sembrador, no toda la semilla caiga en tierra estéril y que siquiera una parte de ella llegue a dar fruto intelectual.

EL MONUMENTO A LA PARDO BAZAN

Ausente de España, los periódicos me traen noticia de un acto oficial digno de fervoroso encomio. Se ha inaugurado en Madrid, en la calle de la Princesa, ante la presencia de los Reyes, del Gobierno, de la joven Duquesa de Alba, iniciadora de la subscripción, de políticos, intelectuales y admiradores, el monumento a Emilia Pardo Bazán, gloria indiscutible de las modernas letras españolas. Y eso está muy bien, aunque ignoro cómo estará el monumento, que no he visto aún. La elección de lugar me parece acertada. Se alza la estatua en un jardinillo situado junto al palacio de Liria, perteneciente a los Duques de Alba, en la misma calle en que vivió sus últimos años y falleció la gran escritora. Antes había vivido, desde su instalación en Madrid, en la larga y ruidosa calle de San Bernardo. El caserón que allí habitaba era amplio y señorial de aspecto, pero harto obscuro y

lúgubre, a mi juicio. Nunca pude comprender el cariño que doña Emilia profesaba a esa calle y a esa mansión. Así se lo confesé cuando al fin se trasladó con su familia a la amplia, tranquila y más luminosa calle de la Princesa. Al principiar el verano se marchaba siempre con los suyos a Torres de Meirás, su magnífica residencia campestre en la hermosa Galicia, que la vió nacer. En ella se quedaba hasta fines de otoño, a veces hasta comenzar los fríos invernales. La época de sus viajes por Europa durante su juventud y su madurez, descritos en vibrantes libros, había terminado. Salvo alguna corta excursión por España, bien cuando la estimulaba su curiosidad insaciable, bien cuando era requerida su presencia en alguna capital de provincia para dar una conferencia, el itinerario habitual de doña Emilia era Madrid-Meirás. En Meirás, rodeada por un paisaje admirable, tenía su famosa biblioteca, mina inspiradora de su cultura inagotable. En Meirás trabajaba serenamente, sin los mil quehaceres y distracciones de su vida social de Madrid. Galicia ocupó siempre lugar privilegiado en la mente de esta gallega ilustre, desde su primera novela, *Pascual López*, hasta las admirables evocaciones de *La Quimera*. Pero su profundo amor regional no impedía que su poderosa inteligencia se dilatara hasta los más vastos horizontes del pensamiento. En eso no conocía fronteras y sus ojos mio-

pes estaban bien abiertos a las modernas corrientes europeas. Su gran talento consistió no sólo en seguir las, sino en iniciarlas muchas veces, contra viento y marea, haciendo resonar su clarín de guerra. No otra cosa fué el alboroto que promovió *La Cuestión palpitante*, en que esta mujer, tan discutida entonces, se atrevió a declararse discípula de Zola, y a importar el naturalismo a España. Mas otra mayor prueba de su inteligencia y de su buen gusto fué, al convertirse de propagandista en creadora, el eliminar de su naturalismo todas esas impurezas que daban a la escuela francesa cierto repugnante olor de alcantarilla. Así, sus más audaces novelas, como *Insolación*, o sus más atrevidos argumentos novelescos, como *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, se hicieron perdonar ciertas arriesgadas innovaciones por la perfección del estilo literario y el intenso colorido de su paleta artística. No era posible condenar por inmoral a una autora de tan alta escuela, y menos cuando la misma pluma de oro había ensalzado a la Iglesia católica en un libro ejemplar, *San Francisco de Asís*, emanando ciencia, misticismo e incienso. Tampoco era fácil clasificarla literariamente. Su obra, extensa y variada, venía a desconcertar a los clasificadores de etiquetas que niegan a un escritor el derecho de expresarse bajo diversas formas. Porque en la novela, en el cuento, en la crítica, en la biografía histórica,

en la cátedra, en el teatro y en el periodismo, el genial talento de la Pardo Bazán resplandeció con luz vigorosa.

* * *

Sus admiradores de España y de América, al erigir en su honor un monumento, honran no sólo a una gran polígrafa y maestra del idioma, sino a una propagandista infatigable de los derechos de la mujer. Si Emilia Pardo Bazán no fué “sufragista” ni quiso intervenir en las luchas políticas de su país, en cambio, combatió incesantemente contra la rutina y la incomprensión que pretendían limitarle los vuelos a la inteligencia femenina.

Ese empeño en lograr la cátedra de Universidad, que le fué otorgada, y en penetrar en la Academia de la Lengua, que se negó a abrirlle sus puertas, no obedecía sino a un sentimiento de justicia, aun cuando la opinión pública lo atribuyese a vanidad personal. Pero la Pardo Bazán, al defender su causa, defendía la causa de las mujeres españolas. ¿No la llamaban “maestra”? ¿No era digna compañera en letras de un Galdós, de un Valera, de un Pereda, de un Palacio Valdés, de un Leopoldo Alas? ¿No se elogiaba su poderosa inteligencia, calificándola de “talento macho”? Sí; pero, a pesar de todo, por el mero delito de ser una mujer, los acadé-

nicos se oponían a acogerla entre ellos, y el necio vulgo se reía de esta dama singular, empeñada en manejar la pluma en lugar de hacer calceta. Tan absurda prevención duró en el público mucho, y la compartían los mismos editores, adversos a lanzar las novelas de esta insigne prosista, demasiado "maestra" y "sabia", según ellos. De nada servía el que escritores como Zola, Brunnetière, Cánovas, Castelar, Menéndez Pelayo, Valera y Rubén Darío, entonaran por turnos las alabanzas de su vasta obra literaria. Doña Emilia no lograba por eso conquistar a la masa ni amansar la hostilidad y la envidia. Pero con el optimismo del triunfo venidero, sin querer declararse vencida, siguió su marcha ascendente hacia la gloria, prodigando en la Prensa y en el libro los resplandores de su pensamiento. Al fin, el tiempo, ese gran reparador de las injusticias humanas, vino a coronar su cabeza nevada con los laureles bien ganados. Yo sólo he alcanzado este apogeo tardío de la gran escritora, en la que su autoridad intelectual se imponía a todos. Ya no se la discutía; se la respetaba. A pesar de haber sobrevivido a la mayor parte de los autores de su generación, lejos de caer en el olvido, ejercía entonces una especie de apostolado en nuestras letras. Decir lo que fué para los escritores jóvenes, para mí en particular, sería referir todo un capítulo de recuerdos íntimos, que escribiré algún día.

Ella, tan adversa a escribir prefacios, prologó mi primer libro con juicios harto benévolos y no cesó de otorgarme en mi aprendizaje literario su apoyo y su consejo. Ella, a quien la leyenda acusaba de “pedante” y a quien el vulgo creía incapaz de hablar de igual a igual con los demás mortales, no sólo me recibía en su círculo familiar, sino que charlaba durante horas conmigo, y a pesar de la gran diferencia de edad, admitía la discusión y hasta la discrepancia. Su candidatura a la Academia Española era objeto de mis bromas, aunque fuí de los que la apoyaron siempre en la Prensa madrileña. “¿Qué empeño puede usted tener en entrar en la Academia?—déciale yo a doña Emilia—. El día en que se vea usted obligada a aguantar de colegas a ciertos *inmortales*, estará usted deseando volver a ser mortal.” Y la eximia escritora se reía, si bien no renunciaba a su esperanza. Pero el sino le fué adverso, y la Academia no renunció a su oposición sistemática, fundada en un prejuicio rutinario. Bien es cierto que otras compensaciones y honores vinieron a consolarla en parte de este desengaño. Ya había sido varias veces presidenta de la Sección de Literatura en el Ateneo de Madrid. Fué nombrada sucesivamente catedrática de la Universidad Central y consejera de Instrucción pública. Y en sus últimos años el Rey quiso coronar su obra gloriosa, concediéndole el título de Condesa de Pardo Bazán al

par que la banda de Damas Nobles de la Orden de María Luisa. Pocas cosas, en verdad, la halagaron tanto como ese título nobiliario. Es porque le parecía no sólo una distinción a su talento, sino un reconocimiento oficial de su linajudo abolengo. Era doña Emilia muy ufana de sus pergaminos y de sus antepasados, cuya sangre azul la emparentaba con las más nobles familias de Galicia. Su posición social la preocupaba tanto como su personalidad literaria, y de ahí su continuo trato con la aristocracia, así como los frecuentes almuerzos con que obsequiaba a escritores, políticos y diplomáticos. Ahora la muerte ha barrido todos estos halagos y satisfacciones. Queda sólo el recuerdo de esa mujer ilustre y el mármol que pretende perpetuarlo. Pero queda, sobre todo, su vasta obra literaria, que le ha alcanzado aquello que no dan ni las estatuas ni las Academias: la posteridad del escritor.

LOS INTELECTUALES EN EL TEATRO

Hoy me propongo reproducir y ampliar, para los lectores de *La Nación*, algunos de los juicios que ya emití en el *A B C* de Madrid acerca de los intelectuales y de su actitud respecto al teatro. El tema nunca ha perdido actualidad en los círculos literarios, y ha vuelto recientemente a tenerla de nuevo con motivo de haberse estrenado obras dramáticas de los Sres. Unamuno, Araquistain y *Azorín*. Entra también en dicho grupo Pío Baroja, que ha inaugurado esta pasada primavera un teatrillo de aficionados con dos farsas escénicas, pero que había estrenado antes en un teatro de la corte un acto titulado, si mal no recuerdo, *El adiós a la bohemia*.

Las discusiones a que dichos estrenos han dado lugar entre escritores y aficionados nos obliga a meditar sobre el asunto. ¿Son aptos los literatos, novelistas o ensayistas para abordar el género dramático? ¿No media un abismo entre la técnica del libro, que el autor compone en

su torre de marfil, y la técnica de la obra teatral, que, una vez escrita, requiere la colaboración de los intérpretes y el fallo del público la noche del estreno? Desde luego, existen entre uno y otro género notorias diferencias, pero ninguna incompatibilidad. Son ya frecuentes los casos en que ilustres escritores, alejados, al parecer, del teatro por la índole de sus cualidades literarias, han abordado tarde el mundo escénico y alcanzado en él, a veces, éxitos halagüeños. Hay decididamente vocaciones otoñales que florecen con esplendor insospechado cuando ya empiezan a salir las canas y se anuncia el atardecer de tintes melancólicos en la vida del hombre. El caso notorio y universal de Pirandello empezando a escribir obras dramáticas pasados los cincuenta años y logrando en el teatro sus triunfos definitivos, ha de rectificar seguramente en el juicio de las gentes esa infundada suposición de que las musas aman sólo a los jóvenes. Los escritores ya maduros y con el adjetivo de "maestros" pueden felicitarse de hallar aún ante ellos nuevas rutas espirituales, nuevas posibilidades de renovación. Llegan al teatro en calidad de "autores noveles", lo cual otorga siempre aparentes promesas de juventud. El prejuicio de la edad en las personas sufrió un rudo golpe desde que la gente vieja se dedicó a bailar el tango y desde que usan falda corta y pelo rapado hasta las jamonas. ¿Por qué vamos a extrañar-

nos, pues, de que académicos e intelectuales de renombre arriesguen su fama literaria en las lides teatrales, a fin de alcanzar nuevos laureles? Tampoco es nuevo el fenómeno en la tradición literaria de España. Ayala estrenaba obras siendo presidente del Congreso de los Diputados. Echegaray había llegado ya a ministro cuando se reveló como dramaturgo. Galdós cosechó en la vejez sus mayores triunfos escénicos, y hasta doña Emilia Pardo Bazán sintió también la atracción del teatro habiendo dado casi término a su vasta obra literaria. Por lo tanto, mal podríamos llamar innovadores, bajo este aspecto, a Unamuno, a Baroja, a Araquistain y a *Azorín* cuando abordan, al fin, la escena después de haber vivido tantos años alejados de ella en actitud desdeñosa. Quizá este mismo desdén haya inspirado a nuestros literatos el noble propósito de renovar el teatro después de haber renovado la literatura. ¿Lo lograrán? Ese es el problema. Nosotros no podemos otorgar nuestra confianza a esos éxitos rotundos que pregonan los diarios cuando se trata de eminentes compañeros en la Prensa. Sabemos de sobra el abismo que media entre los ditirambos del amigo periodista y los comentarios del espectador. Yo asistí, por ejemplo, en San Sebastián al estreno de *Old Spain*, la comedia de *Azorín*, y debo confesar, en honor de la verdad, que no mereció por parte del público esa

apoteosis con que, después, la Prensa local pretendió consagrarla ante sus lectores. *Old Spain* fué escuchado con interés desde el primer acto, aplaudido al terminar éste y sobre todo al finalizar el segundo, que contenía innegables bellezas literarias. Pero ahí se apagaron las ovaciones. Los cuadros restantes y el epílogo desconcertaron a una gran parte del público que no tuvo reparo en manifestar su desagrado.

No afirmaremos, después de esto, que *Azorín* sea incapaz, ni mucho menos, de vencer en el teatro con nuevas producciones. Pero todavía él y otros intelectuales tienen que ganar la batalla venciendo la desconfianza del espectador y la influencia que aun ejerce sobre este último el comediógrafo de profesión.

Porque existe un antagonismo absurdo entre la literatura y el teatro, o mejor dicho, entre la gente de letras y la que frecuenta el mundo teatral. Por un lado, los literatos se pasan la vida asegurando que el género dramático es un género inferior, que para ellos el teatro carece en absoluto de interés, que jamás ponen los pies en una sala de espectáculos... Hasta el día en que nos anuncian el estreno de una obra suya. Por otro, las gentes de teatro están muy dispuestas a venerar y elogiar al escritor insigne que no han leído, pero le advierten los terribles riesgos de aventurarse a estrenar una obra teatral. El teatro, dicen ellos, es otra cosa.

Hay que saber manejar los muñecos, poseer a fondo lo técnica escénica, conocer los trucos. El teatro, afirman convencidos, no es literatura. Y en eso, claro está, caen en un profundo error, porque el teatro, el buen teatro, se entiende, no puede ser más que literatura en forma dialogada, escrita para amoldarse a la técnica escénica. Pero es siempre su calidad literaria lo que ha de darle vida inmortal. Sin los laureles del poeta, Shakespeare no habría llegado nunca a la posteridad, a pesar de su triple experiencia de actor, de director escénico y de adaptador de obras ajenas. Lo que convierte el teatro de Shakespeare en algo único, en un milagro artístico, es que su profunda ideología, derrochada en las observaciones, paradojas e imágenes de su diálogo, nunca enfrían la sensibilidad del poeta. Toda su obra grandiosa vibra de emoción y tiene calor de vida. El psicólogo y el dramaturgo en Shakespeare se bastarían para haber creado a Hamlet, a Macbeth, a Otelo, al Rey Lear; pero el poeta ha iluminado su mundo interior con los esplendores de su verbo mágico, envolviéndole en un ambiente musical. Sus mejores poemas dramáticos son también, a su modo, poemas sinfónicos por su ritmo y su armonía. Veamos ahora otro ejemplo: el de Molière. Se me dirá que Molière pudo crear su incomparable teatro cómico gracias a su experiencia de actor y de director escénico. Mas

estas ventajas innegables, si bien pudieron auxiliar al comediógrafo salvando dificultades técnicas, en modo alguno habrían logrado darle por sí solas un lugar preferente en la literatura universal. Lo que hace de Molière un escritor eternamente actual es su amargo humorismo, su observación penetrante, su sátira social, el haber visto a la humanidad con sus vicios y flaquezas como un moralista de su época. Y otro caso del intelectual-dramaturgo tipo lo hallaremos en Ibsen, también director de compañías dramáticas antes de haberse convertido en el iconoclasta del teatro moderno y en adversario de la sociedad. Un Ibsen sin más preocupaciones que la del habitual "hombre de teatro", jamás se hubiera atrevido a romper moldes ni escandalizar al público presentándole conflictos morales e individuales que hasta entonces parecían ajenos a la escena. Sus tipos, sus teorías, eran algo nuevo, algo demoledor. Sin embargo, hoy ya no nos escandalizan ni la rebeldía de Nora ni la morbosidad de Hedda Gabler. El horizonte de las ideas se amplifica con el tiempo y las novedades de ayer envejecen bien pronto, cuando el arte, con su vara mágica, no les otorga vida duradera. Ibsen fué, ante todo, un gran poeta desde sus primeros dramas históricos, como *Emperador y Galileo*, hasta los esplendores de su crepúsculo en *La Dama del Mar* y en *Solness*, envueltos en las nubes del simbolismo. El soció-

logo, el moralista, el reformador pasarán en Ibsen, pero siempre quedará su arte original y su inolvidable galería de personajes.

Aquí tenemos, pues, tres ejemplos universales que demuestran el triunfo del intelectualismo y de la literatura en el teatro. El autor dramático sin cualidades literarias, por muy hábil que sea, está condenado a una vida efímera. Nada pasa tan pronto como los trucos, los efectismos, los llamados "recursos escénicos". ¿Qué queda hoy día del tan aplaudido teatro de Scribe? ¿Cuántas obras de Sardou siguen representándose? La misma pregunta surge involuntariamente al pensar en la innegable popularidad del Sr. Muñoz Seca, en España, cuyo único objeto es hacer reír al público sin reparar en los medios.

Desconfiemos, por lo tanto, de esas obras calificadas de "teatrales" en las que resalta la mano hábil del comediógrafo de profesión. En España, se debe a Benavente el haber reaccionado contra el falso teatro efectista, trayendo a la escena una estética más elevada, un mayor tributo a la magia del verbo. Acaso en muchas comedias del insigne autor predomine la retórica sobre la intensidad dramática y supere el ingenio a la emoción. Pero sería injusto negar que Benavente ha realzado el nivel artístico del teatro español y refinado el gusto del público burgués. No se tiene en cuenta lo bastante esa evo-

lución debida a su obra ni el sello personal de que va marcada cuando se alude a influencias literarias y se cita a Shakespeare, a Molière y a Musset. Influencia no quiere decir imitación, y no habrá gran escritor que no haya tenido sus modelos. Lo que le ha sucedido a Benavente en estos últimos años es que su obra ha padecido una revisión crítica harto rigurosa por parte de algunos literatos nada conformes con las incesantes alabanzas de los periodistas. Dicha revisión de valores, como lógica consecuencia, ha tenido que pecar de parcial algunas veces, mostrándose un tanto injusta con el autor de *Los Intereses Creados*. Tal es caso de Pérez de Ayala, que, en sus agudos e intencionados estudios críticos sobre el teatro benaventino, señala acertadamente las deficiencias, pero hace caso omiso de los aciertos. Será, pues, preciso una vez más rehuir de los extremismos, analizando dicha obra con serenidad. Ya se van iniciando otros rumbos en las mismas esferas literarias que antes combatieron cuando no ignoraron a Benavente. Prueba de ello son los recientes artículos del propio *Azorín*, elogiando esa vasta producción teatral. Desde luego, a Benavente, aparte de todas las revisiones, podemos considerarle como un intelectual cuyo amor al arte y a la poesía le han inspirado muy bellas comedias escritas en delicada prosa poética.

Y en fin, para terminar, convengamos en que

el intelectual y el teatro no son incompatibles, sino al contrario. El teatro, en estos tiempos, no es únicamente lugar de esparcimiento; es, además, púlpito, cátedra, tribuna. Los autores no pretenden únicamente divertir, sino que aspiran a reformar o a combatir a la sociedad. La estirpe de Ibsen ha sido fecunda y desde entonces los intelectuales acudieron al teatro a remover los problemas efímeros o eternos. En Francia surgieron un Lemaître, agudo crítico que escribió muy finas comedias; un Paul Hervieu, que expuso en escena con estructura clásica intensos conflictos morales; un Brioux, no siempre afortunado en la elección de temas, y un François de Curel, cuya obra profunda, original, le coloca entre los primeros astros de la dramaturgia contemporánea. De Italia, citaremos otra vez, como el más característico de los ejemplos, el de Pirandello, venido tarde al teatro, aunque todavía a tiempo para dejar en él una huella duradera. Por último, en Inglaterra podemos señalar hoy día tres casos de dramaturgos intelectuales que han conseguido renovar los viejos moldes del teatro inglés. Galsworthy, también novelista eminente, que lleva siempre a la novela y a la escena temas sociales de indudable trascendencia. El actor y autor Granville Barker, cuyas tres o cuatro escasas producciones revelan originalidad, pero un excesivamente frío cerebralismo. Y, en fin,

el más conocido de todos, Bernard Shaw, polemista, moralista, satírico, iconoclasta revolucionario y filósofo a su modo, a quien debemos unos prefacios y unas comedias repletas de ingenio y de ideas audaces, pero en quien echamos de menos las superiores cualidades de emoción, sensibilidad y gusto estético, que engendran las verdaderas obras de arte. Me parecen estas muestras suficientes para demostrar la influencia decisiva que han tenido los intelectuales en el teatro contemporáneo.

EL TEMPLO DE LA ELOCUENCIA

Cada vez que paso ahora por delante del Congreso de los Diputados, cerrado desde la dictadura militar, me invade, sin querer, cierta melancolía (1). El Congreso parece un templo sin culto. Cierta ambiente de tristeza rodea el vasto edificio, hoy triste y solitario, en el que los leones de su fachada creeríanse petrificados por una maldición. No cabe negarlo; aunque hayamos renegado de los vicios del parlamentarismo, Madrid sin Parlamento, como sin Teatro Real—en plenas reparaciones—, ya no es el mismo Madrid. Se nota este doble vacío en nuestra vida social. Se echa igualmente de menos nuestro coliseo regio de ópera y nuestro coliseo popular de elocuencia. Ambos han sido, durante muchos años, los más preciados espectáculos del

(1) Aun no se había inaugurado, entonces, la llamada “Asamblea Nacional”, cuyos miembros son nombrados por el mismo Directorio.

pueblo español, exceptuando las corridas de toros, que se conceptúan nuestra fiesta nacional. Si hago caso omiso del Senado es porque en la llamada "Alta Cámara" eran poco frecuentes los debates ruidosos, o los discursos trascendentales capaces de conmover al país. Reinaba, por lo general, en aquella atmósfera apacible una quietud en la que la edad, la experiencia y la fatiga, parecían invitar al sueño. Al menos, siempre se ha asegurado y hemos podido comprobarlo alguna vez, que un gran número de senadores quedábase durante un discurso como bajo los efectos de un narcótico. Era, pues, necesario trasladarse al Congreso en busca de mayores emociones dejando a los abuelos de la Patria roncar o contarse al oído chascarrillos mientras algún anciano colega desenvolvía con voz cascada una interminable interpelación. Al Congreso, por lo tanto—ese vasto escenario, en el que hemos presenciado desde la alta comedia política hasta el sainete caciquil—dedico estos recuerdos de nostalgia.

Hablo como espectador imparcial que se apasionó a veces ante el espectáculo y que soñó también con sentar algún día en los escaños, en calidad de diputado. Dejando aparte anhelos personales, ¿no era este el mejor modo de observar y estudiar nuestro mundo político entre bastidores? Y se ha de tener en cuenta que nuestro mundo político-parlamentario, hasta hace pocos

años, ha sido el factor más importante en nuestra vida nacional. La Prensa y la opinión estaban pendientes de lo que hacían, hablaban o callaban nuestros hombres públicos. El gran orador, sobre todo, disfrutaba entre las masas de una popularidad sólo comparable a la del gran torero. Podía ignorarse y en efecto se ignoraba el descubrimiento del hombre de ciencia o la obra nueva del escritor. Pero ¿quién no se apasionaba o discutía sobre el alcance del último discurso del presidente del Consejo o del agitador revolucionario? ¿A qué rincón de España no llegaban sus palabras? Fácil es, pues, comprobar el anhelo de casi todos los jóvenes que terminaban entonces la carrera de leyes. Ser abogado era poca cosa si no se sentía la vocación del foro y la esperanza de tener un bufete importante, al par que remunerador, a fuerza de pleitos. Ya lo había dicho Cánovas con su habitual causticidad: "Todo español es abogado... mientras no se pruebe lo contrario". Pero el joven abogado aspiraba a más: a entrar en el Congreso, a deslumbrar al país con sus discursos, a llegar a subsecretario, a ministro, quizá a jefe de partido...

No tiene nada de extraño, pues, que aun sintamos muchos españoles cierta melancolía ante el Congreso mudo, cerrado, como un sepulcro evocador. Todavía para nuestra generación, el Congreso simboliza el templo de la elocuencia es-

pañola y desde niños, ya en clase de retórica, nos enseñaron a venerar a la elocuencia como la más espontánea manifestación del genio ibérico, superior, en esto, a las demás razas del Universo. Nuestros grandes oradores eran los descendientes en línea recta de Demóstenes y de Cicerón. Los profesores se creían con derecho a abreviar el curso de Historia de España hasta dejarnos en una ignorancia caótica acerca de varios reinados, pero jamás habrían caído en el crimen de lesa patria consistente en olvidar a los gloriosos oradores del siglo XIX, verdaderos fundadores de la España moderna. Porque ésta era la España que, nacida en las Cortes de Cádiz, había otorgado el máximo esplendor al verbo castellano y dado al país la más asombrosa serie de tribunos de que pudiera ufanarse país alguno, desde Alcalá Galiano hasta Castelar. No podíamos omitir, en esta cadena de la elocuencia, a los fantasmas inmortales de Martínez de la Rosa, de Joaquín Marín López, de Donoso Cortés, de Olózaga, de González Brabo, de Ríos Rosas. Sin contar que las letras habían también contraído nupcias con la política en hombres como el propio Martínez de la Rosa, como el Duque de Rivas, como Ayala, como Echegaray, incluyendo también a Castelar y a Cánovas, cultivadores de la historia y de la literatura. En aquellos tiempos aun tenía la tribuna del Ateneo igual prestigio que la del Congreso y

al propio tiempo nuestros políticos cortejaban a las musas tanto como al sufragio de sus electores.

Mas al hablar de la elocuencia en España, forzoso es inclinarse ante un nombre que parece resumirla con todas sus bellezas, sus efectismos y sus vicios. Me refiero a Castelar. La generación anterior y aun la actual han sido injustas con el gran tribuno regateándole indiscutibles méritos. Castelar fué, sin duda alguna, el supremo artista de la palabra, el poeta de la prosa. Fué, además, el hombre representativo de la España de su tiempo ante el Universo y uno de los más genuinos representantes del genio latino en su más amplia significación. Quisiéramos hoy que resucitara ese mago capaz cual ningún otro de emprender una cruzada por las Repúblicas hispanoamericanas y despertar en ellas el amor hacia nuestra patria, ahogado por prejuicios e interesadas propagandas. Lo que perjudicó en vida a Castelar fué Castelar mismo. Su verbo prodigioso hallábase encerrado en mala envoltura: un cuerpo pequeño, unos bracitos cortos, una calva reluciente y un abdomen redondo. La imagen que de él trazan los que le alcanzaron trae a la mente la del tenor Caruso, que embelesaba el oído y desencantaba la mirada. Pero el defecto fatal en Castelar era su voz atiplada, que a veces, cual instrumento inadecuado, hacía desafinar su prodigiosa música verbal.

Aun así y todo, “el ruiñeñor español”, como le llamó desdeñosamente Taine, creó un género de oratoria cuya influencia ha trascendido hasta nuestros días, en el foro, en el púlpito, en la cátedra, en el periodismo y hasta en el libro. Lo mismo en España que en la América española los imitadores de Castelar han formado legión, heredando sólo de su maestro la ampulosidad en la frase y el amor a los párrafos interminables. Aún se resienten de este vicio común las veladas académicas y los discursos de juegos florales. Esto, si bien nos mueve a inclinarnos ante Castelar, nos obliga, en cambio, a abominar de sus discípulos.

La muerte de Castelar ahuyentó a las musas del Parlamento español y desde entonces la poesía ha hecho en él raras apariciones. No es que hayan faltado grandes oradores durante el período de la Regencia, ni aun después de ella. Pero la oratoria ha tomado otros rumbos, más influída por el foro que por las armonías de la lira. A los poetas y los literatos sucedieron los jurisconsultos y los catedráticos. En Cánovas del Castillo aun se perpetuó la estirpe de los políticos amantes de las letras. Cánovas fué un formidable orador parlamentario, un hombre de vasta y sólida cultura a quien muchos intelectuales de hoy no perdonan ni la Restauración ni su política autoritaria. Lo cual no impedirá que su nombre figure entre los primeros oradores

de su tiempo. Y conste que en aquel tiempo figuraron rivales y adversarios de la talla del fogoso Pidal, del satírico Silvela, del melodioso Moret, de sabios como Pi y Margall, Salmerón, Costa y Azcárate; por fin, de parlamentarios tan sobresalientes como Canalejas y Maura. De estos dos últimos puedo dar fe, pues llegué a oírlos varias veces en memorables sesiones, de esas sesiones que los periódicos llaman "debates de altura". La elocuencia, la autoridad personal de Canalejas se imponía en las Cámaras. Su palabra flúida, inagotable, iba servida por una memoria prodigiosa y una cultura extensísima que le permitían discutir, interpelar y contestar durante horas a sus adversarios. Era el prototipo del parlamentario moderno. Mas como orador, como artista plástico de la palabra, nadie ha superado ni igualado a Maura. He oído yo decir a muchos políticos que Maura ha sido el mejor orador que ha tenido el Parlamento. En verdad, lo reunía todo: la figura, la voz, el gesto, la actitud, la inspiración rica en matices, la autoridad moral. He alcanzado a ver a Maura, en su apogeo, cuando, con ademán de apóstol, lanzaba frases lapidarias contra sus adversarios levantando polvaredas. He visto a Maura en su decadencia cuando ya su voz apagada apenas llegaba al oído y su ademán fatigado parecía reflejar un amargo desencanto. Al verle sentíase la convicción penosa de que, en desapareciendo

él, también se iniciaría la rápida decadencia de la oratoria española.

Y es forzoso confesar que el presentimiento se ha realizado. Ya antes de clausurarse las Cámaras quedaban sólo, en el Congreso, uno o dos supervivientes de aquella estirpe. Don Melquiades Alvarez, perpetuando el modelo de orador ateneísta de otros tiempos, y D. Juan Vázquez de Mella, a quien se pueden perdonar sus desvaríos políticos por la magia de su verbo torrencial y la agudeza de su ingenio... (1).

Después, corramos un velo. La historia de la elocuencia parlamentaria parece terminar su último capítulo. A los grandes oradores suceden los polemistas hábiles o los parlanchines huecos. La comedia política se convierte en sainete jocoso de ministrables, caciques y yernos. El espectáculo del Parlamento no puede ser más lamentable. Algunos escritores lo revelan, en la Prensa, ante un público desilusionado. En todo el país se opera un profundo cambio en la opinión. El régimen parlamentario agoniza. Lo barre el Directorio militar... Y hoy, el vasto edificio del Congreso, silencioso, parece un emblema del pasado, un cementerio cuyas tumbas sólo evocaran nombres gloriosos.

(1) El gran orador tradicionalista falleció cuando ya estaba en prensa este libro.

ZULOAGA Y LA LEYENDA “NEGRA”

El acontecimiento de este otoño en Madrid ha sido la inauguración del nuevo Círculo de Bellas Artes, en plena calle de Alcalá, y la apertura de la Exposición Zuloaga en sus amplios salones. Trátase, pues, en realidad, de dos acontecimientos: uno, por decirlo así, social, y el otro, artístico. Ambos han tenido el privilegio de atraer, durante días y días, a una verdadera muchedumbre y de dar rienda suelta a los más variados comentarios. Hagamos otro tanto y demos nuestra opinión, aunque no nos la pidan, en calidad de espectador desinteresado. ¿El Círculo de Bellas Artes? Desde luego, es enorme, y por sus exageradas dimensiones parece achicar no sólo la calle de Alcalá, principal arteria de Madrid, sino la capital misma. El arquitecto de tan magna obra ve indudablemente las cosas en grande, pero prescinde de la apreciable idea de la proporción. Después de edificar una inmensa Casa de Correos, cuyas ele-

vadas torres parecen realizar una visión de Gustave Doré, ahora eleva también una especie de monstruoso palacio babilónico que aun resultaría gigantesco en medio de París o Londres. Se tiene la impresión de una Catedral aplastando a un pueblo demasiado pequeño. Bueno es ensanchar y europeizar Madrid, cosa que aplaudimos y alabamos, pero no parece el mejor modo de embellecerlo destruyendo toda armonía entre lo pasado y lo presente, ni convirtiendo a los demás edificios de la Villa y Corte en modestos satélites de un planeta abrumador.

Ello no impide que la Prensa y la mayoría de los espectadores hayan cantado las justas alabanzas de su magnificencia interior, de sus vastos salones, de su lujo suntuoso, del derroche de mármoles y bronce. Teatro, bibliotecas, piscina, *cabaret*, comedores, salas de exposiciones y de conferencias... Aquello es un mundo, y la gente se queda atónita preguntándose: "Pero ¿cómo se va a sostener esto?"... Nadie lo sabe. Es demasiado círculo aun para sus tres mil quinientos socios actuales. Son demasiados gastos los que se necesitan para su sostenimiento. Y se murmura: "No es posible, sin el juego". Pero el juego está ahora prohibido en toda España y las grandes salas del Círculo de Bellas Artes parecen sentir el imperioso anhelo de las mesas largas, del tapete verde y de las voces monótonas de los *croupiers*. Diríase un nuevo Monte

Carlo cuya apertura, sin jugadores, resulta hoy inexplicable.

Entremos, pues, si quiere el lector en la Exposición Zuloaga, tan concurrida, tan comentada. Allí vienen a diario literatos, artistas, críticos, periodistas. Por sus salas desfila el "todo Madrid" de los acontecimientos sociales y artísticos. Ahora bien, ¿qué impresión ha causado la exposición de las obras de Zuloaga, en general? Digamos, en honor de la verdad, que el fallo del público ha sido más bien desfavorable, cuando no severo. Ni la fama mundial del gran pintor español, ni el fervor que suscita su obra entre significados intelectuales, han logrado atenuar esta actitud en cierto modo hostil de muchísimos aficionados frente a los lienzos del genial artista. Acaso pudiera consolarse éste repitiendo, con un encogimiento de hombros, la consabida frase: "Nadie es profeta en su país". Quizá sus mismos incondicionales renieguen de la necedad del vulgo y achaquen su incomprensión a la deficiencia mental del "filisteo" para percibir los nuevos rumbos del arte. Mas forzoso es reconocer que son otras las causas del divorcio patente entre una minoría de artistas e intelectuales y una gran parte del público. No discute éste las cualidades artísticas de Zuloaga, ni la maestría de su pincel. Tampoco lo rechaza como novedad estética, aun cuando se dé el caso curioso de que los cuadros sean nuevos para la mayoría de los

españoles por ser ésta la primera vez que Zuloaga exhibe sus obras en España. Lo que critica el público en Zuloaga es, precisamente, su visión lúgubre, sombría, trágica de España. Lo que resiente, como una humillación a su amor propio, es que la España de Zuloaga perpetúa ante el extranjero el falso concepto de nuestra leyenda "negra". Es decir, de una España sensual, cruel y fanática, que más bien pertenece a una anticuada literatura vista desde el otro lado de los Pirineos. Y en esto me parece que el público lleva una buena parte de razón.

Conste que hablo aquí en calidad de mero espectador, que fué a la Exposición Zuloaga a ver los cuadros y a oír opiniones. No ejerzo crítica artística, ni pertenezco a cenáculo alguno, ni debe confundirme el lector, como aun lo hacen algunas personas, con mi homónimo y pariente el laureado pintor Alvaro Alcalá Galiano. Escribo, pues, con toda independencia, libre de prejuicios, de tendencias exclusivistas y de *snobismos* de vanguardia. Como aficionado a la pintura, aunque no en el grado que me inspiran la música y las letras, me precio de guiarme por un sano eclecticismo. Venero, además, nuestro arte pictórico español, no sólo por sus obras inmortales, sino porque sus tesoros son joyas que precia toda la Humanidad. Si nuestra Historia se discute aún, nuestro Arte, en cambio, hace ya tiempo que está definitivamente consagrado. El

apasionamiento enturbia todavía las figuras de nuestros reyes, estadistas y conquistadores; pero la adhesión mundial envuelve en luz admirativa al *Greco*, a Velázquez y a Goya, que pesan tanto en el orbe como Cervantes, Lope y Calderón. No ha fenecido hoy día este alto concepto de la pintura española en el mundo y nuestros pintores son más conocidos, por lo general, que nuestros literatos. Sorolla fué un caso de tardío renombre internacional, pero éste, al revés que Zuloaga, se impuso en España antes de imponerse en Norteamérica. Sorolla significaba el triunfo del naturalismo en la pintura, después de las reconstituciones históricas, de las agrupaciones teatrales y de los horrores sanguinarios que decoran las salas de nuestro Museo de Arte moderno. Era Sorolla un artista sin cultura, ni gusto las más veces. Fué el copista de la vida corriente, que desdeña el "asunto" y no se preocupa de la composición. Su retina prodigiosa supo retener todos los esplendores de la luz del sol y trasladar al lienzo sus rasgos por medio de un pincel capaz de poetizar lo vulgar y lo prosaico. Sorolla fué el mago de la luz, que nunca hasta entonces había resplandecido con tal fuerza en la pintura. Lo que no hay en Sorolla es literatura porque representa, al contrario, el divorcio del arte puro respecto a la idea literaria.

En cambio, Zuloaga es literatura, y una lite-

ratura, como ya hemos indicado, que molesta al público español por sus analogías con la extranjera “España de pandereta”. No borran tales influencias ni sus antepasados espirituales, *el Greco* y Goya, ni lo que refleja su cerebralismo de la “generación del 98”, en ese panorama español, triste y monótono, nacido a raíz del desastre colonial. Por algo se ha dicho que Zuloaga ha llegado tarde a España y que su arte, con parecer a muchos tan moderno, significa un retroceso estético y lleva impresa la huella del pasado. Bajo sus laureles cosechados en el extranjero, Zuloaga parece mirar a España como un post-romántico francés que tuviera marcada tendencia a la caricatura. Y sobre todo, ¡qué negra y desoladora es la España de este gran pintor vasco, que nos recuerda, por más de un concepto, a la literatura pesimista de ese otro vasco, Pío Baroja! A no ser por las mantillas de sus mujeres y los trajes de oro de sus toreros, diríase que Zuloaga ha pintado sus modelos en algún nebuloso país del Norte, donde nunca resplandece el sol. Lo mismo en sus paisajes que en sus retratos aristocráticos, este hermoso cielo de España aparece siempre obscurecido, tormentoso, amenazando con una lluvia torrencial que promete catastróficas inundaciones. Hasta el punto de que en el retrato de la Duquesa de Arión—maravilloso por sus telas y reflejos, aun cuando sea harto deficiente como reproduc-

ción de la belleza del modelo—no comprendemos cómo la aristocrática dama puede estarse tan tranquila en medio del árido paisaje, con su mantón al brazo, cuando a juzgarse por el celaje pardo, de gigantescos nubarrones, van a desencadenarse los elementos. Pero Zuloaga no parece haber visto, o en todo caso apreciado, el verdadero cielo de Castilla, puro, azul, cristalino, irradiando luz de oro en sus más fríos días invernales. Zuloaga, insiste en su interpretación trágica de España y ennegrece siempre el cielo que sirve de fondo a sus figuras, dándoles cierta apariencia espectral. Esto, lo mismo en el magnífico retrato de la joven Duquesa de Alba, que en el de Maurice Barrés—cuya efigie con el fondo de Toledo constituye uno de sus mayores aciertos—, que en el menos satisfactorio del doctor Marañón, en quien la parte inferior del rostro aparece como un error visual y psicológico. Dejemos aparte los tres retratos del gran torero Belmonte, porque aquí el lápiz degenera en caricatura humana, al reproducir ese cuerpecito endeble sobre unas patitas cortas de perro Basset, aun cuando la maestría del pincel salva el conjunto de caer en lo grotesco. Mas hay otras figuras, como el famoso lienzo de *El Cardenal*, donde se acentúa la intención satírica del artista, en la fisonomía del prelado, hasta el punto de parecer una burla del clero español. Y aun queda por mencionar, entre otros lienzos

de esta España exótica, el cuadro amargo, cruel y falseado: *La víctima de la fiesta*, en el que aparece un picador, de vuelta de los toros, sobre un jamelgo esquelético chorreando sangre. Este cuadro ha provocado en España vivas protestas e indignación. Se dice que al inaugurarse la Exposición Zuloaga una alta personalidad preguntó a aquél, al detenerse frente al lienzo: "¿Es de esperar que éste no ha sido expuesto en el extranjero?" Y que el artista se vió obligado a confesar, muy a pesar suyo, que el lienzo ya había recorrido el mundo entero.

He aquí el motivo principal de la marcada hostilidad con que el público español ha acogido las obras de Zuloaga. No se discuten sus cualidades eminentes de pintor, pero se rechaza su arbitraria visión de España, henchida de negro pesimismo. El arte de Zuloaga, en el concepto de muchos, difama a España, porque parece prolongar nuestra leyenda "negra" de crueldad, fanatismo, incultura y atraso, ante el extranjero. Lo que desde luego es inengable es que en la obra del pintor vasco hasta el cielo de España sale desacreditado. Ha visto nuestros tipos, nuestros paisajes y nuestras ciudades bajo una luz lívida y desoladora, que sólo refleja nuestro país en su aspecto más desfavorable. Y ha olvidado que España es también la tierra del sol y de los cantares, de la alegría y de las castañuelas.

¿PARA QUE REFORMAR LA ACADEMIA?

Yo no sé si los lectores hispanoamericanos se han percatado del revuelo que por estas tierras ha causado un cierto proyecto del ministro de Instrucción pública del Directorio, proponiéndose reformar nada menos que la Real Academia Española. Semejante atentado a la tradición, por su misma procedencia oficial, ha debido caer como una teja sobre las venerables cabezas académicas. ¿Quién se esperaba esto? Algunos periódicos de Madrid han protestado en términos prudentes y corteses contra la inútil reforma que puede ser germen futuro de mil dificultades. Yo mismo he pretendido hacerme eco de un estado de opinión latente, combatiendo, desde las columnas del *A B C*, lo que juzgo contrario a la razón de ser de la Academia. Por desgracia, mis opiniones, tan sinceras como desinteresadas, han tropezado contra el rigor de la Censura periodística—todavía en vigor entre nosotros—. Séame, pues, permitido reproducir aquí, para

los lectores de *La Nación*, tanto lo que dije en el diario madrileño, como lo que no me dejaron añadir entonces.

Confieso, desde luego, que la piqueta demoleadora de nuestro ministro de Instrucción pública pudiera hallar mejor empleo que el de convertirse en una amenaza repentina para la Academia Española. No puede o al menos no debe transformarse un organismo tradicional con la misma prisa y facilidad que se aplicaría, digamos por ejemplo, en disponer un cambio de uniforme en el Ejército o en ordenar que se asfalte una calle mal empedrada. Es, además, demasiado reciente el trastorno causado por la nueva reforma del Bachillerato español—que ha sumido en un mar de confusiones a profesores, padres y alumnos—para que nuestros actuales gobernantes no mediten seriamente sobre el peligro de crear, con bruscas innovaciones, nuevos problemas sin solución satisfactoria. Nadie que sienta verdadero patriotismo es capaz de oponerse al justo anhelo de reformar a España, en su organización política, pero una cosa es renovarla por Real decreto o Real orden y otra es el medir las consecuencias de estas audaces innovaciones al aplicarlas en la vida. Más urge hoy día, por ejemplo, meterse en nuestro país con los analfabetos que con los doctos académicos. Y para la cultura nacional es de mayor importancia la difusión de la primera enseñanza que la innecesaria

ria reforma de una Corporación tan antigua y tradicional como la Real Academia Española.

Esta entidad histórica se fundó con el objeto de velar por la pureza del idioma castellano, tan extendido en el mundo, conservando su riqueza de léxico y aumentando su tesoro lingüístico con palabras nuevas adoptadas por el uso o la costumbre popular. De ahí la importancia del Diccionario de la Lengua, revisado constantemente por expertos filólogos y eruditos. Lo que sin duda jamás previó la Academia Española es que algún día se la convertiría en auxiliar forzosa de esos idiomas y dialectos regionales que se alzan inútilmente, hostiles y rebeldes, contra la superioridad universal del idioma castellano. Esto, como ha dicho con exactitud un gran diario madrileño, es convertir la docta Casa en una especie de Academia Berlitz, o bien, diríamos nosotros, en una nueva sucursal de la bíblica Torre de Babel.

¿Qué se pretende con tan enmarañada innovación, como no sea adular a las distintas regiones de España, convirtiendo a la Academia Española en algo parecido a la Exposición del traje regional? ¿Se nos quiere hacer creer que el vascuence interesa a nadie fuera de las provincias vascongadas, ni el gallego fuera de Galicia, ni el mallorquín fuera de Mallorca? Pues será inútil, aunque se pretenda. Y otro tanto añadiremos respecto al idioma catalán, aunque

algunos escritores catalanes quieran ahora demostrarnos que por su historia, su riqueza y su literatura, puede equipararse y aun aventajar al castellano. No; cada cual hable en su casa o en su región lo que quiera y publique cuantos diccionarios y tratados juzgue convenientes para perpetuar su lengua regional. Pero no se le cargue el mochuelo a la Real Academia Española, cuya única y exclusiva misión ha de ser, ante el mundo, la de velar por la pureza del idioma español. Imitemos en esto el ejemplo de Francia que, a pesar de todos sus radicalismos políticos, sigue respetando la tradicional constitución de la Academia Francesa, sin exponerla a inútiles innovaciones que profanarían su carácter histórico. La Academia Francesa no abre sus puertas a los idiomas regionales con que cuenta, como la lengua de Oc, el bretón, el vasco francés. La Academia Francesa tampoco admite en su seno a las mujeres, a pesar de ser Francia el país de la galantería y de contar con escritoras de tan indiscutible mérito como la condesa de Noailles, Colette, *Gerard d'Houville*, *André Corthis*, entre otras muchas. Y aquí es donde no puede uno menos de estremecerse al pensar en las fatales consecuencias de que vayan a entrar también las mujeres en la Academia Española. Muerta la ilustre Pardo Bazán, a quien absurdamente se negó ese honor harto merecido, parece ahora inoportuno abrir de par en par las

puertas de la Academia al sexo femenino. Porque si bien pudieran dejarse entreabiertas para que entraran en ella una Blanca de los Ríos, una Concha Espina o una Carmen de Burgos, ¿qué sucedería después? Lo de siempre en este país del "precedente". Todas las señoras, literatas o no, anhelarían el formar parte de dicha Corporación. La poetisa cursi, la conferenciante místico-catequista, la periodista vulgar y la profesora pedante, todas se creerían con méritos sobrados para ser académicas. Incluso veríamos en la lista de aspirantas a la duquesa o a la marquesa que, por no confiar en su propia ortografía, encomienda a algún erudito la publicación de un libro histórico cuyas páginas encierran la correspondencia de un antepasado suyo con su padre espiritual o con cualquier palaciego de la corte de "Pepe Botella".

Pero, antes, nuestro deber es advertir a las mujeres españolas que no se dejen cegar por vanas adulaciones mientras la ley no las conceda una plena libertad. El ser académicas, concejales, consejeras de Instrucción pública, profesoras, etc., todo eso es poca cosa o nada en un país donde la ley, para ellas, evoca la vieja Turquía y aun las tiene casi esclavizadas. ¿De qué les sirve enseñar o administrar a los demás si no pueden administrarse a sí mismas sin la autorización y firma del marido? En España el marido tiene iguales derechos sobre los títulos, bie-

nes y fortuna de su esposa que la esposa. En cambio, ésta nada puede hacer ni disponer con su propio capital sin el consentimiento y la firma del marido. ¿Cabe mayor tiranía legal? Por eso conviene repetir que antes de ser académicas, concejalas y hasta diputadas, las mujeres españolas deben exigir de la ley que las permita ser dueñas de lo suyo. Porque, a pesar de los “cantos” al bello sexo y de los himnos conmovedores a “su benéfica influencia social y religiosa”, la mujer en nuestra tierra sigue siendo una especie de esclava cristiana de Occidente.

CRITICA DE LOS CRITICOS

La batalla en torno a la crítica dramática, o si se quiere mejor, a la crítica de los críticos teatrales, en España, no lleva camino de aplacarse. El rumor de la lucha ha llegado ya hasta Hispanoamérica y ha vuelto de rechazo aquí, excitando el ardor bélico de ambos campos. *Azorín*, hoy académico y dramaturgo novel, es el que ha encendido la mecha y se empeña en reanimar la llama cada vez que parece apagarse el ardor de la polémica. *Azorín* no desarma su rencor y arremete sin cesar contra los críticos desde las columnas del periódico. *Azorín* ha perdido, al parecer, esa impasibilidad del “pequeño filósofo” de antaño que leía a los clásicos y sólo abandonaba su torre de marfil para contemplar el vasto horizonte del paisaje castellano. Este es un nuevo aspecto del autor de *Los Pueblos* y un aspecto algo desconcertante. *Azorín*, como todo el mundo sabe, después de abandonar la política por la fuerza de las circunstancias, abordó inesperadamente el teatro, del cual había

vivido alejado durante tantos años, sin manifestar hacia el mundo teatral el menor interés. Nada hacía esperar, por lo tanto, este entusiasmo algo tardío de neófito, aun cuando no sea el primer caso parecido en la historia de las letras. Mas forzoso es confesar que la primera experiencia dramática de *Azorín* no ha sido afortunada. Su comedia *Old Spain* no ha tenido el éxito que descontaba sin duda su autor. Y aquí viene el origen de este pequeño conflicto literario, que ha promovido tan apasionados comentarios en los diarios y en las tertulias. Ante todo, convendría insistir en que el fracaso de una obra teatral en nada disminuye el prestigio de un autor que tiene su fama bien cimentada en otras esferas de la literatura. Amarguras semejantes pasaron—entre otros escritores—Pérez Galdós y la Pardo Bazán al abordar el teatro. Mas *Azorín* no se ha resignado a parecida suerte, y antes de estrenar otras comedias, que, según dicen, tiene ya escritas, arremete contra los críticos una y otra vez, mostrándose irritado, sarcástico, implacable en sus repetidas alusiones. Claro está que los críticos no se han quedado cortos al contestarle, y alguno de los que ejercen el escalpelo en el mundo teatral de Madrid no se ha mordido la lengua para refregarle su despecho. Si tuviéramos nosotros que fallar en este pleito, diríamos que aun cuando sean exactos muchos errores y deficiencias, señalados por

Azorín respecto a la crítica dramática en general, no es menos cierto que sus severos juicios parecen inspirados ahora por el resentimiento. Porque *Azorín* parte del principio erróneo de que su comedia ha caído en el vacío a causa de la incomprensión o de la hostilidad de la crítica teatral, reacia a mostrarle al público sus bellezas. Y eso no es exacto. Si lo fuera, Muñoz Seca, tan vapuleado por la crítica, no conocería los éxitos de risa y de taquilla que obtienen sus festivas producciones. Por esta vez, al menos, el público y la crítica parecen estar de acuerdo en no aplaudir la reciente producción dramática de *Azorín*. No es tampoco nuevo el caso de que un autor, fiado en su causa, arremeta furiosamente contra los críticos. Desde los batalladores prefacios románticos de Víctor Hugo hasta los de D'Annunzio y Bernard Shaw, la historia literaria abunda en ejemplos notorios. No obstante, en el que señalamos, el autor, casi siempre comedido, equilibrado, sereno en sus juicios, se aparta ostensiblemente de la realidad y pretende poco menos que pasar por víctima de una conjura.

Ahora, también conviene advertir, en honor de la verdad, que si el escaso éxito de *Old Spain* ha inspirado los persistentes ataques de *Azorín* contra los críticos teatrales, es asimismo cierto que sus censuras pueden aplicarse a la crítica literaria en general. Porque, al fin y al cabo,

existe hoy día, buena o mala, una crítica dramática en España; pero ¿podemos decir otro tanto de la crítica literaria, tal como la ejercen algunos señores en la Prensa? Sinceramente diría yo que no. He insistido repetidas veces sobre tan espinoso tema, aun a riesgo de cosechar el comentario hostil o el silencio calculado en castigo a mi audacia. Volveremos, sin embargo, a señalar las diferencias bien notorias que separan ambos campos de la crítica. Y la primera es ésta: un autor dramático, por malo que sea, tiene la certeza de que al día siguiente de su estreno todos los críticos en los periódicos hablarán forzosamente de su obra. En cambio, un poeta, un novelista, un ensayista, carecen de semejante seguridad. Su libro podrá ser admirable y caer, no obstante, en el vacío, o bien aguardar semanas y meses antes de que el escritor encargado de la crítica en el diario o la revista se digne prestarle su atención juzgándole digno de interés. Mas si las influencias de la amistad o del compadrazgo no pesan en la balanza, es casi seguro que al autor y su obra se procure enterrarlos en el silencio. Así, al menos suele hacerse en Madrid donde existe una pequeña "Sociedad de bombos mutuos", ejerciendo un verdadero caciquismo periodístico extendido a limitados cenáculos y tertulias con exclusión de los demás mortales. Este privilegiado grupo es el que se adjudica a sí mismo, dentro y fuera de España, la genuina y

exclusiva representación de las letras españolas contemporáneas. Huelga decir que, poseídos de una fe cómica en su misión renovadora, confunden lamentablemente los caprichos de la moda con las patentes de inmortalidad. Lo malo es que la obra del Tiempo suele ser siempre perturbadora y se complace, al cabo de los años, en invertir el orden establecido de las categorías literarias.

Sería, pues, una tarea fácil el señalar la incompetencia y los errores de la crítica, tanto la teatral como la literaria. Es el eterno conflicto entre el espíritu innovador y la rutina. Desde el teatro de Alfred de Musset hasta la fecha, abundan los casos de obcecación y de ceguera por parte de aquellos críticos que en su época gozaban de autoridad y prestigio. El decir de una obra nueva que "no es teatro" ha sido siempre el vendaje que voluntariamente se pusieron los críticos sobre los ojos ante lo original o lo desconocido. Ibsen, elevado, luego, a primer astro de la dramaturgia moderna, conoció para sus obras este calvario de incompreensión. Su técnica, igual que sus ideas, desconcertaban a sus censores. No tuvo mejor suerte, en Francia, Henry Becque. Ni al estrenar sus primeras obras François de Curel con el "padre" Sarcey, representante del gusto burgués adverso a conflictos trascendentales. Y en Inglaterra recuérdese el caso de Oscar Wilde, cuyas comedias fueron

tan aplaudidas por el público y tan atacadas por los críticos, incapaces de apreciar la novedad epigramática del diálogo. Sólo hubo entonces un crítico sagaz que salió en defensa del teatro de Wilde, a pesar de existir entre ambos notorias discrepancias en criterio estético. Fué Bernard Shaw, cuyas obras de tesis habían de padecer también, más tarde, la hostilidad de la crítica, los rigores del *Censorship*, y la indignación del austero puritanismo británico.

¿Necesitaremos ahondar en los errores de nuestra crítica teatral en España, ni insistir sobre la inestabilidad de sus fallos? No lo creo necesario. Tampoco es justo, en cambio, negar los servicios que ha prestado al arte dramático y el empeño visible que demuestra en dignificar el teatro, hoy tan adulterado por engendros chabacanos. Cuando *Azorín* y otros escritores acusan de ignorancia y de incompetencia a los críticos teatrales de Madrid se dejan cegar por la pasión. Acaso fuera más exacto el acusarles de parcialidad y de marcado desdén hacia cuanto se produce. Hay indudablemente hoy día en la Prensa madrileña literatos de sólida cultura que ejercen la crítica dramática con visible mal humor. Las causas de este mal humor, bien por la obligación de trasnochar tan a menudo o por interesarse poco en el teatro, permanecen un tanto misteriosas. Ello es que se reflejan al día siguiente del estreno en artículos algo avinagrados

que mortifican a los autores y se hallan casi siempre en discrepancia con el sentir del público. No cabe duda que, en la actualidad, los críticos de teatros influyen poco o nada en la opinión de los espectadores, por desgracia cada vez más ajenos a preocupaciones estéticas. ¿Vamos por eso a suprimir la crítica del todo, según pretenden ciertos autores irritados? Sería como si pidiéramos la supresión de jueces y de Tribunales, por no estar de acuerdo con sus recientes fallos.

La crítica, en realidad, nunca podrá desaparecer mientras haya derecho a opinar libremente. Todos la ejercemos, al escribir, en una forma o en otra. Lo que debemos hacer es renovar sus métodos y librarla de ese dogmatismo y de esa pedantería que la infestan hoy día. Es preciso que sus más autorizados representantes dejen de creer en la infalibilidad de sus opiniones, ateniéndose al aspecto relativo de las cosas humanas. Es igualmente necesario que para renovar el teatro no se atengan a demostrarnos su compasivo desdén por nuestros autores contemporáneos, desde Benavente hasta el último sainetero. Claro es que no creo, como sostiene *Azorín*, que si la juventud anhela regenerar el teatro ha de hallar su precursor y su profeta en el Sr. Muñoz Seca. De todas las soluciones propuestas nunca me atrevería yo a aconsejar esta última. Creo, eso sí, que los crí-

ticos teatrales pueden ensanchar un poco el horizonte de nuestro público, dándole a conocer los modernos dramaturgos extranjeros por medio de artículos y de conferencias. Pero sin insistir demasiado en teatro futurista, ni en *sno-bismos* de "vanguardia" que alejen para siempre de esa zona artística al burgués aterrado. Porque, en realidad, el mayor obstáculo que se opone a la renovación de nuestro teatro es nuestro público burgués, tan estrecho de juicio, tan intransigente, tan alerta para protestar en cuanto se inicia la escena amorosa o vibra en el aire el pensamiento audaz. En fin, este público timorato que aprecia, sobre todos los géneros, el de la "astrakanada" y que va al teatro sólo "a reírse", como se va al circo a ver a los payasos.

EL TEATRO, EN CRISIS

Decididamente, el teatro padece una crisis que amenaza su existencia misma. Lo dicen los autores. Lo afirman los críticos. Lo ratifican los empresarios. Y hasta el vasto público parece desviarse, con marcada indiferencia, de aquellos escenarios en que aun se cultiva el arte dramático, prefiriendo las obras cómicas, ajenas a la literatura o las cupletistas y bailarinas de renombre. Si prescindimos del apasionamiento que inspiran los toros y los deportes a la mayoría de mis compatriotas, no veo ninguna otra cuestión tan capaz de reanimar los espíritus más decaídos como este del teatro. Ha terminado hace ya tiempo la temporada teatral y aun siguen las encuestas periodísticas en torno al problema escénico. Un diario de Madrid pregunta a los autores dramáticos: “¿Cómo escribe usted sus obras?” Y éstos, naturalmente, se guardan la receta, igual que los cocineros, pero mandan al periódico su fotografía acompañada de un autobombo en pocas líneas. A otro diario se le

ocurre preguntar a ciertos literatos de renombre, alejados de la escena: "¿Por qué no escribe usted para el teatro?" Y entre las variadas contestaciones resaltan, con mal disimulada claridad, el miedo al fracaso ruidoso o la impotencia creadora bajo apariencias de altivo desdén. Un libro cae en el vacío, sin protestas y aun puede pasar por "éxito editorial" con la complicidad de plumas amigas en la Prensa. Pero todo el auxilio de los compañeros y las benevolencias de la crítica no impedirán que llegue hasta nosotros el alboroto de silbidos y pateos ante el estreno poco afortunado. Hay en esta forma pública de desaprobación algo brutal y violento que recuerda al circo romano, cuando la vida de los gladiadores vencidos estaba pendiente del índice del espectador. Es, pues, comprensible que algunos espíritus selectos rechacen esta forma de rápido fallo popular. No es que el teatro, mejor dicho, el arte dramático, sea un género *inferior* de literatura,, sino que es, acaso, inferior el público en sus ruidosas manifestaciones de aplauso o de protesta.

Todo esto, sin embargo, nos aleja del tema que aquí intentamos abordar y esclarecer. ¿Cuáles son las causas principales de la crisis teatral? Y si analizamos la cuestión, ¿es sólo el teatro el que padece en la actualidad una crisis? No sería posible afirmarlo. El mundo entero está en crisis desde la gran guerra. Lo está la

civilización europea, extendida y hoy discutida en la mayor parte del planeta. Lo están casi siempre las subsistencias, en perjuicio del ciudadano y en beneficio del acaparador. Sin embargo, la crisis teatral es un hecho y en torno a las candilejas acuden las plumas inquietas como mariposas a la luz. Hay quien achaca el fenómeno a la carencia de autores noveles capaces de renovar los moldes del teatro español. Hay quien acusa a los empresarios de envilecer el arte anteponiendo la taquilla al ideal artístico. Los dramaturgos culpan a los críticos, y los críticos a los dramaturgos. No falta quien excomulgue al público, ni quien atribuya el desvío de este último a las malas compañías dramáticas incapaces de presentar una buena obra de conjunto. Y me parece que todos llevan una buena parte de razón, porque en tan embrolloso asunto resulta harto difícil el limitar las responsabilidades. Debo añadir en honor de la verdad que, a mi juicio, quien más atinadas observaciones ha hecho este año sobre la crisis teatral y la adulteración del arte escénico, ha sido Ricardo Baeza, en recientes y brillantes artículos de *El Sol*, de Madrid. Traductor admirable y máxima autoridad de la vida y obras de Oscar Wilde en España, a Baeza se debe también la empresa editorial *Atenea*, que ha enriquecido con versiones españolas el conocimiento de los grandes autores universales entre nuestro pú-

blico. Y por si fuera poco, ha organizado compañías dramáticas para intentar un “teatro de arte”, elevando el nivel intelectual de los espectadores. Son estos datos lo suficientemente demostrativos de su autoridad y competencia en literatura teatral.

Yo me atengo aquí, no obstante, a reflexiones hechas desde casa, propias de quien no frecuenta el mundo de los bastidores, ni apenas ha pisado un teatro este año. ¿Por qué? Pues por varias razones, algunas de las cuales tengan quizá interés general. Confieso que desde hace ya algún tiempo ha dejado de interesarme el teatro en España. Así como en París no me es posible dejar de ir al teatro todas las noches, en Madrid no me decido casi nunca a ver las obras aplaudidas y elogiadas. Y no se atribuya a desdén hacia los autores dramáticos españoles, a quienes leo, conozco y admiro, sino más bien a temor de las compañías dramáticas y al desencanto que produce en el ánimo una mala interpretación escénica. La lectura puede consolarme fácilmente de no ver la fina comedia de Benavente, cuyo más bello ornato suele ser el diálogo. Acaso me hará apreciar aún más la intencionada sátira de Linares Rivas o el ingenio optimista de los hermanos Quintero. Los dramas poéticos de Marquina nada perderán al leerlos de su encanto y su belleza, sino todo lo contrario. Pero si voy al teatro me voy a encontrar con que la obra es inter-

pretada por una primera actriz de gran renombre o un primer actor igualmente afamado a quien rodea una comparsa lamentable de nulidades histriónicas.

En resumidas cuentas quiero decir que si tenemos algunos artistas de primera categoría, no poseemos en la actualidad una completa compañía dramática, ni siquiera en el Teatro Español, de tan glorioso abolengo.

Hubo un tiempo en que el prestigio del teatro en España veíase enaltecido, dentro y fuera de ella, por el esplendor y fausto de que hacía gala el matrimonio Guerrero-Mendoza. María Guerrero encarnaba la tradición de nuestras grandes trágicas y hacía vibrar a su entusiasta público en las adaptaciones del teatro clásico y en los dramas post-románticos de Echegaray. Díaz de Mendoza era el gran señor que pisa las tablas, sin abandonar su distinción aristocrática, trayendo a la escena española elegancias mundanas desconocidas hasta entonces. Ambos se veían rodeados por brillantes satélites, incluso artistas ilustres. No es necesario recordar esos años de apogeo suntuoso en que el arte fué para ambos actores un culto, y el lujo, una necesidad. Los Guerrero-Mendoza llevaban sobre sí, entonces, la máxima representación artística de España en Hispanoamérica. Después, vino el declive inevitable. Las exigencias del "abono", la disgregación de valiosos elementos; la

obra implacable y roedora del tiempo hicieron lo demás, transformando una gran compañía en una especie de empresa de familia. En el sentido artístico no dejaban sucesores. Y hay pocos espectáculos más tristes que el ver, a compás de los años, desviarse el favor del público, marchitarse lo laureles y sobrevivir a la gloria en largas y estériles peregrinaciones que irradian los melancólicos reflejos del ocaso.

Contadas veces se ha repetido la coincidencia, extraña en nuestro país, de formarse un conjunto armónico de buenos artistas. En época remota, la excelente compañía de Lara, que hacía el deleite del público burgués. Más tarde, la de la Comedia, cuyas primeras y segundas figuras se subdividieron en comparsas diversas, aptas todo lo más para la obscura existencia provinciana. En sus albores, la compañía de Martínez Sierra, inició promesas de teatro artístico, bien pronto abandonado por las ventajas indudables del género frívolo y del aplauso fácil. Y eso creo que es todo. Las compañías dramáticas, en España, están aún por crearse, si hacemos caso omiso de las que reúnen excelentes intérpretes para la farsa cómica y la vulgar *astrakanada*. Artistas notables, individualmente, sí los tenemos, aunque algunos de ellos no sirvan al arte, sino al lucimiento de sus propias facultades. En el drama rústico y popular, Borrás ha hecho inolvidables creaciones. Rosario Pino, la Xirgu y la

Bárcena poseen un alto prestigio escénico. Thuiller, en el género moderno de comedia, y Ernesto Vilches, en el género exótico de adaptaciones extranjeras, tienen personalidad inconfundible y numerosos admiradores. Mas al hablar de popularidad no puedo omitir el nombre de la genial Loreto Prado, cuya gracia peculiar es uno de los más característicos productos del viejo Madrid "castizo". Y aquí cierro la lista, para no cansar a los lectores, lamentando algún olvido involuntario.

Lo que se observa en seguida, al revisar los astros de la escena española, es que pocos forman escuela ni discípulos. El exaltado individualismo reina en las tablas como en nuestra política. Nadie admite competencias ni rivalidades. Todos quieren ser independientes y rodearse de un grupo adicto. Así vemos que cualquier actor o actriz, aplaudidos en media docena de papeles, se creen ya con talla suficiente para formar compañía y asumir su dirección. Esta vanidad, unida a la más absoluta carencia de cultura artística, ha sido causa de infinitos fracasos personales. Con razón señala también el señor Baeza la indolencia general de nuestros actores, su aversión al estudio, la facilidad con que suelen caer en el amaneramiento y la afectación. Nuestras compañías, además, representan las obras sin saberse los papeles, fiándose en el apuntador. Y adolecen de otro defecto imper-

donable: desdeñan o ignoran la dicción. Por algo decía en una encuesta reciente D. Ramón del Valle-Inclán, con franca rudeza, que nuestros actores españoles debieran, ante todo, “aprender a hablar en el teatro”. Ello es lamentablemente cierto. La mayoría de nuestros artistas parecen hacer confidencias a la primera fila de butacas, excluyendo de ellas a los demás espectadores.

Mas no sería tampoco justo atribuirles a los actores y actrices todas las responsabilidades en la actual crisis teatral. Existen otras de diversa índole, por ejemplo, los impuestos y contribuciones del Estado, que han encarecido tanto el precio de las localidades. Las necesidades del “abono”, de los días de “moda” y su fatal influencia en la elección del repertorio. El espíritu asustadizo y timorato de nuestro público burgués, propenso siempre a escandalizarse, sobre todo en provincias donde la severidad inquisitorial excluye la tolerancia. Hoy, además, ha surgido un rival triunfante que ha arrebatado al teatro su influencia sobre las masas. Es el cinematógrafo. La baratura de sus precios, el sensacionalismo puramente visual de sus producciones—que no exigen atención profunda, ni esfuerzo alguno de inteligencia—, ha magnetizado a las muchedumbres. En vano protestan autores consagrados y críticos que aspiran a defender los fueros del arte. Ni Shakespeare,

ni Pirandello, ni *Vieux-Colombier*, ni teatro de "vanguardia", interesan aún al gran público... Este va perdiendo su afición al drama como la ha perdido ya casi a la ópera, a las tiples y a los tenores. Antes, al menos, las buenas compañías dramáticas francesas o italianas contaban siempre en Madrid con la seguridad de un brillante abono. Pero recientemente hemos visto a excelentes artistas extranjeros trabajar en salas medio vacías. Confiemos, sin embargo, en el mañana. Agradezcamos el noble esfuerzo de aquellos que, en escenarios pequeños y selectos, rinden culto devoto al Arte pensando en el porvenir. No fué otro el espíritu que inspiró a Wágner al fundar su templo de la música en la sagrada colina de Bayreuth. Y así, los que hoy ofician en la penumbra, llenos de fe entusiasta en la Belleza, recuerdan a los primeros cristianos en las Catacumbas antes del amanecer glorioso de la Redención...

VIDA MUNDANA

I

Uno de los más característicos síntomas de la evolución social moderna es que va poco a poco desapareciendo la vida mundana, o sea la vida de sociedad, cuyos salones frecuentaba sólo la alta aristocracia. Señal de los tiempos, se dirá. Es cierto. En casi todas las capitales europeas el dinero ha pasado a otras manos y hoy el lujo no lo ostentan los grandes señores sino los grandes financieros. La guerra al capital, los impuestos sobre la herencia y sobre la propiedad, van liquidando los vestigios del antiguo feudalismo. Empiezan los duques ingleses por vender sus cuadros al millonario de Nueva York y si no han tenido la suerte de casarse con una hija suya, para nivelar el averiado presupuesto casero, se ven al fin obligados a vender su propia casa al nuevo rico. Así hoy día los mejores palacios de Londres están en posesión de acaudalados tenderos, fabricantes y banqueros, que son los

reyes de la democracia. Thackeray, cuya novela *Vanity Fair* es la más admirable sátira social de la Inglaterra del siglo XIX, no dejaría, si viviese, de observar este fenómeno, ni de divertirse a costa del improvisado señorío financiero y de sus desposeídas víctimas, o sea los empobrecidos nobles salvando aún apariencias con vivir aislados en sus casas de campo... cuando las tienen. Ya desde antes de la guerra sucedía algo análogo en Francia. Los hoteles particulares de los Campos Elíseos o de la Place Vendôme se habían transformado en las casas de célebres modistos y *fournisseurs*, como la propia Rue de la Paix, meca de los joyeros con elegante clientela mundial. Sólo el *Faubourg*, sombrío y solitario, alberga en sus amplias mansiones señoriales la descendencia linajuda de Versalles y de las Tullerías. Existen todavía, eso sí, nombres de rancio abolengo que aun habitan y sostienen con decoro sus castillos. Pero hay veces en que esto mismo impone duros sacrificios al orgullo aristocrático, obligándole a mezclar, en oportuno enlace matrimonial, la rancia sangre azul con nueva sangre desconocida. En lo demás, París es una cosmópolis donde los astros palidecidos de la nobleza se pierden entre la nueva aristocracia burguesa y republicana, invadida a su vez por los más altos círculos y los más bajos fondos sociales del mundo. Semejante evolución no fué tomada en cuenta por el espíritu

sagaz y analítico de Marcel Proust, que desdeñó el elemento extranjero al contemplar, con mirada escrutadora, el cerrado coto de los Guermentes. No así al veterano Paul Bourget, que en recientes novelas mundanas ha reflejado acertadamente el París y la Costa Azul de la post-guerra, con sus “palaces”, su frivolidad, sus *cabarets* y su frenesí de baile.

Un novelista que actualmente quisiera describir la vida de Madrid no podría tampoco ignorar esta transformación de su aspecto exterior. En el Madrid de ahora los palacios se cierran, salvo para un reducido círculo íntimo y, en cambio, los grandes hoteles se abren, acogiendo en sus “tés de moda” y en sus “comidas americanas” a ese pintoresco público heterogéneo, desconocido hace años, que acude bulliciosamente al ritmo del *jazz-band*. Pero aun hay palacios y mansiones aristocráticas en Madrid, como en otras ciudades españolas. Existe esta palpable diferencia entre la capital de España y las demás capitales europeas, donde socialismo ha minado el capital y tiende a destruir el lujo. Por las calles de Madrid vemos el contraste pintoresco del flamante automóvil blasonado con *chauffeur* y lacayo de librea—vestigio del *Ancien régime*—, y el eterno carro de mulas, cuya desaparición no se atreve a afrontar, por lo visto, ningún Municipio madrileño. Semejante contraste acaso dañe el espíritu de igual-

dad, pero no el sentido estético. Asimismo en la parte vieja de la Villa y Corte, en las largos y estrechos callejones y desempedradas plazas, que nunca visita el turista, se alzan los antiguos palacios de señorial fachada, cuyos dorados salones ocultan tesoros de arte, retratos de familia, tapices heredados y muebles ya crujientes bajo el peso de pasadas generaciones. En cambio, al otro lado de la capital, en los barrios nuevos, como el de Salamanca, lucen los blancos hoteles de moderna construcción. Y la Castellana es nuestra avenida aristocrática, nuestro *Park Lane*, donde, entre edificios de dudoso gusto, los jardines de las casas nobiliarias u opulentas forman la ya larga vía que va a parar hasta el Hipódromo.

No obstante, ¿cuántas grandes casas abren sus puertas ahora a la sociedad? Muy pocas, salvo los días de boda o en la aciaga fecha de un entierro. Aunque sea triste confesarlo, esa legendaria "hospitalidad española" parece cosa remota, al menos en lo que se refiere a las altas clases. Salvo contadas familias elegantes, que poseen hoteles o palacios y gustan de recibir en grande, el peso de la vida social en Madrid parece llevarlo el Cuerpo diplomático extranjero. A las Embajadas acuden esas gentes de elevada categoría que primero con su presencia y después con dejar tarjeta creen harto bien pagados los obsequios. En semejante cálculo entra la vani-

dad de no querer recibir si no puede hacerse con esplendor principesco. También la indiferencia, el egoísmo, la pereza y el apego a la economía. Al revés de lo que suele suceder, son más en Madrid los que *pueden* que los que *quieren*. Nada de grandes fiestas, piensan éstos, aterrados. Todo lo más, pequeños *the-bridges*, reuniones y comiditas íntimas, un círculo habitual de media docena de privilegiados. Así, la sociedad de Madrid se subdivide hoy día en aislados cotos aristocráticos que no dejan percibir nada al exterior. La pluma de un *Monte-Cristo*, último cronista de salones en el verdadero sentido de la palabra, tiene, pues, que buscar horizontes fuera de su patria, en vista de este progresivo retraimiento de las casas por él descritas en otra época. Se acabaron los tiempos de los bailes familiares, con tazas de té y aguas de color. Se acabaron las veladas literarias de los Rivas y de los Molins, las tertulias en los palcos del Real y los corros de gente conocida en el Prado, al atardecer. La sociedad que tan satíricamente describió el padre Coloma en *Pequeñeces*, con certera visión de observador, pertenece a un pasado remoto. El Veloz Club de antaño es el Nuevo Club de ahora. Aun vibran ecos de las *matinéés* de "La Huerta", residencia de los Cánovas, de los saraos regios de la duquesa viuda de Bailén y de los más recientes en casa de la difunta marquesa de Squilache. Fueron, por de-

cirlo así, los últimos resplandores de los salones de la Regencia.

Nos quedan, sin embargo, algunos próceres de la Grandeza que todavía hacen alarde de hospitalidad con esplendor señorial. Pero este año la muerte de ciertos miembros de la alta aristocracia ha venido a cerrar inoportunamente las primeras casas de Madrid. El fallecimiento del marqués de Viana, jefe de Palacio, pone término a las brillante fiestas celebradas en la que fué magnífica morada del inmortal duque de Rivas. Y la sentida desaparición del duque de Fernán-Núñez ha privado a la sociedad no sólo de habituales banquetes y de bailes regios en perspectiva, sino que viste de luto a otras familias igualmente acostumbradas a recibir con todo lujo. Por tal motivo el blanco palacio de los duques de Montellano, en el paseo de la Castellana, tampoco se ha abierto esta primavera. Y se ha echado de menos, sobre todo, los anunciados bailes que en su palacio de Liria, rodeado de bellos jardines, iban a dar los duques de Alba. El palacio de Liria es, como se sabe, el astro mayor de las casas aristocráticas en el actual Madrid. Significa la cima de lo *chic* y la codiciada Meca del *snobismo*. Mas no es por motivo tan fútil que hemos de dedicarle un comentario, sino porque simboliza su actual poseedor un raro ejemplar aristocrático. En él se funde el más rancio abolengo con las preocupaciones cultu-

rales, la afición a los deportes y el espíritu de un hombre moderno. Debido a él no se podría escribir ningunas Memorias sobre nuestra sociedad contemporánea sin citar lo que fué y sigue siendo todavía para los artistas, las eminencias de la ciencia y de las letras o los extranjeros ilustres que pasan por Madrid el suntuoso palacio de Liria.

II

Recuerdo que en el magnífico baile dado por los duques de Alba en honor de los Reyes de Italia, con asistencia de nuestra Real familia, del Cuerpo diplomático y de toda la Corte, un extranjero me decía: “Hoy día, ni en París, ni en Londres, hay quien pueda dar una fiesta en este *estilo de gran señor*. Ya no hay quien tenga estas casas ni pueda sostener tal lujo.” Y un afamado artista, que nos estaba oyendo, añadió:

“En Italia aun pueden admirarse soberbios palacios, pero en cuanto se pasa de los salones o de la galería de cuadros, se entra en terreno prohibido. Los cuartos interiores, por lo general, no están hechos para exhibirse y sus linajudos dueños viven a veces en la mayor pobreza.”

Los que asistieron a aquella inolvidable fiesta regia podían convencerse de que la casa de Alba no lucía sus galas en un penoso esfuerzo.

Su estilo, diríamos, parodiando a Rubén Darío, es “muy antiguo y muy moderno”. Suntuosidad de escaparate, es decir, de cuadros, de tapices, de armaduras, de objetos de arte y *comfort* moderno, de arriba abajo con el marcado carácter anglófilo que por la sangre y también por los gustos, une esta familia a Inglaterra. En ella se tiene tan presente al antepasado ilustre, aquel mariscal Berwick, hijo de Jacobo II de Inglaterra, último Estuardo reinante, como al gran duque de Alba o al inmortal conde de Lemos, amigo de Cervantes. *Noblesse oblige*, piensa el actual duque, llamado familiarmente *Jimmy* por todos sus conocidos. A él no le gustan los bailes, pero sabe que la posición social tiene sus deberes y que los palacios señoriales hallan su razón de ser en el esplendor decorativo. Al fin y al cabo, aquel regio sarao era una repetición, en mayor escala, de las fiestas que da en Sevilla en su palacio de las Dueñas. Lo realizaba la presencia de augustos personajes y el esplendor del cuadro. La noche estrellada, la iluminación de los jardines, el fulgor de las alhajas, las orquestas y *buffets*, un verdadero regimiento de lacayos empolvados, con librea de gala y calzón corto, lograba reproducir, casi, un pequeño Versalles moderno. Mas aunque sea relativamente fácil abrir su casa a toda la sociedad dos o tres veces al año, si se tiene posición y no se repara en gastos, es menos frecuente el te-

nerla todo el año abierta a los curiosos y a los amigos. Y el palacio de Liria, como todo el mundo sabe, cumple esta doble condición. Tiene abiertas sus puertas a los turistas que solicitan ver su museo histórico y artístico, y suele albergar a ilustres visitantes extranjeros, incluso cuando sus actuales dueños están haciendo alguno de sus frecuentes viajes por el mundo.

Lo que es algo único es el archivo de la casa de Alba, porque es la historia de ambos continentes, el viejo y el nuevo. Ya el poseer retratos de familia pintados por Tiziano y por Goya, el tener lienzos de Ribera, de Velázquez y de inmortales maestros extranjeros, armaduras de reyes, tapices suntuosos y otras bagatelas, parece en estos tiempos, enemigos de la propiedad, un sueño de *Las Mil y una Noches*. Ahora que lo inverosímil es el archivo, clasificado pacientemente por la difunta duquesa Rosario, madre del actual duque, y por eruditos e investigadores. Allí se desfila ante cartas autógrafas de Colón, de los Reyes Católicos, de soberanos españoles, franceses, ingleses: de los conquistadores y de los navegantes, de los Pontífices y de los artistas italianos del Renacimiento, de los Virreyes de América y de los escritores de la Enciclopedia. Aquello evoca todo el pasado de la Historia Universal. El dinero puede dar automóviles, yates y jacas de polo, pero sólo la herencia y la tradición son capaces de realizar este milagro.

Y acaso el peso de la tradición y de la herencia es lo que le ha dado conciencia de sus deberes al actual duque de Alba. El no se ha contentado, como otros elegantes, en cazar, jugar al polo, cultivar el *sport* y viajar por todo el orbe. Preside y subvenciona infinidad de Asociaciones culturales. Publica libros de Historia y soberbias ediciones de los documentos de su ilustre casa. Pertenece a casi todas nuestras Academias. Y, en fin, como buen conde de Lemos, solicita el trato de los hombres eminentes en las letras, las artes y las ciencias. Citar cuantas personalidades extranjeras de paso por Madrid y nacionales de fama indiscutible han sentado a su mesa el duque y la joven duquesa, sería equivalente a citar nombre por nombre un Diccionario biográfico de celebridades.

Si aquí he detallado el caso, es porque resulta excepcional en estos tiempos en que los grandes nombres de la aristocracia son como astros apagados.

Habitualmente, los que han heredado un título histórico suelen creer cumplida su misión social con no faltar a las leyes del honor y de la caballeridad, lo cual les permite, según ellos, dormirse cómodamente sobre los laureles de sus antepasados. Claro está que aun hay aristócratas con personalidad propia, como el marqués de Santillana, hoy duque del Infantado, cuyo nombre va unido a negocios y empresas audaces. Y

también el duque de Medinaceli, cazador infatigable, que ha recorrido el mundo y formado un magnífico museo zoológico en la planta baja de su hermoso palacio de la plaza de Colón. Este palacio moderno de Medinaceli, que encierra tesoros de antigüedad, sigue, no obstante, su tradición hospitalaria y abre sus puertas para dar suntuosas fiestas en honor de soberanos y de príncipes reales. Y asimismo, el duque actual publica libros de viajes y de cetrería, pertenece a la Academia de Ciencias y, en resumidas cuentas, revela preocupaciones culturales dignas de encomio en un ambiente social que suele rendir únicamente culto a la elegancia y a la frivolidad.

Porque la frivolidad y el egoísmo son los dos pecados característicos de nuestro gran mundo, al que los novelistas cursis y los predicadores sin experiencia acusan de vivir en el cieno de la corrupción. Nada más inexacto. Yo creo que la tendencia marcada a la inmoralidad en todas sus formas la hallamos hoy en la alta burguesía enriquecida y en esa juventud de otras clases que sólo aspira al dinero y al lujo. Nuestra aristocracia, por lo general, es muy distinta. Se halla equidistante entre la austera intransigencia religiosa de antaño, el espíritu de sacrificio, la abnegación, el misticismo y el paganismo de las costumbres. Católica por tradición, va a la iglesia, como va a palacio, repitiendo los actos religiosos y protocolarios de sus antepasados.

Es democrática, sencilla en el trato—el llamarse de *tú* suaviza las asperezas de la desigualdad—, pero al propio tiempo muy ufana de sus pergaminos y de sus privilegios. ¡Dios proteja al anfitrión que al dar un banquete no recuerde la categoría social de los invitados! Las consecuencias pueden tomar apariencia de insulto. En altas esferas están marcadas las jerarquías, como en el cielo, alrededor del trono del Altísimo. Empieza el mariscalato con la llave de Gentilhombre-grande, y el lazo rojo de Dama de honor. Luego desciende la escala jerárquica a Grandes de España, sin puesto palaciego, a los títulos de Castilla, a las Maestranzas, a las Ordenes militares y hasta los últimos comparsas que cierran la brillante procesión del señorío, sin excluir a los “nuevos nobles” de la política y de la alta banca. Hay veces en que la elegancia substituye con ventaja al abolengo y en que es preferible ser miembro de un club *chic* a pertenecer a una Maestranza.

Todo esto estaría muy bien si al sentido democrático de la vida mundana se añadiese el culto de las artes y las letras. Por desgracia, en esto nos hallamos tan lejos del Renacimiento como de Versalles. La misma política ha sido un lujo más—el acta de diputado, que se compra a fuerza de dinero o la senaduría vitalicia que da derecho a descansar en los escaños de la Alta Cámara—. No el sentido del deber, ni la inquietud

tud por los problemas nacionales, ni siquiera el instinto de conservación para oponer un dique a la ola demagógica. Dentro de esa muralla de China que separa al gran mundo de los demás mortales, se reduce la curiosidad a muy limitados círculos que sólo se suponen dignos de interés. Y cuando varían, estos privilegiados de escenario suelen ir desde Madrid a Sevilla, a San Sebastián, a Biarritz, a las regatas de Bilbao, a Carlsbad, a Londres y a París, a darse un baño de europeísmo.

Pero la vida al aire libre, el *sport*, ha abierto nuevos caminos de invasión a gentes que hace años ni hubieran soñado en pisar ciertos umbrales. Unicamente el *polo* conserva su sello aristocrático, gracias a la protección real. En el Tiro de Pichón ya es otra cosa, y el tirador afortunado, venga de donde venga, vive en un ambiente de familiaridad con los Grandes y con el propio Rey. En cuanto el Real Club de la Puerta de Hierro, que es el *golf* de Madrid, frente a las montañas de Guadarrama cuyo azul nevado inmortalizó Velázquez, eso es el verdadero paraíso de los *sportsmen* y al propio tiempo el asilo de los *snobs*. El verdadero aficionado va allí todos los días, como van a misa las beatas. El *snob* sabe que si el *bridge* le ha abierto al fin los salones más encopetados, el acudir al *golf* con asiduidad le otorgará, tarde o temprano, el privilegio de tutear a las duquesas.

En cambio, ya resulta difícil ver a la alta sociedad en un teatro, salvo la noche de abono en la Opera. Se acabaron los jueves del Circo y los brillantes miércoles del Teatro Español. Sólo los lunes del Ritz, en primavera, cuando se abre y se ilumina su jardín, aun reúne a la gente *chic* con la que procura serlo y con los diplomáticos de segundo orden para quienes parece creado este escenario semicosmopolita. Una nueva clase social adinerada invade ahora los paseos y los hoteles de moda. Rueda triunfante en suntuosos automóviles por la Castellana y por el Retiro. Sus niñas "bien" de moderna silueta y sus polleros elegantes son los mismos que luego vemos bailando frenéticamente el *charleston* en los *thé dansants*, al atardecer. ¿Nuevos ricos? Desde luego. Y también nuevos pródigos, porque hay quien gasta fuera de su casa más de lo que tiene en vestir y aparentar.

—¡Cómo ha cambiado Madrid!—me decía, durante una de estas pintorescas reuniones, un compatriota ausente desde hacía varios años—. Yo no conozco a nadie de esta gente.

—Ni yo tampoco—afirmé con toda sinceridad, causando el asombro de mi interlocutor.

No obstante, al poco rato me vi en la precisión de rectificar. En efecto, iba reconociendo entre aquellas parejas de baile a las niñas de una modista, al hijo de mi zapatero y al mayordomo de una gran casa que venía allí, de riguro-

so incógnito, a remedar a sus señores. Eran los tipos representativos de una nueva clase que todo lo fía a la indumentaria, olvidando el verídico refrán:

“Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.”

LA NUEVA GENERACION

Ante todo, al abordar este complejo tema convendría definir lo que se entiende por la “nueva generación”. Y a mi juicio, el mejor modo de definirla es decir la generación aún indefinida, la que se halla en el umbral de la vida pública, estudiando en las Academias y en las aulas universitarias. Lo que en términos corrientes se denomina la “juventud de mañana”, ya que la precede otra menos joven situada en el plano de la realidad por el trabajo y por las obras. Pues a esa generación, aún envuelta en la aureola luminosa del amanecer, quiero dedicarle unos comentarios. La guerra y la postguerra han realzado la importancia de la gente joven, a la cual se ha visto capaz de las mayores empresas en el orden militar, político y civil. Antes la juventud era un compás de espera y el mundo pertenecía a los viejos. Ahora se empieza a vivir mucho antes y la juventud, con ímpetu arrollador, empuja a sus mayores y asalta los primeros puestos, proclamando su derecho a la conquista del

poder o de la felicidad. Es natural que así sea en una época de hazañas deportivas, de afán de velocidades y de "arrivismo" social. Tan natural, que lejos de desdeñarse a la juventud, hoy se la busca, se la halaga, y es infinito, en el extranjero, el número de encuestas políticas, literarias o científicas que solicitan su opinión. Débese este fenómeno en gran parte a la influencia anglosajona y, principalmente, a la norteamericana en la actual evolución del mundo. Respecto a España, también se observa el cambio en estos últimos años. Convendría, por lo tanto, al fijarnos en esta nueva generación, reconocerle con simpatía sus derechos adquiridos, pero analizar, asimismo, con toda imparcialidad, sus aptitudes y limitaciones.

Confieso que la idea de este ensayo proviene de la lectura reciente de un pequeño opúsculo titulado *La Época sin Amor*, debido a la pluma del culto editor y publicista D. Rafael Calleja. Aunque alabado en la Prensa española por algunas firmas prestigiosas, ignoro si dicho opúsculo ha alcanzado el éxito que merece. Abundan en sus escasas páginas reflexiones agudas y juicios acertadísimos sobre la fisonomía espiritual de nuestro tiempo. Al leerlos no podía yo menos de sentir mi conformidad con muchas opiniones del autor. Salvo en aquella parte en que, comentando al historiador Ferrero, el Sr. Calleja añade: "Seguramente la juventud es hoy más sana, pero

es también más sosa. Menos corrompida—fútbol, en vez de billar y burdel—, pero menos cordial.”

Aquí me vi obligado a expresar mi discrepancia al escribirle al autor felicitándole por su trabajo. Sin duda cuando el Sr. Calleja afirma que la juventud de hoy es “más sana”, se refiere indudablemente a la beneficiosa influencia de los deportes en la salud y en el organismo. Bajo ese aspecto no cabe negar que la generación actual es más atlética y ágil que las anteriores. Faltaría saber si es tan inteligente y si el espíritu no ha menguado mucho con el exceso de cultura física y la atención preferente dada a los ejercicios musculares. Pero el haber abandonado el billar por los campos de fútbol y el visible desdén o indiferencia, respecto a la mujer, de muchos pollos de ahora no significa siempre un renacimiento de la moralidad ni un progreso en las costumbres. En esta época sin amor de la postguerra, la amoralidad es notoria y el ambiente de *cabarets*, de alcohol, de drogas; el desmedido afán de lujo y de placer; el ansia de ganar dinero por todos los medios, con tal de divertirse y vestir con elegancia, ha creado también aquí en España una nueva generación capaz de dar cruz y raya a los juerguistas o cínicos de antaño. Tan poco pesan en ella los prejuicios, enseñanzas y reglas morales de sus hogares, que quienes la conocen, sin ser ya jóvenes

ni viejos todavía, pueden apreciar el abismo que las separa de ayer. Este tipo de joven, hoy día, aunque no sea vicioso de por sí, se coloca ante la vida más allá del bien y del mal, poniendo en practica a Nietzsche, sin haber leído siquiera a su maestro. ¡Fuera sentimentalismos, amores, lágrimas ni sensiblerías! La vida debe tomarse como una alegre y agitada fiesta, con música de *jazz-band*.

Será difícil negar que si esto no es toda la nueva generación, el tipo del pollo "bien" y del pollo "pera" es lo que abunda. Aun allí donde la corrupción no hace sus estragos, la superficialidad parece contagiosa. Cultivo del deporte y baños de sol para embellecerse. Narcisismo reflejado en la perpetua autocontemplación y en el descuido sólo aparente de una indumentaria deportiva. Jersey, pipa y pantalón chanchullo. Carencia absoluta del sombrero y cabellera ondulada o bien reluciente de cosméticos. Como ideal de héroe, el actor de cinematógrafo, el boxeador o el millonario capaz de poseer antes que nadie los últimos modelos de automóvil. Pertenece a nosotros todavía a una generación cuyos adolescentes soñaron acaso en emular a Napoleón, a Bismarck, a Wágner o a Ibsen. Pero la de hoy sueña más bien con llegar a ser Lindbergh, Rockefeller, Carpentier o Rodolfo Valentino. Su idea de éxito es "arrivista", es decir, más rápida y efímera que la nuestra. Es inferior mental-

mente por falta de imaginación y por estarle cerrado el vasto horizonte de la fuerza creadora en el arte y de la perpetuidad de los actos humanos en la Historia.

II

Aun reconociendo que existe otra parte de la juventud ajena a corrupciones, frivolidades y drogas, dedicada exclusivamente a la vida higiénica, al *sport* y alejada por eso mismo de otras tentaciones, puede observarse también el perjuicio que este exceso de cultura física ha causado a la cultura intelectual. Porque el joven deportista que sólo fatiga sus músculos en el juego y no siente otras preocupaciones, suele tener, en cambio, adormecido el espíritu. Podrá ser un bello y ágil ejemplar humano, pero también es frecuente que su ingenua mentalidad le asemeje a un niño grande. Y no son tan embrionarias aptitudes cerebrales las más adecuadas para crear hombres útiles a la Patria. Con harto fundamento señalaba recientemente el ilustre doctor Marañón, en una interesantísima conferencia (1), los peligros que amenazan a la juventud que profesa al *sport* un culto casi religioso. Higie-

(1) "Los deberes de la Edad", dada en el Ateneo Guipuzcoano.

ne, agilidad, salud física, todo eso está muy bien ; pero en el mundo hay más. El que sólo se sienta feliz mientras pueda jugar al fútbol o cualquier otro deporte, corre el peligro de que sus éxitos juveniles sean tan breves como los de la mujer galante, para quien la madurez significa el adiós a la vida y el Paraíso terrenal perdido.

No parezca, sin embargo, por lo anteriormente dicho, que me propongo juzgar a la nueva generación bajo su peor aspecto, colocándola en un plano de inferioridad absoluta. Sería injusto, además, comparar el arbusto al árbol que ha dado ya o está dando sus frutos. Así, pues, cuando se le achaca su falta de cordialidad diríamos que el fenómeno es extensivo hoy día a otros países latinos como Francia e Italia, donde la juventud está muy influenciada por las costumbres anglosajonas. En cuanto a la española, a mí no me parece menos cordial en su trato. Es acaso, eso sí, más egoísta en el fondo y distanciada de todo sentimentalismo. Tiene un concepto excesivamente práctico y mecánico de la vida. Práctico, en el sentido de que el dinero y el lujo le parecen las dos metas de la felicidad. Como el enano de los Nibelungos, renunciaría a los encantos del amor con tal de poseer el oro. Ya el noviazgo no es un largo idilio de esperanzas románticas ; pero, en cambio, el matrimonio es un negocio a la vista. Su concepto mecánico se refleja en ese entusiasmo febril por los últimos progresos de

la aviación y el automovilismo: esa afición desmedida y algo infantil por el cine, el gramófono y la radio, que la inclina a desdeñar los tiempos pasados en que estos inventos eran desconocidos.

Reconozcamos también a la nueva generación sus ventajas sobre las anteriores. Si es más libre en sus modales, más familiar en el trato y menos respetuosa con los mayores, puede afirmarse que no es tan hipócrita y que, felizmente para ella, tiende a derribar los temibles fantasmones del convencionalismo y de las apariencias. Goza de mayor libertad individual, porque hasta en las familias anticuadas se van dando cuenta de la evolución progresiva en las ideas y de que la autoridad paterna no puede ser ya absoluta, dogmática, inapelable en sus fallos, sino tolerante y comprensiva. El hijo no ha de ser siempre tratado como un niño grande, ni ha de obedecer como un autómeta, ni ha de aguardar a la muerte de sus progenitores para tener conciencia de su propia personalidad. Aun cuando falte todavía mucho camino que recorrer para excluir del todo en las familias españolas la autoridad despótica a cambio del régimen de tolerancia, es notoria la beneficiosa transformación que se ha operado. Bajo ese aspecto, el joven de hoy se siente más feliz e independiente que el de ayer. Emite sus opiniones libremente, se le respetan sus gustos y aprende a afrontar antes

la vida sin inútiles trabas que tienden a disimular su verdadero modo de ser o a desviarle de su vocación. En suma, que los muchachos de hoy son, al llegar la mayor edad, no sólo hombres ante la ley, sino ante sus mayores.

Otra cualidad visible en la nueva generación es que ha sacudido la pereza durmiente de las anteriores. La de hoy revela mayor actividad y entusiasmo, trátese de juego, *records* o profesiones. Lo que emprende, lo hace con verdadero ardor juvenil. Acaso este efecto de vitalidad sea la resultante que deba agradecerse a los deportes. Pero no es esto solo: dichas energías se han encauzado virilmente a despremiar el peligro en los campos de batalla, en los de aviación, en los hospitales y en los laboratorios. Junto a esa juventud ociosa o frívola, de que hablábamos antes, existe otra en España, emprendedora y estudiosa, capaz de abrir nuevas rutas al progreso de la Patria. Nadie ignora cuántos de esos jóvenes han alcanzado ya prestigio envidiable, dentro y fuera de su país, en la medicina, en el profesorado, en el arte y con las ciencias. Hispanoamérica conoce algunas personalidades representativas del nuevo pensamiento español, aunque no todas. Habrá podido observar que en la juventud y en la madurez muchos artistas, escritores, médicos y catedráticos conquistan esos laureles de la fama que antes se reservaban únicamente a la ancianidad. Pero donde más he

observado el cambio es entre los estudiantes, que a veces se han acercado a mí con objeto de que me hiciese eco, en la Prensa, de sus reivindicaciones. Hoy el estudiante no es el mancebo de otros tiempos cuya característica era precisamente el no estudiar y armar jaleos callejeros contra la autoridad o el claustro. El estudiante de ahora, tranquilo, aseado, hasta elegante, sabe hablar con serena confianza de sus proyectos y parece tan consciente de sus deberes como de sus derechos. Trabaja, asiste a conferencias y a conciertos, siente deseos de federarse en organizada colectividad para defender y ampliar sus privilegios. Ni el plan de estudios ni la capacidad profesional le son indiferentes, y tiene fundadas esperanzas en que la futura Ciudad Universitaria les otorgue su debida importancia social en un próximo porvenir. A nosotros, mayores, sólo nos queda que añadir: ¡Amén! Hacemos votos por que esta nueva generación sea más culta, libre, laboriosa y feliz que la nuestra. Porque el ocio y la opulencia en sí no engendran la felicidad, sino el hastío. Al propio tiempo deseamos, con fervor, que esta juventud de mañana renuncie a todo instinto fratricida de regionalismo capaz de desunir a España. Que oponga a esas necias rivalidades la idea sagrada de Patria. Y sobre las fronteras de la Patria que llegue a sentir los anhelos y las palpitaciones de la Humanidad.

LOS IDOLOS DEL DIA

Cuando, al hablar de la nueva generación, señalábamos su concepto antirromántico y antisentimental de la vida, no hacíamos sino anotar uno de los más característicos síntomas de esta caótica época de la postguerra. La vida, hoy día, parece más corta por la misma agitación y rapidez con que se vive. Las invenciones modernas, los progresos enormes de la locomoción, ahuyentan la quietud de los espíritus juveniles. Esa misma fiebre que les devora por batir el *record* y abreviar las distancias les impulsa también a alcanzar lo antes posible el éxito inmediato en la existencia. Pero es un éxito de película, sensacional y breve. Carece de espiritualidad y de preocupaciones de ultratumba. Ignora el ansia de inmortalidad que atormenta al asceta, al filósofo o al artista, y que es en los dos últimos casos el anhelo de perpetuarse. Un joven recién salido ahora de las aulas universitarias se ríe de tales preocupaciones. Desdeña el pasado con un encogimiento de hombros y rechaza los fantasmas inquietantes del más allá. Su horizonte

se limita a *lo actual*, a la vida presente. Por eso decía yo que si los adolescentes de nuestra época—penetrando ya en el meridiano de la madurez—soñaban con llegar a ser Napoleón o Bismarck, Wágner o Ibsen, los de ahora anhelan el destino de Lindbergh, de Carpentier, de Rodolfo Valentino o del multimillonario Rockefeller. Y no es que el ansia de riquezas sea exclusiva de nuestro tiempo. Muchos serían los romanos jóvenes o viejos que deseaban para sí las riquezas de Crespo o la suculenta mesa de Lúculo. Pero no fueron menos seguramente los que aspiraban a la gloria de César o de Pompeyo, de Virgilio o de Cicerón. La Humanidad ha cambiado de ideales, eso es todo. Si hoy se hiciese un plebiscito en la mayoría de los grandes países “civilizados”, el voto popular no iría, por ejemplo, a Edison, al mariscal Foch, a D’Annunzio o a Bernard Shaw, sino al último ídolo de película cinematográfica o al “as” de la última hazaña deportiva. Libreme Dios de lanzar a los cuatro vientos, por este motivo, maldiciones o apocalípticas profecías. El sufragio de las masas me parece, desde luego, en el caso aludido, bastante cómico e infantil, porque sus dioses de actualidad, sus ídolos del día, suelen durar lo que las flores o las mariposas, y no llevan trazas todavía de vivir en la memoria de los hombres tanto como Shakespeare, Miguel Angel o Cervantes. No obstante, se anuncian síntomas inquietantes

para los que aun creemos en la supremacía del espíritu sobre la materia y de las obras sobre la actividad física. Ya se levantan estatuas a los afamados deportistas. Y mientras llega la hora de inaugurar en cada país el Panteón de Atletas y Jugadores Ilustres, la Prensa propaga a diario los acontecimientos, resultados y progresos del deporte con una minuciosidad que jamás dedica al arte o a la ciencia. En suma: que el *sport* no es un pasatiempo, sino una nueva religión internacional. El hecho en sí augura días sombríos para ese "porvenir de la inteligencia" que Charles Maurras ve amenazado por la barbarie moderna.

Hemos tenido y aún tenemos en España una forma de idolatría nacional que aventaja quizá a la de otros países en su entusiasmo por sus grandes jugadores. Es la idolatría de los toreros célebres. Quien no conozca de cerca esta admiración delirante del pueblo ante sus toreros predilectos o crea conocerla sólo por la lectura de ciertas novelas, se halla aún muy lejos de la realidad. En España, un torero afortunado en éxitos, en dinero, en ovaciones, tiene una popularidad efectiva, palpable, que nunca han alcanzado el mejor orador ni el más valiente caudillo. Recuerdo en una feria de Granada—en que iba yo de paseo por las calles de la ciudad con el malogrado *Joselito*—, haber tenido que abrirnos paso la policía para librarnos de las efusiones

callejeras, de los grupos que nos seguían y de los inoportunos transeúntes que detenían al joven torero. Fué preciso subirnos a un coche. No he visto cosa parecida. Aunque en mi existencia he tenido varias ocasiones de acercarme a soberanos y personalidades eminentes, no sé de nadie en ninguna esfera social capaz de fanatizar a las muchedumbres como los astros de la tauromaquia. Esto, es claro, mientras les acompaña el triunfo. Las mismas veleidades del público en la plaza, aplaudiendo o silbando sin el menor respeto a las reputaciones consagradas, acompañan al torero célebre durante su vida profesional. Una vez que éste decae algo en facultades o que se corta la coleta, la gente se olvida de su existencia. Sólo el famoso matador el *Guerra* despierta, al pasar, algo de curiosidad por su figura legendaria... Los demás... ¿Quién vuelve hoy día la cabeza, en la calle, para mirar a *Bombita* o a *Machaco*, a quienes hemos conocido en el apogeo de la gloria? ¿Quién se acuerda ya de ellos? Por eso cuando pienso en el trágico destino del pobre *Joselito*, cuya inesperada muerte sobrecogió a toda España de profunda emoción, creo, aunque parezca paradójica, que fué favorecido por la suerte. Lo cual quiere decir que se vió libre del cansancio del público, de la decadencia y de la melancolía del olvido, yéndose al otro mundo entre fulgores de apoteosis. Su muerte fué un verdadero acontecimiento nacio-

nal. No podía anhelar, pues, mejor suerte que la de morir en pleno éxito.

Hoy el fervor de las masas y de los entendidos en tauromaquia se concentra en la figura de Belmonte, que ha puesto cátedra en su arte. Al solo anuncio de Belmonte se llena la plaza de toros en cualquier ciudad de España. Sus fanáticos y admiradores no admiten comparaciones. Mas lo curioso es que se cuente entre ellos a eminentes artistas y escritores que profesan a "Juan" fervorosa amistad, rodeándole en su vida privada de refinado ambiente espiritual. Y entre éstos no sería sorprendente que mi amigo Pérez de Ayala, perteneciente al círculo íntimo del diestro, escriba de él una extensa biografía. Porque Ayala, autor de libro tan castizo como *Política y Toros*, pone en su afición tanto entusiasmo y competencia como en cuestiones estéticas o literarias.

Fuera de Belmonte, se reparten las predilecciones del público entre el *Niño de la Palma*, *Cagancho* y otros nuevos astros que no sabemos cuánto durarán en el firmamento de las celebridades. Además, el gran torero, si bien sigue siendo un rey para el pueblo, ya no es, en cambio, un rey absoluto. Los "ases" del deporte y del cinematógrafo han venido a hacerle sombra, y en el entusiasmo voluble de las masas también Uzcudun y *Charlot* aparecen como serios rivales de los modernos diestros.

No es posible negar que esta fiebre, esta epidemia del deporte viene causando en España, como en el resto del orbe, un serio peligro para la inteligencia de los ciudadanos. Las fuerzas físicas se desgastan en pueriles competencias. El entusiasmo, el ardor, la pasión que derrochan las muchedumbres al presenciar campeonatos o partidos dan la penosa impresión de haberse podido reservar para fines más elevados. La época presente se ve amenazada si no por una ola de cretinismo, al menos de infantilismo. Se ha inaugurado, al parecer, una edad en que los juegos predominan sobre todas las otras preocupaciones. El hombre-niño sólo piensa en sus nuevos juguetes mecánicos, en correr y en volar, acortando distancias. ¡Si al menos nuestra juventud alternara los Juegos Olímpicos con el diálogo filosófico, imitando a los griegos! Pero no hay peligro. Estamos hoy más cerca, mentalmente, del norteamericano atlético y hasta del antes despreciado negro, gracias al prestigio del *jazz* y de sus danzas. El fútbol lo absorbe todo, hasta hacerle seria competencia a las corridas de toros. ¡Qué progreso!, piensan los que se dejan influir por sus sentimientos humanitarios y simpatizan con la Sociedad Protectora de Animales. Bien está, aunque no tanto. En el fondo, más que ira, causa cierto desdén compasivo el muchacho de hoy día que sólo abre los diarios

por la plana deportiva y se desinteresa en absoluto de los demás acontecimientos.

Porque ese muchacho será toda su vida un gran niño, un ser incompleto para luchar mentalmente en la vida con los demás hombres y, de seguro, un iletrado. El gimnasio, como el campo de deportes, ha de ser un complemento de la escuela; mas no debe sustituirla ni pasar a ser el objetivo de la existencia misma. Con sobrado motivo observaba el sabio Dr. Marañón en su ya citada conferencia que rara vez el deportista célebre o el campeón profesional descuelan en cosa alguna después de abandonado el campo de sus hazañas. El retirarse a la vida privada en plena juventud indica lo efímeros que son esos laureles deportivos. ¿Sabe siquiera un muchacho de ahora quién era Sandow? ¿Conoce la juventud de hoy los nombres de Wilbur Wright y de Santos Dumont? Es casi seguro que no; pero es igualmente cierto que entre esa misma juventud palidecen los nombres de Ramón y Cajal y de Torres Quevedo ante la fama de Samitier y de Zamora. El hecho de que los niños jueguen al fútbol en la calle, en vez de a los toros, podrá tomarse como una forma de progreso civilizador, pero también ofrece mayores riesgos para el pacífico transeúnte, expuesto a un balonazo en la cara. Y lo malo no es esto, sino que los niños grandes alboroten a todo el país con sus partidos, luchas y rivalidades; que las agrupa-

ciones políticas de izquierdas o de derechas agonizan entre la indiferencia pública; pero que, en cambio, las Federaciones de fútbol preocupen a la Prensa entera con sus debates y que la "selección" y el arbitraje apasionen a millares de gentes mucho más que la cuestión del Desarme mundial. Hay otro síntoma alarmante en la progresiva popularidad del fútbol en España, y es la recrudescencia de los odios regionales, más funestos a la unidad de la Patria que ciertas propagandas separatistas.

Por desgracia, el paroxismo deportivo, la epidemia actual invade al mundo, y aun no lleva trazas de atenuar sus estragos. Dada la suprema importancia internacional del *sport*, ¿cómo sorprenderse de que el país entero esté palpitando de ansia y de emoción ante las posibles victorias de Uzcudun? Cuando se piensa que la Prensa del Universo está pendiente desde meses antes del encuentro de Dempsey y de Tunney y que el *match* reúne mayor concurrencia que la Conferencia de la Paz, no podemos asombrarnos de los gustos populares. El *tennis* mismo, con la expectación intensa que despiertan los campeonatos, ha hecho olvidar las deudas de guerra. El encuentro de Mlle. Lenglén y la americanita miss Hellen Wills suscitó un interés que no llegó a despertar nunca la Sociedad de las Naciones. Y todavía ignoramos el tiempo que necesitará la Humanidad para reponerse del do-

lor causado por la inesperada evolución de Mlle. Lenglén al convertirse de *amateur* en jugador profesional.

Mas por encima de los Juegos Olímpicos, de la necia aureola que rodea al *globe trotter* y del inútil *record* que bate el bailarín capaz de bailar doscientas horas seguidas, destaca, deslumbrador, el magnetismo de Cinelandia sobre todos los públicos del mundo. Hoy los "ases" de la película son los verdaderos ídolos internacionales. Norteamérica, y en especial Los Angeles, ha venido a ser la Tierra Prometida de miles de aspirantes a la riqueza y a la gloria. ¡Oh, el encanto de ser protagonista en una película que se exhibe desde Nueva York hasta Pekín, pasando por el viejo continente! ¡La suerte de caerle en gracia a un empresario y alcanzar los contratos fabulosos, preocupar a la Prensa de ambos hemisferios, grabarse en todas las imaginaciones! ¿Quién resiste a esto? Así en todas las clases sociales se ha sentido el vértigo de la posible vocación.

Ninguna carrera, ningún oficio, ninguna forma de actividad ofrece quimeras tan realizables. No es posible negar las inmensas posibilidades del cinematógrafo cuando, apartándose de trucos policíacos o esperpentos melodramáticos, reconstituye la Historia y las obras maestras de la literatura. Aunque el arte mudo nunca pueda substituir con ventaja el arte humano de la

palabra, puede ilustrar sus mejores libros. Pero lo humillante es que no haya estadista, descubridor ni inventor capaz de llegar a la popularidad universal del "as" de la película. La llegada a Europa de Charlie Chaplin, por ejemplo, eclipsó a la del propio presidente Wilson en ovaciones y entusiasmo. Yo mismo he presenciado en España el triunfal viaje de Mary Pickford y de Douglas Fairbanks, recibidos mejor que soberanos. Y ¿dónde dejamos el fanatismo de los admiradores de Rodolfo Valentino, que, aun después de muerto, tiene su leyenda y hasta su biografía cual moderno Don Juan? A raíz de fallecer el malogrado artista dije que su muerte había conmovido más al mundo que la de Víctor Hugo en su época. Es la pura verdad. La muerte de un Anatole France habrá sido una pérdida para las *élites* de diversos países, pero no ha llegado al mismo corazón de las masas como la de Valentino. He aquí el grave pecado de esta nueva forma de idolatría. Este es el peligro que amenaza al "porvenir de la Inteligencia": la pálida gloria del sabio, del artista, del escritor junto a la del pelicularo. Porque parece revelar el síntoma alarmante de una era en que el progreso, a pesar de sus conquistas, mecánicas, linda con la incultura y la barbarie.

LOS ESTILISTAS EN LA NOVELA

I

Uno de los temas literarios que vuelven de cuando en cuando a estar de moda, desencadenando artículos, polémicas y hasta libros, es la supuesta crisis por la cual atraviesa hoy día la novela en las letras modernas.

Hay quien la califica de género anticuado, que aun subsiste gracias a los últimos reflejos de un sol poniente cuyo esplendoroso apogeo, en la literatura del siglo XIX, toca ya a su fin. Hay quien, por lo contrario, opina que la novela ha de renovarse siguiendo los nuevos rumbos iniciados por autores de renombre universal, tales como Marcel Proust, André Gide, James Joyce, Giraudoux y sus imitadores. Lo cierto es que la novela fascinará siempre en el mundo a miles y miles de lectores mientras haya un escritor capaz de inventar una interesante narración o de emocionarnos con el estudio de las pasiones humanas. En cambio, aquellos artífices del estilo

que juzgan suficientes las riquezas del idioma y las audacias verbales para substituir la savia creadora, corren gran riesgo de adulterar el género novelesco hasta hacerle perder su misma esencia. Es lo que hoy día observamos al echar una mirada sobre la producción novelesca contemporánea. Son ya muchísimos los escritores que, desviados de su vocación por el influjo de algunos astros literarios, se consideran aptos para producir novelas, sin las indispensables cualidades de la fantasía creadora, la observación de tipos y costumbres, la aptitud para el diálogo y el aun más raro don de crear personajes *vivos* con existencia real y perdurable. Tal es el arte de los grandes novelistas cuando se llaman Cervantes, Balzac, Dickens, Zola, Galdós, Tolstoi y, en general, la mayoría de los autores rusos, en los que suele haber más genio que ingenio, técnica o puro artificio literario.

Existe y ha existido siempre, sobre todo en los países latinos, una marcada tendencia a considerar al estilista, al refinado literato que se dedica a escribir novelas, como un buen novelista. Pero estilista y novelista son dos cosas distintas, a veces antagónicas. El estilo no hace la novela, sino, a lo sumo, un escritor sabio en los recursos del idioma. Con la riqueza verbal, exclusivamente, podrán escribirse muy bellas páginas literarias, mas rara vez infundir verosimilitud, intensidad y vida a un carácter o a una escena. Contra

la opinión de muchos críticos, el estilo es cualidad secundaria en la novela. No fué estilista Balzac, y, pese a su constante aspiración de serlo, acaso haya que celebrarlo. Un Balzac estilista, torturándose por hallar el vocablo perfecto, como le sucedía al pobre Flaubert, quizá nos hubiese dado otra *Salambó*, pero le habría escaseado el tiempo para echar al mundo, sin pulcritud ni acicalamiento, el hervidero de personajes que desbordan de su Comedia Humana.

El caso de Flaubert es el caso representativo de esta estilización de la vida en forma de novela, sacrificada a un ideal estético. Lo que gana en la obra del autor de *Madame Bovary* la belleza del lenguaje, pierde en calor humano y ambiente de realidad. A pesar de sus pretensiones de realismo, falta en la obra de Flaubert verdadero dramatismo y emoción. Bajo su cincel de escultor de frases lapidarias, la vida se convierte en mármol puro, y el conjunto de sus creaciones se asemeja a un espléndido mausoleo literario, a un cementerio de poéticas evocaciones. Entre Flaubert y Balzac hay esta diferencia: Flaubert es un clásico, y Balzac sigue siendo actual. Flaubert es el modelo que sirve en los liceos y en los concursos literarios de Francia. Balzac, ese monstruo de la novela, no es sólo el gran psicólogo de la sociedad del siglo XIX sino el genio cumbre entre los novelistas modernos latinos. El no ha esculpido en mármol, ha dado

vida a sus figuras inmortales con el mismo barro que debió usar el Creador Supremo al infundírsela a Adán.

Mas no se suponga que por defender una tesis citamos aquí dos casos excepcionales. Nada de eso. El ejemplo se renueva en casi todas las épocas y literaturas. Data ya desde los tiempos del mismísimo Cervantes, a quienes desdeñaron los superhombres contemporáneos suyos. Bien sabido es que para estos espíritus exquisitos era Cervantes un pobre hombre, un escritor vulgar e inculto cuya popularidad entre las masas provenía no sólo del crudo realismo de sus creaciones, sino de su estilo corriente, chabacano, tan parecido al habla del vulgo y tan desprovista de artificios literarios. No era, pues, el autor del *Quijote* hombre a quien ni el enfatuado Lope ni los ingenios de cenáculo podían considerar como su digno compañero. En el fondo, esa hoy visible miopía intelectual, por parte de tan sesudos vates, debíase sobre todo a un falso concepto del estilo y al culto de la afectación entre los literatos de entonces. La carencia de retórica al uso y el ofensivo desdén por las modas del día eran las normas de Cervantes. Este traía, sin embargo, a la novela española tipos arrancados de la vida, ambiente de realidad, paisajes y ciudades de España, y una visión humorística, humana, comprensiva del mundo que barrían del regenerado solar patrio las malas influencias

extranjerías. Sin falsos oropeles de Diccionario, con sano y castizo léxico español, Cervantes daba a luz sus dos figuras gigantescas de Don Quijote y Sancho Panza, que, andando los siglos, habían de simbolizar el genio hispano.

Ahora bien; si echamos un vistazo por las modernas literaturas veremos que dicho problema estético ha sido casi siempre mal enfocado por la crítica. No se ha repetido lo bastante que el genio creador, en la novela, se sobrepone invariablemente a las preocupaciones del estilo. Aunque se siga admitiendo que "el estilo es el hombre", no pasa de ser a menudo el antifaz con que el autor disimula su *yo* verdadero. En todo caso, si el gran estilista llega a ser gran novelista, habrá renunciado, antes de comenzar su obra, a que el estilo en sí ocupe lugar primordial entre sus preocupaciones. No es la gramática ni la riqueza del léxico las que forman a un buen novelista, sino su visión personal del mundo, su potencia creadora. Cuando leemos las novelas de Dickens, de Zola, de Tolstoi o de Wells, no tenemos presentes a esos autores hasta cerrar sus libros. Lo que nos fascina es el universo que nos revelan, las palpitantes narraciones que nos cuentan, aquellos seres humanos que parecen tener vida propia. La obra llega a desligarse del autor, y es sólo después de la lectura cuando surge ante nosotros la personalidad de este últi-

mo, haciéndonos meditar sobre su ideario, su técnica o su arte.

En cambio, tenemos el tipo del artífice literario metido a novelista en Gautier, en los hermanos Goncourt (cuyo estilo "chino" anatematizaba con razón el vigoroso Maupassant), en Anatole France, en Pierre Loti.

Quizá entre ellos sea Anatole France el caso representativo del perfecto estilista en la novela. Anatole France lo fué todo, menos genio creador. Maestro en literaturas, familiarizado con los clásicos griegos y latinos, espíritu crítico y sagaz, ingenio satírico, enamorado del bien decir como un abate versallesco discípulo de Voltaire, ¿qué le faltaba a ese gran escritor para ser gran novelista? Pues faltábale imaginación, sentimiento, psicología humana y don de crear caracteres. No tuvo France la misma curiosidad por los hombres que por las ideas. Así, pues, el abate Coignard y M. Bergeret nos resultan muñecos disfrazados tras de los cuales habla el propio Anatole France. ¡Y cómo nos divierte oírle! ¡Qué difícil sencillez la suya al emitir sus demoledoras teorías con una sonrisa bondadosa y una sobriedad de apóstol bíblico! El estilo de este admirable escritor, que parece reunir las máximas cualidades literarias francesas de elegancia, buen gusto, armonía y claridad, limitan sus posibles facultades de novelista. Es indudable que Anatole France es más grande escritor

que Paul Bourget, pero es igualmente cierto que Bourget, como novelista, supera cien veces a Anatole France.

De Pierre Loti, mago de la prosa, cantor exótico de civilizaciones muertas, cabe decir lo propio. No son las creaciones de Loti lo que nos interesa, sino él mismo. Azyadé, Rarahu o Madame Chrysanthème apenas evocan vagas sombras como las heroínas de D'Annunzio en sus novelas poemáticas. Ambos son grandes artistas, cuyos libros han de clasificarse como bellos poemas en prosa. Y si *El Fuego*, por ejemplo, nos emociona por su evocadora sinfonía verbal de Venecia, la obra entera de Loti nos subyuga por su triste canción a media voz ante la obra destructora del tiempo y el inevitable fin de todas las cosas.

Pero estos artificios del estilo rara vez escriben una gran novela. Lo cual no quiere decir que para ser buen novelista sea condición indispensable el escribir mal. Pero tampoco las galas del estilo bastan para convertirse en buen novelista. Balzac y Stendhal no fueron estilistas. Tampoco lo son, como hemos de ver, los mejores novelistas modernos.

II

Ha sido precisamente un maestro de la novela moderna en España quien señala en el prólogo de sus *Páginas escogidas* la característica afec-

tación de los llamados artífices del estilo. Es por boca del propio Palacio Valdés como mejor queda ridiculizada la absurda autoridad crítica de que gozan los "puristas" del idioma en la literatura, pero sobre todo en la novela. Oigámosle:

"El lenguaje periodístico, con ser malo, me parece preferible a ese otro rebuscado de ciertos escritos seudoclásicos. Porque, en fin, el periodista, mal o bien, dice lo que quiere decir; pero el otro, arrastrado por la combinación de las palabras, no lo dice casi nunca. Hay quien piensa, después de haber copiado un giro de Quevedo o de Cervantes, que ha llevado a término una acción heroica y que se le debe la cruz de San Hermenegildo. Y si exhuma del Diccionario una palabra allí sepultada se sorprende de que no le arrojen flores desde los balcones."

En estas frases humorísticas el ilustre novelista no hace sólo una crítica despiadada del *pastiche* literario, sino de los arabescos verbales tan en boga entre los que carecen de otras facultades creadoras. La obra entera del veterano y glorioso escritor emana sencillez y naturalidad, con las cuales, sin tortuosos esfuerzos de léxico, ha sabido crear caracteres humanos y evocar escenas inolvidables. Porque su observación de tipos y costumbres, su humorismo delicioso, su siempre fresca inspiración hasta la ancianidad suplieron esa deficiencia de retórica. ¿No es, al fin y al cabo, ésta, repetimos, la característica

de todos los grandes novelistas desde Stendhal a nuestros días? Escribir bien no consiste en escribir obscura y complicadamente, sino en expresar con la mayor claridad posible lo que pretende decirse o demostrarse. Pese a los admiradores de Mallarmé o de M. Paul Valéry, el escritor de cenáculo y de capilla literaria jamás tendrá la resonancia duradera que han alcanzado un Homero, un Virgilio, un Dante, un Cervantes o un Víctor Hugo. Podrá admirárseles como bellas flores artificiales de estufa, pero nunca producirán la misma impresión que causa el jardín frondoso, la selva virgen y el espectáculo de la Naturaleza en sus diversas estaciones. No otro es el abismo que separa la moda de ciertos giros y la novedad de un estilo fabricado por medio, bien de contorsiones verbales o bien de anacrónica imitación de los clásicos. ¡Abominemos de los estilistas que escriben sus novelas fatigosamente mirando el Diccionario! El público tiene sobrada razón en apartarse de ellos, porque una novela no ha de ser una obra de erudición ni un curso de gramática. Cuando echamos un vistazo por el panorama de la novela española, medimos el abismo que existe entre el estilista a caza de adjetivos raros y la gran masa de lectores a la que indigesta ese necio alarde de filología cuya inútil ornamentación suele dañar considerablemente a la natural fluidez de las narraciones. El lector se siente irritado o desconcertado al tropezar con

tantas palabras desconocidas, como pedruscos en el camino. Podrá achacarse este desencanto a sus limitaciones culturales, propias del vulgo en cada país. Pero yo creo que, al menos en España, el vulgo tiene razón. Pues una cosa es exigirle al autor un estilo ramplón y chabacano capaz de recoger, como en un basurero, toda la fraseología callejera, y otra es ponderar el que por su conocimiento de los clásicos escriba un castellano viejo sacado del archivo e inadaptable a nuestro siglo. No es, en suma, el uso de voces castizas y de antiguos proverbios lo censurable en estos autores, sino el abuso que hacen de él sus cultivadores por mera pretensión de maestría verbal.

Así, en pasadas generaciones el público ha ido a aquellos novelistas que supieron hablarles lisa y llanamente, como en la vida misma. Primero a Fernán Caballero, a Alarcón. Más tarde a Galdós, a Palacio Valdés, a Leopoldo Alas, al Padre Coloma y a Blasco Ibáñez.

De esta época floreciente de la novela española exceptuamos a dos maestros del habla castellana, como Pereda y Juan Valera. Pereda se nos antoja demasiado castizo y anticuado con su estilo ampuloso y enfático de viejo hidalgo montañés. En cambio, si la serena y clásica elegancia de Valera desdeña la pedantería del giro arcaico y de las palabras caídas en desuso, su frío estilo ha sido causa de que bajo su pluma

de oro las pasiones humanas adquirieran la limpidéz del mármol. Don Juan Valera es un erudito, un admirable prosista, que debutó tarde en la novela, casi sin quererlo. Su *Pepita Jiménez* nació así, como nació mujer, cual nacen al mundo las criaturas de uno y otro sexo, independientemente del previo conocimiento de sus procreadores. Fué a la influencia femenina y al amor a su tierra andaluza a lo que debemos esas risueñas siluetas de mujeres, inspiradoras de sus más célebres novelas. Pero el Valera erudito, literato, estilista, gran escritor de la más pura cepa castellana, supera al novelista que, exceptuando su obra maestra, carece de verdadera fuerza creadora para competir con los astros mayores de su generación: un Galdós, una Pardo Bazán, un Palacio Valdés, por ejemplo. Llegado más tarde que ellos al campo de la novela bajo la influencia de Zola, se nos aparece Blasco Ibáñez como el caso típico del novelista nato, nutrido de savia popular, capaz de llegar a la cumbre del género sin preocupaciones de léxico ni remedos clásicos. La pluma de Blasco Ibáñez no es ciertamente cincel, sino pincel, cuya espléndida paleta de colores, como la de Sorolla, embellece lo vulgar. Frente a la inspiración constante y renovadora de este vigoroso novelista, resulta pueril el oponerle otros nuevos credos estéticos, otras modas literarias o las modernas complejidades psicológicas y verbales hoy en

boga. Pasan las escuelas y los figurines literarios, pero queda la obra que refleja el temperamento artístico del escritor de raza. Y a esa genuina estirpe debe Blasco Ibáñez el poseer las cualidades dramáticas y descriptivas de gran novelista que ha ensanchado el horizonte de España hasta lucir los colores nacionales por los más remotos países del mundo.

Me temo, pues, que en este balance crítico entre los novelistas de prosa intensa pero desaliñada y los que tienen por cualidad primordial la pulcritud de la forma, la superioridad de las facultades creadoras pese a favor de los primeros.

Podrá pensarse, por ejemplo, lo que se quiera del realismo crudo, del estilo "hablado" o del negro pesimismo de Pío Baroja en su ya larga serie de novelas. Lo que no puede negarse son sus dotes de novelista nato: su inventiva, su originalidad y el don de renovar su visión del mundo. Esto ha de reconocerse aun cuando no se profese una predilección marcada por un escritor tan estridente y tan amargado como Baroja.

Es más, si hubiéramos de dar un consejo a los principiantes que ahora meditan lanzarse al campo de la novela, antes les aconsejaríamos la tendencia de Pío Baroja—con haber caído en el extremo opuesto—a la de los prosistas arcaicos, amanerados artífices o imitadores de lo clásico, hoy tan ensalzados entre nosotros. Será posible

que entre los cultivadores del vocablo raro Gabriel Miró despierte fervores de cenáculo. No dudamos que haya escrito muy bellas páginas en su lenguaje pulido y que se halle en su prosa pinceladas de sutil delicadeza. Pero su contribución a la novela, en sí, es escasa y la ornamentación retórica no logra engañarnos respecto a la ausencia de fondo psicológico. También hemos de oponer reparos al estilo tan castizo, tan clásico y tan "siglo de Oro" de Ricardo León, maestro prosista de la novela. Precisamente su vasto público le aplaude no por sus facultades creadoras, sino por lo que su estilo tiene de *pastiche* literario, es decir, de reproducción imitadora de lo antiguo. Y por esta vez se equivoca ese público aferrado a lo viejo y lo caduco, para quien la España moderna es una maldición. No es imitando a los clásicos el modo de renovar ni siquiera perpetuar una literatura. La gramática no hace al estilo; lo que le da su sello inconfundible es el temperamento del autor, su sensibilidad propia, su visión de las cosas. Por eso perdonamos a Valle-Inclán, el que en su *Tirano Banderas* y otras obras recientes abuse del vocablo raro, que, por fortuna, no logra entibiar la lírica inspiración del autor de las *Sonatas*, ni su humorismo caricaturesco. Valle-Inclán es un verdadero artista que ha sabido filtrar influencias extranjeras (Casanova, Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio), al través de su cerebro, sin abdi-

car su nacionalidad. Por último, citaremos otro autor, ya consagrado, cuya innegable ciencia idiomática daña, a mi juicio, considerablemente a la divulgación y popularidad de sus novelas. Me refiero a un literato de tanto prestigio en la España actual como Pérez de Ayala. Su talento y cultura enciclopédica han dejado huella en el verso, en el ensayo, en la crítica y en el género novelesco. No obstante, Ayala es un autor difícil para la mayoría de los lectores y seguirá siéndolo mientras no arroje como lastre su excesivo bagaje clásico mezclado con un habla castiza ya en desuso. El leer sus novelas supone un conocimiento muy poco usual del castellano. Su caso recuerda algo el del gran Meredith en Inglaterra. El intelectualismo refinado de Meredith, su estilo obscurecido por alusiones, metáforas y paradojas, su humorismo peculiar, disfrazando siempre toda naturalidad bajo la ornamentación cargada de una prosa florida, ha impedido que el genio de Meredith fuera apreciado por la masa como Dickens, Thackeray, Kipling o Wells. Y sin exagerar el parecido entre el genial autor de los *Comediantes Trágicos* y el del novelista español, creo que la literatura de Pérez de Ayala, por su hondo cerebralismo, es más apreciada en Academias, cenáculos y concursos literarios que por los verdaderos lectores de novelas. Hay casos en que el excesivo alarde de riqueza ver-

bal en un libro parece ahogar la espontánea inspiración, como la demasiada leña sofoca el brote de la llama luminosa.

Y nada más, pues no quiero hacer este ensayo interminable con numerosos ejemplos sacados de otras literaturas. Si “para muestra basta un botón”, he dado sobrados ejemplos de la adulteración de la novela por los estilistas. Así, cuando nos hablan de un autor novel, no nos interesa el saber si desentierra palabras olvidadas en el Diccionario. Lo que anhelamos hallar en el nuevo novelista son otras condiciones. ¿Tiene imaginación? ¿Observa bien la vida? ¿Sabe describir y al propio tiempo dialogar? ¿Es capaz de crear personajes vivos? Porque estas y no otras han sido las cualidades esenciales del gran novelista en todo tiempo, desde Balzac a Marcel Proust, desde Tourgueneff y Tolstoi hasta Dostoyewsky. Lo demás... literatura: bello impresionismo de imágenes mal hilvanadas, como Giraudoux, cuyas heroínas son leves sombras. Estilo explosivo de Morand, como el de un motociclista que trae en su *carnet* cosmopolita siluetas y apuntes de esta humanidad de la postguerra, vertiginosa, mecánica, exótica y sin alma. Bueno, está bien. Pero abomine-mos de los imitadores. Nada envejece tanto ni pasa tan rápidamente como los fuegos artificia-

les del estilo brillante. Lo que da vida e intensidad a una novela verdadera es el estilo tenue, ligero, impalpable, que nunca se interpone, como un tapiz bordado, entre el lector y la visión del mundo evocada por el novelista.

EL ESCRITOR Y EL PUBLICO (1)

I

Hace unos días, en una tertulia de literatos, se hablaba una vez más de un tema que no pierde entre nosotros su lamentable actualidad: la desproporción que existe en España entre la fama de un autor célebre y el escaso número de lectores que componen su público. Se aludía, naturalmente, a nuestros novelistas, cultivadores de un género que se supone popular y no de los autores de teatro favorecidos por el éxito o de esos especialistas de las letras—crítica, ensayismo, erudición—, que sólo pueden ser apreciados en un limitado círculo. Alguien, al tanto de intimidades editoriales, decía: “Ya ven ustedes, al mismo Galdós, a pesar de su inmensa popularidad, le sucedió muchas veces el tardar años

(1) Este ensayo fué publicado, en tres artículos sucesivos, en el *A B C*, de Madrid. El autor lo añade a los anteriores por juzgarlo de invariable veracidad.

para vender la edición entera de una novela suya que había sido unánimemente elogiada. Y eso que en la calle todo el mundo le conocía, y hasta le seguían los chiquillos.” No puede negarse que si el caso de Galdós es bien poco halagüeño para nuestro amor propio nacional, es, en cambio, harto característico del abismo que aún existe entre el autor, digno de ese nombre y el público español. Ya desde el siglo pasado preguntaba Larra, con honda amargura: “¿Quién es el público, y dónde se le encuentra?” Y, en tiempos más recientes, D. Juan Valera, en el apogeo de su celebridad, confesaba que la venta de *Pepita Jiménez* no le había producido lo bastante para comprarle un vestido a su esposa.

Diríase que al través de los siglos, el sino del gran escritor, en España, desde Cervantes hasta nuestros días, es el desvío del público, resistiéndose a premiar pecuniariamente su trabajo intelectual. Es raro el caso de un novelista español que pueda vivir a base de su producción literaria sin el auxilio de diversas colaboraciones en la Prensa de España y, sobre todo, de América, retribuída con mayor esplendidez. No hablamos aquí de esos escritores eróticos, cuyos engendros novelescos suelen lucir en sus portadas títulos tan característicos como *El que las volvía locas... Fifi, la ingenua-perversa*, o bien *La que murió de amar demasiado*. El éxito

innegable de tales producciones que cuentan, por desgracia, con un vasto público y la especial predilección que por ella sienten los libreros, es tan ajeno a la literatura digna de ese nombre, como el comercio de postales obscenas. Sin embargo, forzoso es confesar que esta clase de libros, es decir, los libros malos, en el sentido literario, se venden mucho y, en cambio, los libros buenos, aunque sean elogiados en la Prensa, hallan enorme dificultad para liquidar toda una edición. Tan triste balance del criterio estético en las masas habrá tenido sus excepciones a favor de obras dignas de aplauso que han logrado una crecida venta (dentro de los modestos límites del mercado editorial español), pero hablamos en un sentido general. Hoy por hoy, el autor refractario a rebajarse y a hacer indignas concesiones al mal gusto del vulgo, corre el riesgo de tener que escribir quince o veinte novelas para una reducida selección de amigos, literatos y lectores, antes de que el público sienta la más leve curiosidad por conocer su obra. De esta aversión al libro, tan característica de nuestra raza, tiene en gran parte la culpa la incultura del pueblo y la falta de horizonte espiritual en las clases adineradas. Pero también la responsabilidad alcanza por igual a los editores, a los libreros, a la crítica periodística y a los mismos escritores que por su falta de espíritu corporativo y de sentido práctico prefieren vivir desunidos como pe-

rros y gatos o bien aislados en su torre de marfil, ignorando al compañero, antes que asociarse y auxiliarse mutuamente contra el enemigo común: la indiferencia nacional. Anotemos, pues, algunas de las observaciones que nos inspira el problema del libro en España. Empecemos por el acto audaz, extraño, insensato, que significa, en nuestra sociedad, el publicar un libro. En España hallar un editor que imprima y costee la edición de una obra es hallar un mirlo blanco. Semejante privilegio suele sólo recaer en los escritores sicalípticos. Los demás, novelistas o poetas, ya pueden colgarse de un árbol o resignarse a vivir inéditos. Por eso la mayor parte de nuestros autores, aun los más célebres, se han visto y aun se ven obligados a costearse ellos mismos la edición de una obra, confiando su administración (¡ que ya es confiar!) a una agencia editorial o repartiendo ejemplares por las librerías mediante un descuento fabuloso. Semejantes condiciones previas ponen al escritor español, aun cuando esté consagrado, en un plano de vergonzosa inferioridad respecto al escritor extranjero, a quien estimulan las casas editoriales, los frecuentes concursos y los premios en metálico. Aquí, el infortunado autor arriesga todo; el librero, nada. Si el autor fracasa, no cubre los gastos de la edición y el librero, sin haber perdido un céntimo de su bolsillo, le devuelve todos los ejemplares que no ha podido colocar. Pero

si el autor vende bien su obra, entonces gana también el librero, sin más esfuerzo que el exponer el volumen en el escaparate, aguardando a los compradores como aguarda el pescador de caña a que el pez muerda el anzuelo. Mas no precipitemos los acontecimientos; vamos por partes. Apenas sale su libro de la imprenta y lo reparte por las principales librerías, el autor aparta igualmente un cierto número de ejemplares destinados a los amigos, a los compañeros, y a los críticos y directores de periódicos. En la categoría de "amigos" creen entrar por derecho propio todas aquellas personas que apenas conocen al autor. Es frecuente que se le acerquen a éste muchos aficionados al libro gratis, reconviniéndole cariñosamente: "Estoy muy picado con usted; no me ha enviado usted su nueva obra." Para estas almas ingenuas el libro es o debe ser un objeto de puro lujo, que se regala profusamente en el mundo de nuestras relaciones como las cajas de dulces, después de una boda, en recuerdo de los recién casados. Huelga decir que las personas incapaces de comprar un libro o de abrirlo, si no se les envía de regalo, son aquellas cuya opinión suele ser nula en materia literaria. Desgraciadamente, forman aún crecido número y perjudican los intereses del autor, ayudándoles en su tarea todos esos lectores económicos que piden el libro prestado y logran formarse una biblioteca con la propie-

dad ajena. Por lo visto el duro que se gasta, sin vacilar, en el té del *dancing*, en el bar o en cualquiera otra bagatela, resulta excesivo cuando se trata de adquirir un libro. Así, pues, al autor sólo le queda la esperanza de llegar al público anónimo gracias al anuncio, al suelto periodístico y a la benevolencia de la crítica. Pero esta segunda parte del calvario literario la dejaremos para más adelante.

II

Habíamos dejado al autor dedicando ejemplares de su nueva obra entre sus íntimos amigos y sus compañeros en el mundo de las letras. ¿Cómo hacer para que el público se entere de la aparición del libro? Ya se han repartido varios ejemplares por las principales librerías, que sólo a su vez enviarán algunos a provincias si dicha obra se vende mucho en Madrid o se pide desde otras ciudades. Pero el autor ha de esperar unos días, pacientemente, antes de que su libro sea expuesto en los escaparates. ¿Por qué? No se sabe. Es un misterio cuya clave aun nadie ha descifrado. Sin embargo, es un hecho corriente que entre el reparto de ejemplares a los distintos librereros y la exposición de aquéllos a la pública curiosidad media un lapso de tiempo inexplicable, a menos que tenga por objeto el atraerse una general expectación, como hace el prestidigitador antes de sacar diez varas de cinta o un conejo vivo de su sombrero. Mientras tanto, el autor, si no ha vendido su obra a una

casa editorial, ha de ocuparse él mismo de anunciarla en la Prensa y de enviarla a los críticos y a los directores de periódicos, faena ingrata, al par que inútil en la mayoría de los casos. La costumbre lo exige así, y es el único modo, según parece, de que varios miles de españoles se enteren de que Fulano ha publicado un libro, aun cuando no piensen leerlo. Vamos primero a aclarar la cuestión del anuncio de libros en los grandes periódicos españoles. Hace unos años esto era totalmente desconocido en España. Bien es cierto que tampoco teníamos gramófonos, radio-telefonía, taxímetros y otras novedades. Se suponía que los anuncios, a tanto la línea en los diarios, sólo tenían justificación plena tratándose de almacenes, liquidaciones, remedios contra las enfermedades más o menos secretas, pisos sin alquilar y criadas sin colocación. Pero al autor que hubiese declarado entonces su intención de hacer anunciar en la Prensa su recién publicado libro, se le habría creído demente, como si declarara su propósito de desnudarse en medio de la vía pública. ¡Qué reclamo más impropio en un hombre de letras! ¡Qué profanación de la obra de arte, que nunca debe de solicitar el sufragio del vulgo!... Sin embargo, el tiempo y el ejemplo de la publicidad extranjera han ido venciendo poco a poco este espíritu rutinario e incomprensivo. Hoy día se anuncian los libros en España, aun cuando se intente con una

timidez y una economía reveladoras, ambas, de que todavía estamos en los primeros balbuceos de tan necesaria propaganda editorial. Algo es algo, desde luego, pero aún resulta bien poco. Personalmente—ya lo dije al comentar en otra ocasión “el reclamo y el arte”—, no creo gran cosa en la eficacia del anuncio periodístico del libro, a tanto la línea y en un tipo de letra que, por lo diminuto, requiere muchas veces el auxilio de una lente, si se pretende leer su contenido. Y al decir que no creo en su eficacia, está muy lejos de mi ánimo el pretender que se vuelva a lo antiguo, o sea al silencio y a la no publicidad de libros, sino, al contrario, que se intensifique, se multiplique y, sobre todo, se agrande el tamaño para atraerse la distraída mirada del lector. Es difícil suponer que éste—salvo si es aficionado a la lectura—vaya a fijarse en la reducida sección bibliográfica de un periódico cualquiera, cuando hay gentes que suelen decirnos: “Hace tiempo que no escribe usted nada”, al día siguiente de haberse publicado un artículo nuestro, de columna y media, en primera plana. Semejantes distracciones resultarán, pues, más frecuentes en aquellas personas que luego se excusan de haber leído “sólo por encima” su periódico, en tratándose de un pequeño anuncio editorial. Será preciso, por lo tanto, que algún editor rico, audaz y emprendedor, se decida a lanzar nuevos autores a grandes planas perio-

dísticas, ampliando este privilegio reservado a las máquinas de escribir, las mejores lámparas y los nuevos modelos de automóviles. ¿Por qué no? El mercado editorial indica en su mismo nombre que se trata de compra y venta y no debe tener esas púdicas reservas que sólo pueden justificarse tratándose de colecciones particulares. Hay, es verdad, el reclamo gratis que otorgan generosamente los diarios gráficos y los semanarios ilustrados, publicando el retrato del autor: “Don Nicanor Pérez Gemido, inspirado poeta, de Villatorrosa, cuyo libro de versos, *Gotas de rocío*, ha merecido unánimes elogios.” Huelga decir que el señor Pérez Gemido ha enviado un retrato suyo de hace veinte años, lo menos, imitando en esto a las cupletistas y a los políticos cuyas efigies, en fotografía, suelen poseer la magia de una eterna juventud. Lo cual siembra el desencanto o el pánico entre los lectores que casi siempre se forjan una falsa imagen del escritor: “¿Este es Fulano? ¡Qué tipo más vulgar! Yo creía que era una especie de bohemio soñador, y parece un tendero gordinflón.” O bien: “No sé por qué me figuraba a Perengano con barba y una cara jovial, graciosa, en armonía con su humorismo... Pero al verle se diría que es un clérigo calvo y con gafas. ¡Qué absurdo!” Esta aparente contradicción entre el físico de un autor y su obra proviene casi siempre de la candidez algo infantil del público, cuyos juicios suelen inspirarse en

las manifestaciones exteriores o en un trato superficial. No solemos ser, en cambio, tan ingenuos en la vida corriente como para exigirle al actor que representa concienzudamente su papel de rey todas las noches el que conserve fuera de escena una actitud majestuosa. Y nadie puede, en verdad, sorprenderse de que la mujer infiel en el drama sea en su casa una excelente madre de familia o de que el criminal de película sea un ciudadano de pacíficos instintos. Mas dejando a un lado estas comparaciones, forzoso es volver a nuestro tema del escritor y del público. Ya, al escritor, o mejor dicho, al autor de una nueva obra, le hemos dejado después de repartir ejemplares por las librerías, de haber dedicado otros a sus íntimos y a sus compañeros, y de haber conseguido, acaso, que su librero anuncie el libro dos o tres veces en algún diario importante. Aun queda el envío de ejemplares a los críticos y a los directores de periódicos que emprende el autor con la esperanza de que algún día, siquiera sea el del Juicio Final, dediquen a su obra un comentario. Esto requiere capítulo aparte.

III

Ya en algún libro mío he tratado de la crítica y los autores (1) con bastante amplitud, pero veo que el tema no pierde en España su actualidad, y hemos, pues, de insisir sobre ello. Alguna vez he preguntado, desde estas mismas columnas, si en nuestro mundo de las letras existe una crítica literaria, digna de ese nombre, capaz de influir en la opinión y de educar al público. Y la respuesta venía a ser forzosamente negativa, lo cual no excluye los casos aislados, es decir, que existan hoy en la Prensa española escritores de sólida cultura y fina sensibilidad, capaces de ejercer la función crítica con innegable prestigio. No sólo existen, sino que en cierto modo el autor de un libro cifra en ellos sus esperanzas, al enviarles su obra, pues ellos son quienes han de formarle un ambiente favorable o adverso antes de que el público dicte el fallo definitivo. Hay en esto cier-

(1) V. en *Conferencias y Ensayos*: "La Crítica y los Autores".

to paralelismo con la crítica dramática, que al día siguiente del estreno expone su juicio crítico sobre la comedia, a fin de orientar a los lectores del periódico acerca de su valor artístico y de comunicarles si dicha comedia fué un éxito o un fracaso. Mas el parecido no pasa de ahí, quedando el autor de libros en lamentable estado de inferioridad respecto al dramaturgo. Porque de la comedia, buena o mala, habla toda la Prensa y ello hace que no pueda pasar inadvertida a los ojos del vulgo, como le sucede al libro en la inmensa mayoría de los casos. Cada periódico tiene su crítico de teatros, su crítico de arte, su revistero de toros (¡cómo no!) y su informador y juez de deportes que hoy día en muchos diarios requieren una plana entera, para sus trascendentales divulgaciones. En cambio, cada periódico no tiene su crítico literario e incluso allí donde existe, este ramo de la actividad intelectual se juzga de importancia secundaria, como se ha juzgado siempre en nuestra política parlamentaria la cartera de Instrucción pública. Además, el autor de un libro nuevo no está nada seguro de que el crítico periodista se digne prestarle su atención, y caso de estarlo, por anticipada referencia, ha de aguardar pacientemente, día tras día, el juicio de su censor, a semejanza de esos estudiantes que vuelven una y otra vez a las aulas universitarias con la esperanza de ser, al fin, examina-

dos. Y aquí es donde sinceramente envidiamos la privilegiada situación del autor extranjero. En Francia, en Inglaterra, en cualquier otro gran país europeo, la crítica de una obra literaria se hace automáticamente en la Prensa diaria y en las revistas, sin que el autor haya de solicitarlo como un favor o una limosna. Este sólo dedica su obra a determinadas personas, bien por amistad, bien por admiración hacia algunos escritores. Son los editores los que se encargan, no sólo de los anuncios y de la propaganda, sino de repartir ejemplares por las redacciones que, a su vez, dan cuenta de la obra nueva en las columnas de sus órganos periodísticos lo mismo se trate de un escritor novel que de un maestro consagrado. Todos tienen igual derecho a la publicidad, y aun cuando el crítico pueda mostrarse severo, nunca se premia el esfuerzo intelectual con el silencio. ¿Llegaremos a ver implantada en España esta admirable mecánica editorial que parece funcionar por sí sola, sin el auxilio de influencias personales? En nuestro mundillo literario algo ha mejorado la situación del escritor en la Prensa, pero vamos avanzando a paso de carreta, mientras fuera de aquí los escritores van en automóvil por la ancha avenida del progreso. Hace unos años el libro no tenía cabida en el periódico español ni era siquiera mencionado, como no tuviese la rara suerte de llamarle la atención a una Par-

do Bazán, a un Ortega Munilla, a un Mariano de Cavia, pontífices de aquel periodismo. Algunos merecían el privilegio del espaldarazo protector de Juan Valera, que éste otorgaba con su eterna sonrisa de escéptico y los más caían bajo las implacables garras de *Clarín*, que los desollaba a la vista de un público regocijado. Pero sin relaciones en la Prensa era difícil, por no decir imposible, que un diario importante se ocupara de la publicación de un libro. Sólo el compañerismo o la amistad hacía excepciones, publicando “un suelto” periodístico; ese suelto periodístico que en aquella época parecía una pica en Flandes, un don llovido del cielo. Dicho suelto indicaba a las claras que el libro no se había leído, a pesar de los elogios fervorosos. Pero se fabricó un molde de imitación crítica que ha persistido y persiste en nuestra Prensa para que el redactor atareado pueda hablar de un libro sin leerlo: “Fulano de Tal, el notable escritor, acaba de publicar una nueva obra... Tratándose de Fulano, nos parece superfluo todo elogio; basta decir que es de Fulano... La novela se lee de un tirón y sin fatiga, a pesar de sus trescientas y pico de páginas... La obra, escrita en un estilo correcto y depurado, cautiva al lector desde el primer instante y revela una vez más las innegables dotes de observador y de literato que posee el Sr. Fulano.”

¿Puede aspirarse a mejor suerte? ¿Ha va-

riado mucho, desde ayer, el molde periodístico? Creemos que no. El juicio superficial aun está a la orden del día. Incluso en los círculos literarios se habla de un escritor por referencia y no por conocimiento directo de su obra. Se le juzga según la opinión de este o de aquel literato prestigioso. Se le clasifica teniendo en cuenta sólo sus ideas políticas, su esfera social, la simpatía o antipatía que inspira su persona; rara vez por los méritos o los defectos de su producción. Nuestros diarios, divididos absurdamente en dos grupos: *derechas* e *izquierdas*, no conciben que un escritor pueda ser independiente y prescindir de estas etiquetas harto limitadas que siempre atraen el anatema de los de la acera de enfrente. Aunque el periodismo ha abierto de par en par sus puertas a los colaboradores literarios, la crítica, en sí, ocupa un lugar secundario. El autor ha de enviar su obra, dedicada, a los directores de periódicos y a los escritores influyentes, ignorando casi siempre si la hostilidad o la indiferencia no harán el vacío en torno suyo. ¿Y el público? Oh, el público, en general, desconoce a sus mejores escritores y sólo sabe de ellos, vagamente, por lo que lee en los periódicos. El público, en general, prefiere los folletones policíacos y las novelas eróticas que le fabrican los malos imitadores de Felipe Trigo. Además, desde que puede leerse literatura por diez céntimos en nuestros grandes diarios y

desde que la novela corta, semanal, se vende a treinta o a cincuenta, la crisis del libro se ha agudizado de un modo alarmante. Entonces, pensará el lector, ¿qué estímulo impulsa en España al literato a publicar un libro? Estímulo inmediato, práctico, ninguno. Pero el que crea una obra halla su máxima recompensa en su propia creación. Siembra para el porvenir, aun cuando no haya de ver sus propias cosechas. Anhela, quizá, prolongar espiritualmente su efímera vida corpórea y llegar hasta esa Tierra prometida que llamamos la inmortalidad. En todo caso, le anima la legítima satisfacción de haber contribuído con su esfuerzo intelectual a ensanchar el horizonte del porvenir. Y eso, en sí, no es poco. Al fin y al cabo, si el periodismo es lo que da su fisonomía a una época, el arte literario es el que la perpetúa con sus obras. Pasan los hombres y desaparecen los Imperios. Y, de generación en generación, sólo unos cuantos libros y unas cuantas obras artísticas se salvan de caer en el abismo sin fondo del olvido.

LA DECADENCIA DE EUROPA

CONFERENCIA DADA EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES
EL MARTES 31 DE MAYO DE 1927

CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN

La catástrofe de 1914, es decir, la guerra mundial, a la que acudieron con sus armas las más diversas razas de la Tierra para auxiliar a los pueblos europeos en su lucha fratricida, ha marcado un punto culminante en la Historia universal. Y ese punto, a que haremos referencia, parece iniciar un eclipse en la marcha hasta entonces ascendente del progreso de Europa ante el resto del mundo. No sabemos si el viejo continente, desgastado y empobrecido por las consecuencias fatales de la hecatombe, podrá recobrar su cordura y reconstituir sus fuerzas agotadas. Pero los síntomas son negativos, y en el horizonte europeo, por cierto nada tranquilizador, surgen dos negros espectros amenazando destruir lo que aun queda en pie de nuestra vieja civilización: la guerra y la revolución.

Así, pues, se hace preciso contemplar de frente la realidad y prever la acaso inevitable de-

cadencia de Europa a quien un destino inexorable sometería, como las naciones, a la misma ley fatal que a los individuos: nacimiento, crecimiento, madurez, vejez y muerte. ¿Había alcanzando Europa su máximo apogeo? He aquí la clave de la cuestión.

La idea de la decadencia de Europa no es de ahora, y antes de la gran guerra iniciábase ya, en el orden social y político, sobre todo en este último. La fácil victoria de Norteamérica sobre España, despojando a ésta de los restos de su Imperio de ultramar y la derrota de la hasta entonces temida Rusia de los zares por el Imperio del Sol Naciente (¡nombre simbólico!) revelaban síntomas alarmantes para el porvenir europeo. Mas las grandes potencias sonreían desdeñosamente, juzgándose ellas mismas florecientes e invulnerables. Vivían confiadas al borde del abismo sin sentir aproximarse la catástrofe que había de arruinar a Europa, hoy disminuída en su prestigio entre una América triunfante y un Oriente amenazador.

Lo que ha logrado la postguerra es reflejar ante los ojos de los europeos el espejo de las amargas realidades. En la liquidación de cuentas van pagando igualmente sus deudas abrumadoras vencedores y vencidos, demostrando que la guerra no ha sido un beneficio para nadie, salvo para los Estados Unidos. Ya lo había anunciado Norman Angell en su famoso libro

La Grande Ilusión, procurando refrenar en las naciones, sus insensatos apetitos de conquista y sus quimeras de enriquecimiento a costa de los vencidos. Fué la voz de un profeta perdida en el desierto. Al fin se ha comprobado la veracidad de la profecía. Cuando el armisticio, las democracias de Occidente afirmaban confiadas: "Alemania pagará." Ya anteriormente nos habían asegurado los prohombres de la política y de la hacienda que una guerra moderna no podía durar mucho, lo cual demuestra que los profetas, desde los tiempos bíblicos a esta parte, andan un tanto despistados.

Tampoco pagó Alemania, cuyo Estado presidigitador supo convertir ante el mundo atónito su depreciada moneda en marco oro. La que ha pagado ha sido Europa en su riqueza total y en su desvanecida preponderancia sobre los otros continentes.

Pudiéramos aún enorgullecernos de nuestra superioridad, si no política, al menos étnica, moral e intelectual, reduciéndonos a ser el faro espiritual de la Humanidad. Mas forzoso es reconocer que hasta la ideología europea está en crisis desde la gran guerra y nuestra civilización padece ahora rudos golpes por parte de esas razas que juzgábamos inferiores. Al hombre blanco se le ha imitado en su sistema educativo, sus ideas progresivas, su indumentaria, sus armamentos, desde la Turquía europea, pasando

por el norte y sur de Africa, hasta el Extremo Oriente.

Hoy, todos estos pueblos que ahora se sienten “civilizados y con ansias de independencia”, odian colectivamente al europeo cuando no lo desprecian. La civilización es un arma de dos filos que al educar al salvaje, haciéndole caer la venda de los ojos, le iguala a su maestro. Ya al ser llamadas a los campos de batalla de Europa las razas de color no ocultaron su asombro y su alegría, viendo a sus antiguos amos destruyéndose los unos y los otros en una guerra suicida. —Se aproxima nuestra liberación—pensaron con har- to fundamento—; venceremos a Europa cuando logremos unirnos.

Y desde la gran guerra, colonias y protectorados se agitan, cada vez más hostiles, contra lo que llaman el “imperialismo” europeo, cuyos beneficios no pueden negarse en el resto del mundo, como no es posible negar la influencia bienhechora de la Roma antigua hasta que la barbarie de otras razas, en un ímpetu arrollador, apagó su antorcha civilizadora.

¿Se repetirá la Historia? Actualmente la barbarie eslavoasiática amenaza desde Moscú a todo el Occidente civilizado, como la gripe invadió los países al finalizar la guerra. A la gripe, aunque era internacional y de origen desconocido, se la llamó *española*, en castigo a nuestra neutralidad. La gripe moscovita se llama “co-

munismo" y amenaza a la civilización europea y a la cristiandad, en general. Por de pronto, sin detenernos ahora en otros aspectos de este problema, observemos que el comunismo, al derribar el Imperio de los zares, destruyó de un golpe la obra de Pedro *el Grande*, separando a Rusia del resto de Europa y agregándola al Oriente asiático. He aquí también a Europa disminuída, no sólo política, sino geográficamente por la revolución rusa.

Mas añádase a esto que después de haberse extendido por el mundo, nuestra cultura europea se ve contrarrestada por nuevas corrientes del pensamiento alzándose contra ella. Unas veces proceden de los pueblos islámicos, otras del eslavismo y otras de China o el Japón. Los mismos pensadores europeos han estudiado el fenómeno iniciando la revisión crítica de los valores intelectuales, sociales, políticos y artísticos del viejo continente. No es necesario, creo yo, recordar la enorme resonancia del libro de Spengler *La Decadencia del Occidente*, ni la reciente obra de Henri Massis *Defense de l'Occident*, tan digna de interés y de meditación. Más de una vez he aludido en artículos a otro libro de máxima importancia para percatarse del panorama político del mundo actual, *El Ocaso de las Razas blancas*, del escritor suizo Maurice Muret. Son todas, dichas obras, variaciones sobre el mismo tema. Pero no he de apoyarme únicamente sobre

estos autores afamados. Creo preferible hacer unas cuantas reflexiones personales en torno a este grave problema cuya crisis precipitó la gran guerra, el Tratado de Versalles y la intromisión autoritaria del presidente Wilson en los asuntos de Europa.

EL TRATADO FUNESTO

No creo yo que los más ardientes aliadófilos de la gran guerra, entre los cuales me cuento, sean hoy capaces de defender este monstruoso engendro de Tratado que había de poner término, según se decía, a “la última de las guerras”, y que ha sembrado, en cambio, la semilla de otras guerras futuras.

El presidente Wilson fué el falso Mesías de la democracia, a quien las naciones aliadas, vencedoras, pero desangradas, aclamaron como al redentor de Europa. Pero el supuesto redentor de Europa no pasaba de ser un catedrático megalómano, dogmático, lleno de vagas utopías sociales, convencido de su misión divina. Sus nuevas Tablas de la Ley estaban inscritas en los famosos *Catorce puntos*. Su consejero íntimo era el enigmático coronel House, único hombre capaz de influir en el ánimo del presidente, ya enfermo mentalmente y ensoberbecido por el aplauso y la adulación. Mas entre bastidores—no se olvide—movía los hilos de la farsa pacifista la finanza judaico-internacional, es decir, el *trust* de banque-

ros judíos que hoy gobiernan el mundo. A ellos, principalmente, debemos la "balcanización" del centro de Europa, dividiendo en fragmentos al Imperio austrohúngaro, castigado por católico, retrógrado y reaccionario. Así se sació en parte el odio de los grandes financieros israelitas de Nueva York, hermanos de los de Franckfort que, por lo mismo, lograron mantener a toda costa, gracias a su poderosa influencia, la unidad del Imperio alemán, hoy accidentalmente disfrazado de República.

Si las cláusulas del Tratado no hubieran sido tan desastrosas para la paz futura, contribuirían al tesoro de humorismo capaz de consolar a la Humanidad en sus desaciertos. Por de pronto eso de hacer caso omiso de las fronteras y de borrar del mapa los Estados antiguos, fabricando otros nuevos de un plumazo, nos demuestra la inutilidad de haber estudiado Geografía. Puesto que los nombres de las capitales se cambian ahora como los de las calles o avenidas, no hará falta que la generación naciente cultive esa asignatura. Las noticias periodísticas la tendrán al corriente de sus últimas transformaciones.

En realidad, si se ha hablado tanto de los responsables de la guerra, no se ha censurado lo bastante a los responsables de la paz, de esa paz absurda y ficticia impuesta en Versalles, puesto que en ella se sacrificó a los adversarios

secundarios, Austria-Hungría, Bulgaria, Turquía, dejando, en cambio, libre a Alemania el rápido camino de su reconstitución, a pesar de ciertos abusivos repartos territoriales. La idea errónea de las democracias aliadas consistió en suponer que, derribados los Imperios centrales y eliminados los Hohenzollern, el militarismo prusiano dejaría de existir y que Alemania, convertida al régimen republicano, se haría pacifista, renunciando a sus sueños de expansión.

Sin embargo, en modo alguno reconocemos la infalibilidad de este moderno dogma que consiste en atribuir a las Democracias y a las Repúblicas el amor a la paz, achacando, en cambio, la sed de conquistas y de guerra a las Monarquías. La Historia desmiente tan absurda afirmación. Fué la República de Roma la que otorgó sus laureles victoriosos a César y a Pompeyo. Fué la Revolución francesa la que engendró a Napoleón, aclamándole en los albores de su triunfante marcha militar por Europa.

Forzoso es reconocer, pues, que ni el "militarismo" ni el "imperialismo" son patrimonio de los tronos. En el panorama político del mundo actual basta recordar la actitud francamente imperialista de la República de los Estados Unidos en Nicaragua. La República de Angora se ha afirmado gracias al militarismo de Mustafá Kemal, más peligroso para Europa que el débil Imperio islámico de los Sultanes. Y no digamos

nada del "Ejército rojo" de los Soviets, invadiendo otros países como lo hicieran antaño los ejércitos del Zar y preparándose a luchar contra la civilización occidental.

En cuanto a la mal llamada República alemana, que mantiene su nombre de "Imperio", tiene hoy mayores motivos para anhelar otra guerra que en 1914. Porque, despojada de sus colonias y reducida a estrechos límites geográficos, sus setenta millones de habitantes no hallan adecuada expansión territorial. Y es inútil creer en el freno de un cambio de régimen político, ni en el sedante de la Constitución de Weimar. Dejemos tales ilusiones a los cándidos pacifistas y a los oradores de Ginebra. Crea el que quiera en la sincera conversión del pueblo alemán al republicanismo. Pero ¡qué singular revolución ha sido ésta! ¡Ni un rey de sus muchos Estados, ni un príncipe, ni un general de la gran guerra ha muerto a mano de los revolucionarios! En cambio han sido eliminados sucesivamente los agitadores y prohombres de la extrema izquierda: un Liebnicht, una Rosa Luxemburg, un Kurt Eisner, un Erzberger, un Walter Rathenau. Extraña República en que el actual presidente es el antiguo generalísimo de los ejércitos imperiales y en que los ex soberanos viven tranquilamente en lo que fueron sus Estados, dejando a un lado sus coronas, como quien deja el sombrero en la antesala, aguardando su hora.

Por algo la República alemana sigue llamándose "imperial", y el águila no renuncia a extender su vuelo sobre vastos horizontes.

Sin embargo, nada de esto previeron los políticos occidentales al elaborar un Tratado de paz, sembrado de peligros. Ni comprendieron entonces que el verdadero vencedor era Norteamérica, de la cual la antes orgullosa Europa iba a pasar a ser una especie de protectorado.

El presidente Wilson, cuando hablaba, pretendía imponer sus utopías en nombre de los Estados Unidos, pero, en realidad, sólo se representaba a él mismo. El coronel House era su ninfa Egeria, como ya dijimos. Clemenceau, el viejo y tenaz luchador, a quien se debía en gran parte la victoria, adormecíase sobre sus laureles, mientras su lugarteniente monsieur Tardieu redactaba las cláusulas del Tratado. Y no olvidemos al influyente y turbulento demagogo Lloyd George, el cual, sea dicho de paso, ha hecho más daño al Imperio británico que los submarinos alemanes o las huelgas de mineros ingleses. Tales eran los astros mayores de esta nueva era del Derecho y de la Libertad, cuya brillante página primera dejaba inscrita, ante el mundo, el principio de la decadencia de Europa. Lo demás se debe a la improvisación, a la incompetencia, a la codicia y también a la nebulosa vaguedad de no pocos dogmas atribuídos al progreso.

Hubo, no obstante, que poner sordina, desde un principio, a ciertas inquietantes frases del profeta pacifista Wilson. Hubo que rectificar aquello de "la libertad de los mares" y de "cada nación tiene derecho a gobernarse a sí misma." Esperábase a renglón seguido, como es lógico, la independencia inmediata de las Filipinas, pero ya sabemos que en política las promesas tardan en cumplirse. Asimismo no faltaron restricciones de todo género que venían a modificar la letra. Se le dijo a Austria: "No consentiremos tus nupcias con Alemania. Aunque se te haya despojado de tu imperial patrimonio, vivirás pobre, pero solterona." Se le advirtió a Hungría: "No tendrás rey, aunque le quieras." A los nuevos Estados artificiales se los infló como balones de oxígeno. Y ¿qué decir de esa cómica partida de defunción otorgada, solemnemente a la "diplomacia secreta"? Los asuntos internacionales iban a ventilarse "a la luz pública" ante los pueblos. Ya lo hemos visto. Desde entonces se han multiplicado los pactos secretos y las alianzas defensivas. Pese al legado wilsoniano de la Sociedad de las Naciones, esa nueva Torre de Babel, en cada país se ha recrudecido el sentimiento nacionalista. Nunca germinaron tantas "fobias", incluso entre las razas aliadas ayer. Un chispazo en cualquier frontera puede otra vez convertir a Europa en un volcán...

PÉRDIDA DE LA HEGEMONÍA MUNDIAL

Mas la espantosa realidad de aquella paz endeble y del caos de la postguerra fué el haber pasado Europa a segundo lugar en la hegemonía mundial. Comenzaba desde entonces para el viejo continente europeo un vergonzoso e injusto vasallaje impuesto por la carga abrumadora de las deudas interaliadas. Europa reconocía ser deudora de los Estados Unidos. Así, pues, aunque Alemania pagara todas sus deudas y reconstruyese las regiones devastadas, las naciones vencedoras tendrían que exprimirse durante años y años, económicamente, a fin de rendir su tributo a Norteamérica, árbitra de sus destinos. Quedaban, por lo tanto, evaporadas las esperanzas de una rápida reconstitución de Europa, cuyas naciones grandes y pequeñas habían de amansar el oro, como los gnomos wagnerianos, depositándolo a los pies del Nibelungo opresor.

Cabe preguntarse ante semejante iniquidad si un frente común de las potencias europeas

en la resuelta negativa no hubiese borrado las llamadas "deudas de guerra". Parecía imposible semejante carga exigida, con rapacidad devoradora, por un gran país amigo y "asociado" a naciones como Bélgica y Francia, desangradas por la invasión. Y, sin embargo, no lo intentaron los estadistas europeos, al menos en forma pública y enérgica. Inclináronse, sumisos, ante el amo inflexible, dispuestos a extenuar a sus contribuyentes a beneficio de la gran República, como esclavos encadenados a su galera.

¿Todo ello, a cambio de qué beneficios o compensaciones? De ninguno. Al fin, el velo de la ilusión se rasgaba, dejando visibles a la luz los fines prácticos y los apetitos inconfesables. Tanto había repetido Norteamérica que entraba en la lucha por defenderse de los ataques submarinos y auxiliar a los ejércitos de la Democracia y del Derecho, que esto había pasado a ser en Europa el Evangelio popular. Sus entusiastas admiradores europeos afirmaban que sus miras eran elevadas, su desinterés, absoluto. Los Estados Unidos, afirmaban conmovidos, no tenían proyectos de conquistas, no aceptarían colonias ni repartos territoriales. Desde luego; bastábales la conquista económica de Europa y el acaparar las tres cuartas partes del oro del mundo en premio a su idealismo redentor. Hecho esto, le hicieron a Francia un humorístico

saludo de despedida, negándose a firmar ninguna alianza defensiva ni pacto de garantía. Y por si fuera poco, ante el asombro de nuestras potencias occidentales, también se negó la República norteamericana a ratificar los acuerdos del presidente Wilson, ni a formar parte de su consoladora Sociedad de las Naciones. El tío Sam, hombre de negocios más que Quijote, declaraba inhibirse en los asuntos europeos y conformarse con el pacífico papel de cobrador.

Desde ese momento, abandonada a su suerte, perdido el cetro de la supremacía mundial, Europa iba a verse envuelta en la red de sus conflictos económicos y sociales ante la mirada irónica del mundo. La baja de la moneda, la crisis de la industria, todas estas plagas, unidas a la pérdida de numerosos mercados internacionales, iban a redundar en beneficio de Norteamérica, cuya intensa producción alcanzaba una alza extraordinaria, con grave perjuicio del continente europeo. El mismo Imperio británico, a pesar de haberle arrebatado a Alemania sus colonias y hundido la flota alemana en Scapa Flow, como quien despierta de una pesadilla, veía alzarse al otro lado del Atlántico un nuevo y temible adversario. Este adversario, cuyo gigantesco crecimiento se advierte de día en día, son los Estados Unidos, hoy la nación más rica del mundo. Su poderosa marina de guerra constituye una seria amenaza para la supremacía naval de Inglaterra,

que ha preferido abandonar a su antiguo aliado el Japón a verse envuelta en un probable conflicto futuro en el Pacífico, de fatales consecuencias para su Imperio.

Esto, en el orden político internacional, demuestra bien claro el declive del prestigio europeo. Mas cualquier observador de la vida cosmopolita puede advertir los síntomas de lo que llamaríamos la *americanización* de Europa. Ya el viejo mundo no dicta la moda ni impone las costumbres. Hoy es Norteamérica la que asume tan alta jerarquía, convirtiendo a los europeos en imitadores suyos. Antes se limitaba a arrebatarnos, a fuerza de dinero, los mejores artistas, las obras de arte y las antigüedades. Ahora invade las playas y ciudades del viejo mundo y nos deslumbra con sus riquezas, sus boxeadores, sus estrellas de *cine*, sus bailes, sus *jazz-bands* y sus *cock-tails*. Los admiramos con la envidia de los nuevos pobres a los "nuevos ricos".

Pero ¿qué mayor prueba de esta colectiva decadencia social de nuestro continente, que también imita a los negros en sus danzas y a los chinos en sus juegos? Podrá atribuirse a los frívolos caprichos de la moda. Hay, sin embargo, modas que, a semejanza de las epidemias, atacan a casi todos los organismos, debilitan a las razas y hasta presagian la agonía de una civilización.

EL CAOS DE LA POSTGUERRA

Quien haya visto París en los peores días de la guerra podrá evocar aquella Babel de razas convertida en cuartel internacional. Era un síntoma alarmante del porvenir de Europa. Franceses, ingleses, rusos, norteamericanos, portugueses, australianos, indios y senegaleses uníanse pintorescamente en un esfuerzo común para salvar no sólo a Francia, sino al Occidente, amenazado.

Los alegres clarines del Armisticio y de la paz, lograron infundir en el ánimo de las muchedumbres la ilusión de que comenzaba una nueva era de pacifismo y de fraternidad universal. Los pueblos aliados y asociados serían hermanos en el porvenir. Las naciones desangradas recobrarían sus fuerzas y su riqueza económica.

No obstante, lo que realmente comenzaba era la era del empobrecimiento y de los sacrificios involuntarios. Las grandes catástrofes sólo hacen notar sus terribles efectos cuando ya han pasado, como el dolor de un golpe nunca se siente al recibirse, sino después. Asimismo el ardor bélico de los beligerantes y la esperanza de la vic-

toria, con sus posibles ventajas e indemnizaciones, no permitía entonces entrever el largo cortejo de amargas decepciones. En realidad, Europa ya no volvería a ser lo que era y ningún país recobraría su fisonomía de antaño. Cuando se piensa, entre otros aspectos de la vida, lo que fué económicamente la existencia, a lo que es hoy, se recuerda la nostalgia de Talleyrand al evocar el esplendor de la Francia del Antiguo Régimen antes de la Revolución.

Tampoco es ahora París lo que fué. La han vulgarizado la invasión extranjera, sobre todo anglosajona, el dinero americano y los bajos fondos cosmopolitas. El buen gusto francés, la elegancia espiritual francesa, casi desaparecen bajo esta ola arrolladora que convierte a Francia en una especie de protectorado internacional. Bien es cierto que aun París, a pesar de su transformación, parece favorecido por la suerte si se compara su existencia febril a la de otras capitales moribundas: Viena, gimiendo de pobreza y malestar; Constantinopla, agonizando en su abandono; Petrogrado o Leningrado, en ruinas desde que el bolchevismo instaló oficialmente su tiranía roja en la asiática Moscú.

El caos de la postguerra ha tenido varios aspectos igualmente trágicos para el equilibrio de Europa: el geográfico, el económico, el social.

Bajo el punto de vista geográfico, la mayor amputación que padecía el continente era, ya lo hemos dicho, Rusia, separada de los aliados y del Occidente desde los albores de su revolución e incorporada a la barbarie asiática. La República de los Soviets, en la que tantos ilusos creyeron ver la vanguardia del progreso, iba a convertirse pronto en la más temible adversaria de la civilización europea. Lo demás se debía a la tensión perpetua entre vencedores y vencidos. A la creación de una Polonia demasiado grande para sus escasos medios defensivos, entre el águila y el oso, que no renuncian a volver a repartírsela. Había otros Estados en esta nueva balcanización de Europa, como la Yugoslavia, la Checoeslovaquia del presidente Masaryk, y una Grecia, realizada en su importancia por la influencia de un político audaz, Venizelos, cuya existencia sólo podría perpetuarse gracias al apoyo y a la continua vigilancia de las grandes potencias protectoras. Ello equivalía a nuevos pactos más o menos secretos, a misiones militares de enseñanza, a armamentos clandestinos, a empréstitos y a alianzas.

Es decir que, apenas terminada la gran guerra, los Estados democráticos, tan amantes de la paz, están formando los eslabones de los conflictos futuros y militarizando otra vez a Europa, muy necesitada de concordia. He aquí el crimen que Charles Maurras imputa con razón a

las democracias parlamentarias: el no prever la guerra ni saber evitar las del porvenir. No son ciertamente el antimilitarismo, la lucha de clases ni los himnos a la Internacional obrera los mejores medios de proteger las fronteras de un país. Pero tampoco se puede progresar en el camino de la paz y de la reconstitución europea mientras subsistan los pactos y las alianzas que, en lugar de localizarse y reducirse al conflicto entre dos naciones extiende el incendio a Estados lejanos arrastrados a la lucha por la firma de sus estadistas. Sentiré que se vea en esto un alegato a favor de los humanitarios socialistas o revolucionarios, porque si bien ellos gritan ¡abajo la guerra!, excitan a las masas hacia otra guerra peor: la fratricida entre las clases sociales de un mismo país, desgarrando a su patria siempre en beneficio del extranjero.

Económica y socialmente, la Europa de la postguerra también padeció un cataclismo semejante a esos trastornos geológicos que de vez en cuando azotan al planeta. Se había aplaudido acaso prematuramente el derrumbamiento brusco de algunos Imperios, viniéndose abajo cual castillo de naipes, porque se les consideraba símbolos del pasado, odiosos diques opuestos al libre progreso de los pueblos. Pero las democracias europeas ofrecían escasos medios para refrenar las agitaciones perturbadoras, y sus gobernantes, sometidos a las oscilaciones del régimen parla-

mentario, no lograban imponerse a los acontecimientos. A fuerza de querer evitar las dictaduras unipersonales—adoptadas en las grandes crisis interiores hasta en la República de Roma—, se corría el riesgo de caer bajo la dictadura del proletariado, mar cenagoso hacia el cual suelen verse arrastrados el radicalismo, el socialismo y el laborismo obrero. Es decir, que Europa se hallaba enferma por rehuir del reconstituyente de la autoridad.

Ibamos a asistir al desmoronamiento casi total causado por la enorme carestía de la vida, la baja de la producción, los *cracs* financieros e industriales y los chispazos revolucionarios. Y no se olvide la indudable influencia judaica en la revolución comunista, nacida del evangelio de Karl Marx, cuyos principales jefes son en Rusia aventureros de raza israelita, que ni se atreven a llevar su nombre, como fueron judíos Bela Kuhn en Hungría y Kurt Eisner en Baviera, emisarios de la peste roja. Diríase que estos síntomas anuncian la venida del Anticristo. Lo cierto es que el diseminado pueblo de Israel—cuya psicología no ha cambiado desde que abandonó a Moisés en la montaña para adorar al becerro de oro—sueña con dominar al mundo y se infiltra en todos los Estados, preparando la ruina de la Cristiandad. ¡Si al menos Europa se hubiera alzado contra la invasora ola de pereza! Pero justo cuando era más amenazadora la crisis de la pro-

ducción, las clases obreras obtenían la reducción de las horas de trabajo y el progresivo aumento de salarios. La jornada de ocho horas, que tanto ha contribuído a la creciente carestía de la vida, pasaba a ser un dogma en todos los países. Otra vez surgían los conflictos entre patronos y obreros. Otra vez se agudizaban los odios de clases fomentados por los falsos pastores del proletariado, incitando a las masas obreras a rebelarse contra el trabajo como contra la tiranía del capitalismo. No es necesario que recordemos los efectos de tales rebeldías en las minas de Inglaterra, en las fábricas y talleres de Alemania, de Austria y de Italia, el paro forzoso en regiones enteras, las huelgas continuas. Acaso la más certera crítica que puede hacerse al régimen democrático del sufragio universal es que sus Gobiernos, de concesión en concesión al proletariado, no han sabido poner ningún freno a sus exigencias. La clase obrera, con sus Sindicatos, sus Federaciones y Confederaciones del Trabajo, ha anulado la autoridad de los Parlamentos, que le otorgaron el arma lícita de la huelga general, esa parálisis progresiva de los Estados modernos.

Y aquí no puedo menos de hacer un paréntesis para censurar esa nueva forma de "socialismo cristiano" y de "catolicismo agrario" que tiende a inmiscuir a la Religión en las evoluciones de la política. Porque aunque se haya dicho y repetido

que Jesús fué el primer socialista y revolucionario de la Humanidad, semejante desatino está en contradicción con el espíritu puro de su doctrina. Es cierto que Jesús dijo a los ricos: "Dad a los pobres." Pero nunca les dijo a los pobres: "Despojad a los ricos, tomadles lo que es vuestro." No se interesó en la cuestión social, ni fundó sindicatos en Galilea, ni predicó la mejor forma de Gobierno. El camino de la redención, para él, no hallaba trabas ni en la autoridad del César ni en la de Herodes. Su reino, ajeno a los bienes terrenales, ya lo dijo él mismo que no era de este mundo. Roma, desde entonces, ha podido tener su política, pero en los Evangelios no hallamos ninguna.

Socialismo, espartaquismo, comunismo: tales fueron las tres amenazas, ennegreciendo el horizonte europeo. No podían tardar en iniciarse los fenómenos de reacción contra las fuerzas disolventes. Alemania reaccionó, ahogando el espartaquismo revolucionario en Baviera y Sajonia, y eliminando más tarde el socialismo gubernamental, incapaz de restablecer su hacienda ruinosa. Hungría, libre de la dictadura roja del siniestro Bela Kuhn, revivía gracias a la regencia del almirante Horthy. Italia era entre las democracias de Occidente la que más había de padecer las desastrosas consecuencias de la postguerra.

Los que hoy increpan al fascismo parecen olvidar el estado caótico de Italia anterior a la marcha sobre Roma de Mussolini y de sus legiones. Un estado perpetuo de anarquía, huelgas continuas, comunicaciones interrumpidas, Gobiernos impotentes, una hacienda ruinososa, el descontento, el odio de clases. Sólo en Fiume resplandecía la antorcha luminosa del patriotismo gracias al admirable ejemplo del caudillo-poeta Gabriel d' Annunzio. Italia estaba a dos dedos de la revolución. Los parlamentarios, profesores e intelectuales que ahora, desde el extranjero, claman contra la "tiranía" de Mussolini debieran hacer examen de conciencia y decirnos qué hicieron entonces para remediar aquel estado de cosas y para arrancar la bandera roja ya alzada en varios ayuntamientos, talleres y fábricas. Bajo su desgobierno y su influencia Italia iba a alcanzar la trágica suerte de Rusia. Será muy posible que los medios violentos del fascismo, para consolidarse en el poder, ofendan a los teorizantes del liberalismo y de la democracia. Será igualmente cierto que se sientan ofendidos por el desprecio de Mussolini hacia algunos dogmas sagrados respecto de la libertad y de la igualdad, difícilmente realizables en el país más avanzado. Lo que no cabe negar es el resurgimiento asombroso de Italia en pocos años bajo el régimen fascista, el saneamiento de su hacienda, el optimismo patriótico de los italianos, la

importancia que su país ha vuelto a adquirir como gran potencia latina en el tinglado internacional.

¿Qué representaba Italia en su angustioso período de la postguerra? Poco menos que nada a pesar de las etiquetas avanzadas con que sus políticos y partidos iban entregándola a la anarquía. Sin duda alguna, las demás potencias europeas tenían fundados motivos para preferir este estado de cosas, en nombre del progreso. Pero el antiguo socialista obrero que ahora rige los destinos de su país puede ufanarse de haberle detenido en la rápida pendiente por la cual otras naciones siguen el curso de su visible descomposición.

EL OCASO DE UN IMPERIO

Unicamente el vasto Imperio británico resiste aún en su interior a las corrientes destructoras de la revolución y en su exterior se esfuerza en conservar, a costa de grandes sacrificios, los frutos de su inmensa expansión colonizadora. La Gran Bretaña lucha con todos los recursos de su astucia política para conservar su rango de primera potencia naval y colonial en el mundo. Pero ¿quién no percibe ya las grietas que amenazan la maravillosa estructura de su Imperio, hecho de un mosaico de razas, en diversos continentes, unidas a la metrópoli, hasta hoy, por la comunidad de intereses y el amparo de su marina?

La gran guerra demostró bien claro el prestigio moral de Inglaterra sobre sus antiguas colonias, que, lejos de aprovechar la ocasión inmediata para rebelarse y proclamar su independencia, acudieron voluntariamente a los campos de batalla de Europa a luchar bajo el pabellón británico. Hasta la misma Irlanda, renunciando

a la guerra civil frente al común enemigo, vino también a alistarse entre las divisiones inglesas, canadienses, indias, africanas y australianas. Si Inglaterra no hubiese ya dado tantas pruebas de su genio colonizador y de su hábil política mundial, esto sólo bastaría para justificar su imperialismo, nada tiránico, y su admirable obra civilizadora.

Sin embargo, el auxilio material de los Dominios tuvo que pagarse al terminar la guerra con una mayor generosidad. Irlanda volvía a reclamar su independencia. Los principios wilsonianos de que "cada nación tiene derecho a regirse a sí misma" ponía en grave peligro la estructura del Imperio si colonias y protectorados exigían su inmediata libertad. Si no fué así y pudo limitarse el conflicto al problema de Irlanda, a la agitación en la India y a la forzosa creación de un nuevo reino de Egipto, era fácil comprender que empezaba para Inglaterra el período de las inevitables concesiones. A los Dominios coloniales ya no podía tratárseles como a menores de edad sometidos a tutela. Desde ahora acudirían a las Conferencias imperiales en calidad de asociados cuya opinión se consulta. Ya no era el Gobierno inglés el que imponía su autoridad absoluta. Una honda transformación se operaba entre las relaciones de la metrópoli con sus antiguas colonias. El Imperio se convertía en una especie de federación de Estados autó-

nomos bajo la autoridad moral de la Corona inglesa, único lazo de unión entre ellos.

Cierto es que el reparto de las colonias alemanas en Africa, la extendida zona de influencia en Arabia y en Persia, así como el protectorado de Palestina, a pesar del obsequio de Jerusalén a los israelitas por el escéptico lord Balfour, parecían inequívocas muestras de engrandecimiento. No obstante, las nuevas adquisiciones distaban mucho de compensar a Inglaterra, obligada a limitar su autoridad y reducir sus privilegios en otros muchos territorios.

En realidad, comenzaba a hacerse más visible desde la guerra europea la decadencia del gran Imperio, que llegó a su máxima extensión durante el glorioso reinado de Victoria. Fué aquel largo período, sobre todo al final, el espléndido apogeo de la Gran Bretaña, gracias a hombres como Palmerston, Disraeli, Salisbury, cuya orientación renovó en política Joseph Chamberlain. Halló sus preclaros caudillos, virreyes y colonizadores en lord Roberts, en el general Kitchener, en lord Milner, en Cecil Rhodes. Agregó el inmenso Imperio de la India a la Corona de Inglaterra. Tuvo una franca orientación liberal e innovadora gracias al genio de Gladstone, que supo imponer reformas sociales y administrativas sin precipitar a su país en los brazos rudos de la demagogia. En fin, encarnó su poeta excelso en Rudyard Kipling. Y aunque hoy sea

moda el denigrar, en política y en literatura, esa "era imperialista", téngase en cuenta que sólo a tal expansión debe Inglaterra no sólo su fuerza, sino su existencia misma. La Gran Bretaña necesita de sus Dominios para vivir, y no puede renunciar a una marina poderosa que asegure sus comunicaciones y sus relaciones comerciales. Aislada del exterior, perecería de hambre, como estuvo en peligro de acontecerle cuando los submarinos alemanes. Pero hoy no son ya los submarinos, sino otros síntomas inquietantes los que amenazan el equilibrio del Imperio.

Ya la guerra del Transvaal había sido un costoso error atribuído al imperialismo conservador, que con ello abría las puertas del poder a los liberales y radicales. Bien es verdad que éstos iban a desencadenar nuevos conflictos sociales y a socavar las bases mismas de la grandeza de Inglaterra, excitando a las muchedumbres a la lucha de clases y a la guerra civil. Se recrudecía el problema del *Home Rule* de Irlanda, agudizado por el separatismo. Los liberales del tipo *whig* parecían anticuados a los ojos de los socialistas, radicales y laboristas que ahora invadían la Cámara. Iniciábase por boca del agitador Lloyd George la guerra a la propiedad, su reparto equitativo y la supresión o al menos la inutilización de la Cámara de los Lores, único freno contra el ímpetu destructor de la furia demagógica. En pocos años venía a perturbarse

toda la sabia evolución política de la Gran Bretaña, precipitándola hacia un estado caótico muy en armonía con el cerebro del hombrecito funesto, que daba incesantes golpes con su piqueta demoledora más por temperamento y afán de notoriedad que por una sincera convicción. Obsérvese cómo el liberalismo radical de Lloyd George, tan ajeno al templado oportunismo de un Asquith, ha destruído casi el mismo partido liberal, vaciándole de su contenido ideológico. Porque al adaptarse las doctrinas ultrarradicales ha llegado a fundirse con las aspiraciones socialistas y laboristas, desplazando a éstas lógicamente hacia la extrema izquierda, en la que las masas obreras adictas a un Ramsay Macdonald se ven absorbidas a su vez por el comunismo obrero, orientado hacia los Soviets. Tal es la inevitable trayectoria de las izquierdas desembocando siempre en la revolución.

Hubo, sin embargo, un hombre que supo, a pesar de todo, marcarle a Inglaterra su orientación internacional, previendo el porvenir. Ese hombre fué el rey Eduardo VII, fundador de la "Entente Cordiale" con Francia, base más tarde de la victoria de los aliados. Este soberano, cuyo reinado duró demasiado poco, fué más clarividente que sus políticos. Baste recordar que cuando estalló la guerra europea los prohombres liberales y demócratas ingleses eran casi todos germanófilos, incluyendo a algunos ministros.

Pero la misma guerra, a pesar de la victoria, dejó al Imperio británico muy debilitado. Su terrible crisis interior, debida a la carestía de la vida, a los esfuerzos para sanear su moneda y nivelar su hacienda, al paro de cerca de un millón de obreros, a las huelgas, etc., tuvo al exterior aun más grave repercusión.

En efecto, ¿hasta dónde llegará Inglaterra en sus concesiones? Nadie puede negarle su agudo sentido político en rehuir costosas guerras de represión o en apelar a la fuerza inútilmente. Mas tampoco puede negarse que el Imperio va claudicando ante las exigencias de sus Dominios y corre peligro de disolverse poco a poco.

Irlanda se ha convertido en "Estado libre", aunque reconoce la autoridad de la Corona inglesa y el separatismo del Ulster. En Egipto, el nacionalismo y la anglofobia durante estos últimos años se han acrecentado en tal forma que los egipcios, no contentos con haber restablecido a un rey, aspiran también a liberar el Sudán de toda influencia inglesa. En Arabia sucede tres cuartas partes de lo mismo. La India despierta de su quietud y se agita al oír la cruzada anti-europea de su místico apóstol Gandhí, que conmueve a las autoridades oficiales presagiando un negro porvenir para la supremacía de la raza anglosajona. La India despierta, como despierta ya todo el Oriente, entre convulsiones nacionalistas y antieuropeas. En Persia y en Afganis-

tán decrece también la influencia inglesa, cuya enorme zona mundial va cediendo terreno y reduciendo sus aspiraciones. Hasta el Canadá y Australia se ven sólo unidos al Imperio por un hilo tenue, de fácil ruptura. Sabe Inglaterra que en caso de conflicto con los Estados Unidos esos Dominios le negarían su apoyo, y tan grave amenaza basta para desequilibrar su fuerza al exterior. La Gran Bretaña, alejada ahora del Japón, a fin de no herir la susceptibilidad de Norteamérica, procura, ante todo, no enemistarse con la poderosa República, y se aviene a igualarse con ella en la escala de las primeras potencias navales.

Tal es el declive del último Imperio europeo y del más poderoso dique opuesto por el Occidente contra las fuerzas destructoras que le asaltan. "Si hubiese revolución en Londres—decía M. Thiers—, no tardaría en haber revolución en todas las demás capitales de Europa."

Eso lo han comprendido los Soviets. Por eso dirigen la cruzada del bolchevismo en las colonias, en el remoto Oriente y entre las masas obreras inglesas, a fin de asestar a Inglaterra el golpe de muerte. Porque, derribado el Imperio británico, la peste de Moscú se infiltraría en todas partes. Europa, o mejor dicho, la civilización europea, se hundiría, arruinada y desangrada por las explosiones revolucionarias que presagian el período agónico de la anarquía.

LAS FUERZAS DESTRUCTORAS QUE AMENAZAN A EUROPA

No será posible terminar estas observaciones—desprovistas de cándido optimismo, pero basadas en los hechos—sin hacer antes un brevísimo resumen de las fuerzas destructoras que hoy amenazan a nuestro continente europeo. Son éstas: la ofensiva organizada de los Soviets contra los llamados Estados “capitalistas” y “burgueses” para derribarlos. El creciente desprestigio del hombre blanco en el Africa y en Oriente, al par que el levantamiento general de las razas de color contra Europa. Y, por último, el recrudecimiento de los nacionalismos, germen de guerras futuras, que, unidos a los no siempre felices progresos de la ciencia, devastarán al mundo si la Humanidad no refrena su instinto suicida.

Es ya inútil insistir sobre los horrores de la revolución rusa y el fracaso de la utopía comunista impuesta por Lenin y sus satélites a un pueblo amordazado. Si hay quien todavía cree en el paraíso terrenal de los Soviets será porque

no ha querido tomarse la molestia de leer lo que han escrito, después de visitar el ex Imperio, los publicistas e intelectuales más avanzados del extranjero. Lo mismo independientes que republicanos, socialistas o sindicalistas revolucionarios, coinciden al revelarnos su decepción ante la tiranía roja de Moscú y el cruel cinismo de sus organizadores. No es necesario, pues, citar obras que se han vulgarizado entre numerosos públicos. Cuanto tuvo de autocrático y de corrompido el régimen zarista, que fué mucho, padece ante la obra devastadora de ese teorizante frío, implacable y fanático, Lenin, a quien pudiera llamarse el Robespierre de Oriente. Ambos visionarios presentan iguales anomalías y no vacilaron en derramar ríos de sangre por una idea fija. El uno quiso implantar el credo social de Rousseau y el otro el evangelio económico de Karl Marx. Ahora sabemos los centenares de miles de vidas humanas que le ha costado a Rusia la operación quirúrgica de Lenin y su falsa "dictadura del proletariado", explotada por siniestros aventureros de origen harto sospechoso. La sangrienta farsa soviética con su Tcheka exterminadora, sus persecuciones y su lúgubre cortejo de miserias, de hambre, de epidemias, hacen hoy parecer dulces el *knout* y la Siberia de los zares.

Pero no es la esclavitud del pueblo ruso ni su exterminadora revolución lo que nos interesa

aquí, sino la amenaza que constituye para el Occidente civilizado.

Porque la fuerza de los Soviets, apoyados en la Tercera Internacional, se basa en una formidable organización y en un dogma revolucionario que no admite vacilaciones. Los bolcheviques tienen un doble objetivo político: mantenerse por todos los medios en el Gobierno de Rusia e implantar su sistema en las demás capitales europeas.

Las democracias occidentales han sentido tarde el peligro y aun no se deciden a emprender la necesaria cruzada anticomunista. Los países de la Entente, sobre todo, siguieron, con respecto a Rusia, una lamentable política de amenazas, avances, concesiones y rectificaciones bruscas. Desde que saludaron con incomprensible júbilo el derrumbamiento de un Imperio aliado en plena guerra y la caótica República parlamentaria de Llowf, de Miliukof y del verboso dictador Kerensky—que quiso dominar la creciente anarquía revolucionaria con discursos—, se han amontonado los errores. Fué tan absurdo encogerse de hombros ante el advenimiento de bolchevismo como quimérica la idea de pagar ejércitos aliados para derribarlo, invadiendo a Rusia. Lo mejor hubiera sido el aislamiento y el *boycott*. Lo peor, desde luego, lo que se ha hecho después: el darles trato de igualdad y restablecer las relaciones diplomáticas. Todos sabemos,

y menos lo ignoran los Gobiernos, que las Embajadas soviéticas y las Delegaciones comerciales rusas son agencias bien pagadas para desencadenar en cada país la soñada revolución roja. No faltan medios de corrupción con que atraerse publicistas, espías, prosélitos y agitadores en todas las esferas de la sociedad.

Si la llamada conspiración comunista contra el Occidente, cuya existencia niegan tantos periodistas y escépticos intelectuales, no hubiera dado más señales de vida que las recientes revelaciones hechas en París y en Londres, sería ya motivo harto suficiente para combatir el bolchevismo como se combate el tifus o la peste. Pero no se olviden tampoco los chispazos de comunismo revolucionario en casi todos los países europeos: en Alemania, en Hungría, en Polonia, en Rumania, en Bulgaria. Inglaterra vió alzarse el espectro rojo tras del pretexto de la huelga general, sofocada gracias al patriotismo y a la energía de las demás clases sociales. La carta de Zinovieff fué el golpe de muerte para el Gobierno laborista de Macdonald, y el resultado de las elecciones, más que el triunfo de una mayoría conservadora, la voluntad de un pueblo expresada por su instinto de conservación. En Francia, el comunismo, con su cortejo de banderas rojas, pareció adueñarse de las calles de París cuando el traslado de los restos de Jaurés al Panteón. Desde entonces no cesa en su alevosa

propaganda, y su zona de influencia se extiende desde los partidos extremos en el Parlamento hasta los agitadores que en sus colonias excitan a la rebelión contra el "imperialismo".

Y he aquí otro gran peligro para Francia, que posee un enorme y bien administrado Imperio colonial en Africa y en Asia. Porque las mayorías radicales y socialistas que dirigen su política parlamentaria, crean al Estado francés una situación harto paradójica respecto a los territorios suyos en otros continentes. Pues, en efecto, ¿cómo mantener y conservar su influencia civilizadora en esas zonas hasta donde llegan los discursos pacifistas, los ataques "al capitalismo y al militarismo opresores de los pueblos", y, en fin, los himnos a la libertad y a la igualdad?

Esa contradicción la han explotado a maravilla los Soviets excitando el sentimiento nacionalista en las colonias y protectorados de Africa y del Oriente. Y lo malo es que sus agentes no trabajan sólo contra el explotador "imperialismo europeo", sino contra la existencia misma de Europa. El desprestigio del hombre blanco en el mundo es ya un hecho, y el despertar de otras razas augura quizá el derrumbamiento de su antigua civilización.

El que la raza blanca, con sus conquistas y sus invasiones, haya cometido en otros continentes un sinnúmero de crímenes y de violencias no puede negarse. Pero también ha llevado a los

extremos de la tierra sus ideas, sus adelantos, sus progresos de higiene y de cultura. Y ese ha sido quizá su gran error: el europeizar a las llamadas razas inferiores y el enseñarles los dogmas modernos de la libertad y de la igualdad. Porque no cabe, en efecto, pretender regentar y administrar a otros pueblos como menores de edad y aconsejarles al propio tiempo que no consientan la menor tutela. Semejante lección no había de escaparse a los jóvenes "europeizados", que, venidos de las partes más remotas del Africa, de Asia y de Oceanía, han estudiado en las grandes Universidades europeas. Son precisamente ellos quienes después de querer modernizar a Turquía, Egipto, Siria, la India, el Japón y la China predicán hoy su violenta cruzada antieuropea. Ya la victoria del Japón sobre Rusia había destruído, entre los nipones, la idea de la superioridad del hombre blanco. ¿Qué no se dirá hoy día en el Oriente ante el desconcierto de las potencias europeas frente a las convulsiones alarmantes de China y su xenofobia desencadenada? El peligro amarillo, anunciado hace pocos años entre sonrisas incrédulas, se ha convertido en temible realidad. Algún día, quizá no tan lejano como quisiera nuestro orgullo o nuestro escepticismo, las hordas asiáticas de un nuevo Genghis Khan avanzarán, en inmensa ola arrolladora, hacia el Occidente, como antaño los bárbaros sobre Roma.

¿Qué fuerzas morales y físicas opondrá el viejo mundo contra las razas de color que hoy anhelan su destrucción? Lo ignoramos, pero forzoso es reconocer que las perspectivas del porvenir son angustiosas. El espíritu de Marte sopla otra vez por toda Europa. Los nacionalismos se recrudecen, con el odio y el deseo de vengarse. Cada país alza, frente a los demás, formidables barreras económicas y comerciales. Nunca los Estados europeos se hallaron tan lejos de unirse, lo cual sería el único medio de sobrevivir. Aunque se prodigan los discursos pacifistas, las conferencias internacionales, los pactos amistosos, el ambiente que se respira es de guerra, es decir, de suicidio colectivo. Nadie puede creer que la babélica Sociedad de las Naciones sea capaz de evitar una conflagración europea; todo lo más, de suavizar pequeños conflictos locales sin verdadera trascendencia. La forman demasiados egoismos e intereses inconfesables para dejarnos la menor duda de que, bajo las flores de la retórica, los más fuertes quieren siempre imponer su fuerza a los más débiles. Otro tanto diríamos de las inútiles Conferencias del Desarme, inútiles por el espíritu que las inspira. Lo que cada Estado pretende es que desarmen los demás y burlar, mientras tanto, la vigilancia ajena preparando en la sombra sus armamentos. Y en esta competencia criminal, Europa y la civiliza-

ción entera corren hacia el abismo de su total desmoronamiento.

Porque la amenaza de una guerra futura toma, cuando se piensa en las anteriores, perspectivas gigantescas. Ya se dispone en ciertos países la "movilización civil", sin distinción de edades. Se habla de la guerra química y de gases nuevos capaces de asfixiar ciudades enteras. Los aviones enormes podrán transportar toneladas de explosivos. La guerra en el aire, profetizada por Wells, será un hecho, y los cañones de largo alcance lanzarán proyectiles a una distancia incalculable, aparte de otros amenos pasatiempos aun no previstos.

Tal es el irónico destino de la Humanidad a medida que avanza en la ilusoria senda del progreso. El mundo progresa, desde luego, científica y mecánicamente, acortando las distancias de un modo maravilloso. Pero también al acortarlas reduce el planeta a muy pequeñas dimensiones, haciéndolo cada vez más inhabitable, como las ciudades de hoy congestionadas por un tráfico excesivo. Para la insensatez y la vanidad humanas es una triste experiencia el que no haya cambiado su espíritu al través de los siglos. El hombre sigue siendo un lobo para el hombre y todavía rinde culto a la fuerza destructora. Todos los progresos e inventos de la higiene y de la ciencia son escasos si se comparan a los terribles progresos e inventos de guerra que van au-

mentando de año en año. Nos es fácil comprender la angustia espiritual de un Nobel fundando un premio a la inteligencia creadora de sabios y de artistas. Fué en verdad una nimia compensación por los destrozos futuros que habría de causar su descubrimiento de la dinamita.

Y aquí es donde cabe preguntarse si Europa y el mundo entero no siguen la trayectoria ciega de su propia destrucción. El hombre blanco cree todavía en su invulnerable superioridad. El habitante de París, de Londres o de Nueva York se figura habitar ciudades eternas y pertenecer a razas imperecederas. Pero nada es estable ni duradero, y bastaría recordar el sino de las antiguas civilizaciones para sentir nuestra insignificancia ante la obra roedora del tiempo.

¿Qué queda de Nínive y de Babilonia? ¿Dónde estaba la Atlántida que tanto obsesiona a geólogos y novelistas? No lo sabemos. Las mismas ruinas de Palmira, de Atenas, de Roma, apenas si logran evocar pasadas grandezas de esplendor y poderío. Celebramos el genio de Grecia, pero ignoramos quién fué Homero. Creemos aún por orgullo en la inmortalidad de la inteligencia humana, y, sin embargo, ¿qué tesoros de ella no pueden desaparecer en el incendio de un museo o de una biblioteca? Los grandes nombres que parecen perpetuarse: Dante, Shakespeare, Cervantes, Beethoven, Víctor Hugo, son como rocas aisladas que aun surgen sobre el in-

menso océano del olvido, aunque ignoramos si serán venerados por la Humanidad futura. Y así camina ésta, al parecer, entre utopías sociales, quimeras de felicidad perpetua, guerras, revoluciones y catástrofes sísmicas, hacia ese inevitable fin de todas las cosas que en el espacio infinito reflejan los astros apagados y los planetas desiertos.

INDICE

	<u>Páginas</u>
AL LECTOR	7
I. El Periodismo Literario.....	11
II. Hispano-Americanismo.....	21
III. Francia y la América «Latina».....	27
IV. La España del Turismo	37
V. La Tradición y el Progreso.....	45
VI. Los Sembradores de Ideas.....	55
VII. El monumento a la Pardo Bazán.....	65
VIII. Los Intelectuales en el Teatro.....	73
IX. El Templo de la Elocuencia.....	83
X. Zuloaga y la Leyenda «negra».....	91
XI. ¿Para qué reformar la Academia?.....	99
XII. Crítica de los Críticos	105
XIII. El Teatro, en crisis	113
XIV. Vida Mundana.....	123
XV. La nueva Generación	139
XVI. Los Ídolos del día.....	149
XVII. Los Estilistas en la Novela.....	159
XVIII. El Escritor y el Público.....	175

LA DECADENCIA DE EUROPA

Crisis de la Civilización	195
El Tratado funesto	201
Pérdida de la Hegemonía mundial	207
El caos de la post-Guerra.....	211
El Ocaso de un Imperio.....	221
Las fuerzas destructoras que amenazan a Europa.....	229

M57479

read a

PQ 6072 .A6

Alcala-Galiano, Alvaro, m
Entre dos mundos : seguido de

010101 000



0 1163 0242421 7

TRENT UNIVERSITY

PQ6072 .A6

Alcalá-Galiano, Alvaro.

Entre dos mundos.

61077

DATE	ISSUED TO

61077

PQ
6072
A6

Alcalá-Galiano, Alvaro,
marqués de Castel-Bravo
Entre dos mundos

Trent
University

